



CI

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

ALB

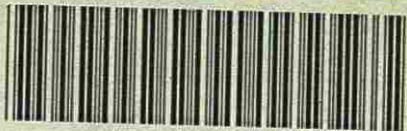
ALB

ALB

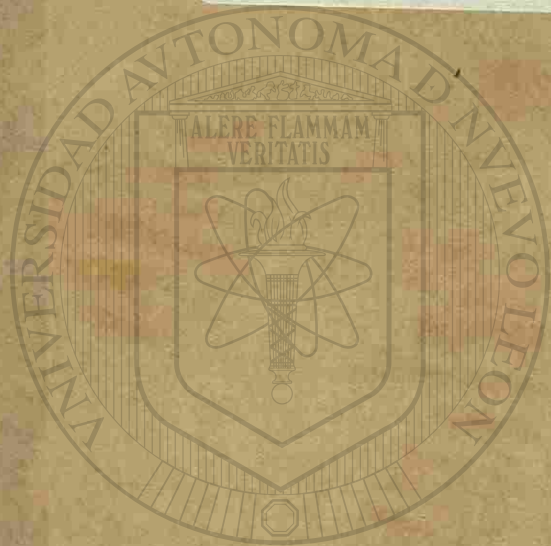
PQ2505

J78

V. 1



1020026911



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ 2505



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EMILIO ZOLA

LA ALEGRÍA DE VI

PRIMERA VERSIÓN CASTELLANICA

POR

C. DE TORRE-MU

Tomo I



101



843



FONDO  
COVARRUBIAS

Es propiedad de los Editores.

UNIVERSITARIA  
REYES  
COVARRUBIAS

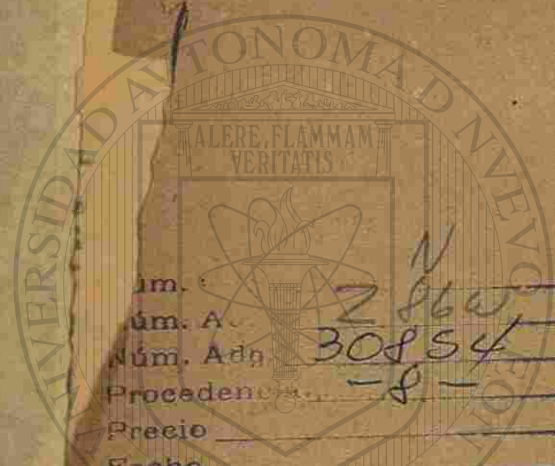
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

LA ALEGRÍA DE VIVIR.

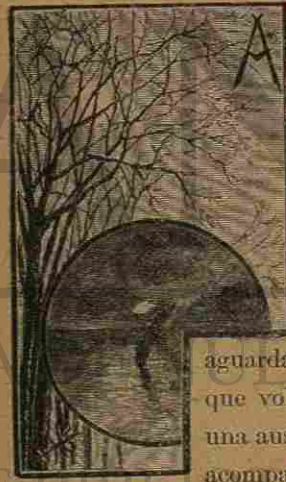


54



am. \_\_\_\_\_  
 Núm. A. \_\_\_\_\_  
 Núm. Adm. 30854  
 Procedencia -8-  
 Precio \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificó \_\_\_\_\_  
 Catalogó \_\_\_\_\_

I.



acababan de dar las seis  
 en el reloj de *cucú* del co-  
 medor, y Chanteau, per-  
 dida toda esperanza, le-  
 vantóse penosamente del  
 sillón en que calentaba  
 sus hinchadas piernas de  
 gotoso, delante de un  
 buen fuego; desde las dos

aguardaba a la señora Chanteau,  
 que volvía de París, después de  
 una ausencia de cinco semanas,  
 acompañando a su pequeña prima  
 Paulina Quenu, pobre huérfana de nueve años, de  
 cuya tutela se había encargado el matrimonio.

—Esto es inconcebible, Verónica—dijo él, empu-



jando la puerta de la cocina.—Por fuerza les ha ocurrido alguna desgracia.

La doméstica, muchachota de treinta y cinco años, con manos hombrunas y faz de gendarme, hallábase en actitud de separar de la lumbre un jigote que parecía cocerse demasiado; y aunque no refunfuñaba, la piel áspera de sus mejillas se estremecía al impulso de la cólera.

—La señora se habrá quedado en París—dijo secamente.—¡Con todas estas historias que no tienen fin, parece que la casa está levantada!

—No, no—replicó Chanteau.—El telegrama de anoche anunciaba que se habían arreglado en definitiva los asuntos de la pequeña.... La señora ha debido llegar esta mañana á Caen, donde se habrá detenido, para descansar, en casa de Davoine; á la una volvería á tomar el tren; á las dos se apearía en Bayeux; á las tres el ómnibus del padre Malivoire la dejaría en Arromanches, y aunque el mismo Malivoire no hubiese enganchado inmediatamente su vieja berlina, sin embargo, la señora habría podido estar aquí á las cuatro ó cuatro y media lo más tarde.... ¡Si no hay más de diez kilómetros desde Arromanches á Bonneville!

La cocinera, fija su mirada en el guisado, eseu-

chaba aquellos cálculos moviendo la cabeza; y él añadió, no sin vacilación:

—Tú, Verónica, debías ir á ojear el camino desde la esquina....

Ella le miró, más pálida todavía, con su cólera mal reprimida.

—¡Vaya! ¿por qué? Ya está fuera el señor Lázaro que ha salido á su encuentro, y no hay necesidad de que yo salga para encharcarme hasta las caderas.

—Sí.... pero....—murmuró Chanteau dulcemente;—la verdad es que también estoy inquieto por mi hijo, que no vuelve. ¿Qué puede hacer ahí, en el camino, más de una hora?

Entonces, sin hablar más, Verónica descolgó de un clavo su viejo chal de lana negra, en el que se envolvió la cabeza y los hombros, y dijo brusca-mente á su amo, que la seguía por el corredor:

—Volved á la chimenea, si no queréis vocear mañana todo el día con vuestros dolores.

Y cerrando la puerta con fuerte golpe se puso las almadreñas, salió á la calle y dijo en voz alta:

—¡Ah! ¡Dios de Dios! He aquí una mocosuela que se puede lisonjear de traer toda la casa al retortero....

Chanteau permaneció tranquilo; estaba acostumbrado al carácter violento de aquella muchacha, la



cuál había entrado en su casa á la edad de quince años, en el mismo día de su matrimonio.

Cuando dejó de oír el ruido seco de las almadreñas, se escapó, como escolar en vacaciones, y fué á situarse al otro lado del corredor, delante de una puerta de cristales que daba hacia el mar; y allí, pequeño y barrigudo, de rostro colorado, mirando al cielo con sus grandes ojos azules, bajo el nevado casquete de sus cabellos, cortados al rape, se olvidó un instante de sus zozobras.

Tenía apenas cincuenta y seis años, y los accesos de gota le habían envejecido prematuramente; con su mirada vaga, aislado en su misma inquietud, pensaba entonces en que la pequeña Paulina acabaría por conquistar el carácter indómito de Verónica.

Además, ¿qué culpa tenía él?

Cuando su notario de París le hubo escrito que su primo Quenu, yuido hacia seis meses, acababa de morir encargándole en el testamento de la tutela de su hija, no se sintió con fuerzas para rehusar tal encargo; sin duda se veían muy poco; la familia estaba dispersa, el padre de Chanteau había tenido en otro tiempo en Caen un comercio de maderas del Norte, después de dejar la Provenza y recorrer la Francia entera como simple obrero de carpintería, mientras

que el pequeño Quenu, desde la muerte de su madre, había desembarcado en París, donde otro de sus tíos le había cedido más tarde una gran salchichería, en pleno barrio de los Halles; apenas se habían encontrado dos ó tres veces, cuando Chanteau, obligado por sus dolencias á dejar el comercio hizo algunos viajes á París con el objeto de consultar á los médicos más renombrados antes de retirarse á su casa de Bonneville; mas á pesar de todo, los dos parientes se estimaban, y el salchichero, al fallecer, soñaba quizá para su hija con el ambiente saludable de la marina, y como la dejaba en herencia su rica salchichería, la muchacha estaba muy lejos de ser una carga para nadie.

En fin, la señora Chanteau había aceptado tan vivamente, que ella misma, para evitar á su marido la fatiga peligrosa de un largo viaje, partió en seguida, dejando arreglados todos sus negocios; y al señor Chanteau le satisfacía que la mujer estuviese contenta.

Pero, ¿por qué no llegaban las dos? Volvían á asaltarle temores al ver el cielo lívido, por cuya anchura el viento del Oeste hacía rodar negros nubarrones, cuyos bordes se arrastraban á lo lejos por el mar.

Acaecía entonces una de esas borrascas de Marzo,



en las que marejadas del equinoccio baten furiosamente las costas; las olas, que comenzaban á encreparse, destacaban sobre el horizonte una faja blanca, una espuma suave y desvanecida; la ancha playa, una línea accidentada de rocas y algas sombrías, y una llanura alfombrada de charcos negros, como vestida de luto, ofrecía un aspecto melancólico y triste bajo la penumbra del crepúsculo, que comenzaba á caer de las fugitivas nubes.

— ¡Tal vez la fuerza del viento las ha hecho volcar en algún bache! — murmuró Chanteau.

Sentía necesidad creciente de ver lo que ocurría: abrió la puerta de cristales, y se arriesgó á salir, con sus zapatillas de orillo, sobre el pavimento de la terraza que dominaba á la aldea; algunas gotas de lluvia, azotadas por el huracán, le salpicaron el rostro, y una ráfaga terrible hizo crujir su bata de gruesa lana azul; avanzó lentamente, sin casquete, con su cargada espalda, y fué á ponerse de codos sobre el malecón de la terraza para observar el camino á lo lejos.

Este camino descendía entre dos acantilados y como si fuese una abertura en la roca, donde se habían amontonado algunos metros de tierra, en los que se alzaban las treinta ó cuarenta casuchas de Bonneville, y cada gran marea parecía como que hu-

biera de aplastarlas contra la rampa, sobre su angosto lecho de guijarros; á la izquierda había un pequeño puerto, una banda de arena donde los hombres izaban, á gritos acompasados, una docena de barcos; apenas vivían allí doscientos habitantes, pegados á las rocas de la costa, con la adhesión estúpida de moluscos; por encima de las barracas miserables, cuyos techos eran arrancados todos los inviernos por las olas, no se veía otra construcción sino la de la iglesia, á la derecha, y la casa de los Chanteau, á la izquierda, separadas por el barranco del camino. Eso era Bonneville.

— ¡Uff! ¡Qué tiempo tan perverso! — dijo de pronto una voz.

Chanteau, levantando la vista, reconoció al cura, el abad Horteur, un hombre rechoncho y de aspecto de paisano, cuyos cincuenta años no habían hecho blanquear sus rojos cabellos: delante de la iglesia, en el terreno del cementerio, el buen clérigo se había reservado un huerto, y estaba allí, mirando sus lechugas tempranas y sujetando su sotana entre las piernas, para que el huracán no se la pusiese en la cabeza.

Chanteau, que no podía hablar y hacerse oír contra el viento, se contentó con saludarle con la mano.

— Crea que hacen perfectamente retirando sus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1525 MONTERREY, MEXICO



barcas—dijo el cura á voz en grito—porque antes de las diez todas ellas bailarán en sus lechos.

Y como una ráfaga violenta le pusiese al fin la sotana en la cabeza, desapareció en seguida detrás de la iglesia, mientras que Chanteau, que se había vuelto encorvando las espaldas para resistir al golpe del huracán, miraba, con ojos llenos de lágrimas, á su pobre jardín, abrasado por la mar, y á su casa de ladrillos y adobes, de cinco huecos, y cuyas persianas, no obstante sus abrazaderas y clavos, amenazaban ser arrancadas de cuajo.

Cuando la ráfaga pasó, inclinóse de nuevo sobre el camino, y pudo ver á Verónica, que volvía agitando los brazos.

—¡Cómo! ¿habéis salido? Pero ¿queréis entrar inmediatamente, señor?

Y habiéndole alcanzado en el corredor, le riñó ásperamente, como á niño sorprendido en una falta; y ¿por qué hacía esa locura el buen hombre, si al día siguiente, recayendo en su enfermedad, ella tendría la obligación de cuidarle?

—Pero, ¿no has visto nada?—preguntó él con sumiso tono.

—Nada, absolutamente nada..... Por fuerza la señora ha buscado albergue en alguna parte.

Chanteau no se atrevía á decirle que debía haber ido más lejos, y ahora la ausencia de su hijo era lo que más le atormentaba.

—Lo que yo he visto—añadía la criada—es que todo el país está en el aire.... Han tenido miedo de llegar hasta aquí. Ya en Septiembre la casa de los Cuche se abrió de arriba abajo, y Prouane, que subía ahora á tocar al *Angelus*, acaba de jurarme que mañana estará ya arruinada.

Pero en aquel instante, un mocetón de diez y nueve años saltó de una zancada los tres peldaños del vestibulo: tenía ancha frente, ojos muy claros, y fina barba castaña rodeaba su largo rostro.

—¡Ah! ¡tanto mejor! ¡Aquí está Lázaro!—dijo Chanteau alegremente.—¡Pobre hijo mío, cuánto te has mojado!

El joven colgaba en el vestibulo su gabán, empapado en la lluvia.

—¿Y qué?—preguntó de nuevo el padre.

—¡Nadie!—respondió Lázaro.—He ido hasta Verchemont, y allí he esperado, bajo el cobertizo de la posada, con la mirada fija en el camino, que es un río de fango..... ¡Nadie!..... Entonces, temiendo que estuvieras inquieto, he vuelto.

Lázaro había salido del colegio de Caen en Agos-



to, después de haber recibido el título de bachiller, y hacía ya ocho meses que vagaba por las costas, no decidiéndose á emprender ninguna carrera, y sólo apasionado por la música, con harto disgusto de su madre, la cual había partido muy incomodada porque él rehusó acompañarla á París, donde la buena señora pensaba proporcionarle una regular posición.

—Ahora que ya te he prevenido—añadió el joven—te dejo y marchó á Arromanches.

—No, no—exclamó Chanteau,—es casi de noche, y no es posible que tu madre nos deje sin noticias tuyas..... Espero algún telegrama..... Pero ¡calla! Parece el ruido de un carruaje.....

Verónica había entreabierto la puerta.

—Es el cabriolé del doctor Cazenove—anunció la criada.—¿Debía venir el médico, señor?..... ¡Ah, Dios mío! ¡Si es la señora!

Todos bajaron rápidamente al portal: un grueso mastín, cruzado de Terranova, que dormitaba en un rincón del vestíbulo, se lanzó afuera con furiosos ladridos, y una pequeña gata blanca, de aspecto delicado, apareció en el umbral de la puerta, y no atreviéndose á salir á la calle, henchida de lodo, sacudió con disgusto su cola, y sentóse en lo alto de la escalera para ver desde allí.

Mientras tanto, una señora como de cincuenta años había saltado del cabriolé con la agilidad de una muchacha: era pequeña y delgada, con su pelo todavía muy negro y su rostro agradable ornado con gran nariz de ambiciosa.

El perro, de un salto, la puso las patas sobre los hombros, para abrazarla, y ella le rechazó incomodada.

—Vamos, Mateo, ¿quieres dejarme en paz?.....

Pero, animal, ¿has concluido?

Lázaro, detrás del perro, atravesó el patio, y gritó para preguntar:

—¿Ninguna desgracia, mamá?

—No, no—respondió la señora Chanteau.

—¡Dios mío! estábamos inquietos—dijo el padre, que había seguido á su hijo á pesar del viento.—

¿Qué es lo que ha ocurrido?

—¡Oh! mil fastidios por el tiempo.....—contestó ella.—Primeró, los caminos están tan malos, que hemos empleado dos horas en venir á Bayeux; después en Arromanches, un caballo de Malivoire se rompió una pata, y como el buen hombre no podía darnos otro, llegué á creer que hubiéramos tenido precisión de hacer noche en su casa..... Afortunadamente el doctor ha tenido la amabilidad de pres-



tarnos su cabriolé, y el bravo Martín nos ha conducido.....

El bravo Martín, el cochero, era un anciano que tenía una pierna de madera, antiguo marinero operado por el cirujano de marina Cazenove, á cuyo servicio entró luego.

La señora Chanteau le dijo:

—Martín, ayudad á la niña á apearse.

Nadie había pensado en la niña, y como la capota del cabriolé caía muy abajo, sólo se le veía su falda de luto y sus dos pequeñas manos con guante negro; pero ella no esperó á que el cochero la ayudase, sino que saltó ligeramente en seguida.

Continuaba soplando el vendaval, y los vestidos de la niña se levantaron, á la vez que los bucles de su cabello se arremolinaron bajo el velo del sombrero; era muy robusta para sus diez años, y tenía los labios gruesos, y el rostro lleno y blanco, con esa blancura enfermiza de las muchachas que vegetan en las trastiendas de París.

Todos la miraban: Verónica, que llegó entonces á saludar á su señora, se había parado al verla, con el semblante frío y receloso; pero Mateo no imitó esa reserva, sino que se lanzó á los brazos de la niña, y lamíó su cara con un lengüetazo.....

—No tengas miedo—exclamó la señora Chanteau.

—¡Si no lo tengo!—respondió dulcemente Paulina.—Me agradan mucho los perros.

Y en efecto, estaba serena, á pesar de las bruscas acometidas del perro, iluminándose su grave rostro con dulce sonrisa, á pesar de su luto, y en seguida dió un fuerte beso en el hocico reluciente del mastín.

—¿Y á las gentes, no las besas?—dijo la señora Chanteau.—¡Vamos! Ahí tienes á tu tío, puesto que á mí me nombras tia..... Aquí está tu primo, un galopín que es bastante menos juicioso que tú.

La niña no se lo hizo repetir; abrazó y besó á todos, teniendo para cada cual alguna palabra amable, con la gracia encantadora de una parisiense que ya está acostumbrada á las delicadezas de la cortesania.

—Tío mío, os doy gracias por la buena voluntad con que me acogéis en vuestra casa..... Ya veréis, primo, cómo haremos buenas amistades.....

—¡Pero si esta muchacha es encantadora!—exclamó Chanteau entusiasmado.

Lázaro la miraba sorprendido, porque se la había imaginado más pequeña y con la brusca franqueza de las niñas casi abandonadas.



—Si, sí, encantadora—repitió la mujer de Chanteau—y brava.... ¡Oh! ¡no podéis formaros idea! El viento nos azotaba de frente en ese cochecillo y nos cegaba con menuda lluvia, con polvo de agua. ¡Veinte veces he creído que la capota se rasgaria como una vela raida! Pues bien; ella se divertía con todo eso.... Pero, ¿qué hacemos aquí? Es inútil mojarnos más, que la lluvia vuelve á empezar....

Y volvió entonces la cabeza para buscar á Verónica, que estaba un poco apartada y con semblante de mal humor, y á quien dijo irónicamente:

—Buenas tardes, muchacha, ¿cómo te ha ido?.... Vaya, pues mientras haces ánimo de pedirme noticias de mi salud, baja á la cueva y sube una botella para Martín, ¿no es verdad? Y ahora sabed que no hemos podido traer nuestras maletas, aunque Malivoire las traerá mañana temprano....

Interrumpióse de repente, y se dirigió muy asustada hacia el coche.

—¿Y mi saco de noche? ¡He tenido un miedo! ¡Creía que se me hubiera quedado en el camino!

Era un abultado saco de cuero negro, rozado y blanquecino en los ángulos por el uso y por el tiempo; más ella no quiso confiársele ni aun á su hijo.

Dirigieronse todos hacia la casa, en el momento

en que una nueva ráfaga del vendaval les hacía parar, cortándoles el aliento, delante de los tres primeros peldaños, desde los cuales la gata, siempre sentada en actitud de curiosarlo todo, les veía luchar contra el viento; y entonces la señora Chanteau quiso saber si Minucha se había portado bien durante su ausencia.

Paulina, al oír ese nombre de Minucha, tuvo una fina sonrisa en sus labios, y bajándose un poco, acarició á la gata, que fué al punto hacia ella para restregarse contra sus faldas, levantando la cola.... Mientras Mateo aullaba con violencia como para protestar contra su angosta perrera, cuando la familia toda entraba por fin en el vestíbulo de la casa.

—¡Ah, qué bien se está aquí!—exclamó la madre. ¡Creí que no llegaríamos nunca!.... Calla, Mateo, calla, y déjanos tranquilos, que ya sé que eres un buen perro. ¡Oh, Lázaro! te suplico que le hagas callar, porque sus ladridos me desgarran las orejas....

El perro marchaba delante, y la entrada de la familia Chanteau en el comedor se verificó al compás de aquella alegre música canina; al frente de todos iba Paulina, la nueva señorita de la casa, y detrás seguía Minucha, cuyo pelo nervioso se estremecía con tanto ruido.



En la cocina, mientras tanto, el buen Martín había bebido en dos momentos dos buenos vasos de vino, uno tras otro, y se marchaba ya, pateando ruidosamente con su pierna de palo, después de agitar las buenas noches á toda la gente; y Verónica, que puso al fuego su guisote, porque estaba frío, apareció y dijo:

—¿Se va á comer?

—¡Ya lo creo!— dijo Chanteau.— Han dado ya las siete.... Pero será necesario, hija mía, esperar á que la señora y la niña cambien de traje....

—¡Pero si no tengo las maletas de Paulina!— dijo la señora Chanteau.— Afortunadamente no nos hemos calado hasta la ropa de debajo.... Quitate el abrigo y el sombrero, querida mía.... Verónica, ayudadla y descalzadla, ¿no es verdad? Sí, sí, que tengo lo necesario para eso....

La doméstica se arrodilló delante de la niña, que estaba sentada, y entretanto la vieja sacaba un par de zapatillas de fieltro, que colocó en los pies de Paulina; haciéndose descalzar ella misma después de todo, y poniéndose otras zapatillas iguales.

—¿Sirvo la comida?— preguntó Verónica.

—Inmediatamente.... Paulina, hija mía, vamos á la cocina para lavarte las manos y pasarte por la

cara un paño mojado.... Tenemos hambre, y dejaremos para mañana la limpieza general.

Paulina fué la que reapareció primero, dejando á su tía con las manos en la jofaina; el señor Chanteau volvió á situarse delante del fuego de la chimenea, hundido en su enorme sillón de terciopelo amarillo y frotándose las piernas con un movimiento inconsciente, por el temor de un próximo acceso de gota; Lázaro estaba de pie al lado de la mesa, en la que había cuatro cubiertos hacia más de una hora, y cortaba rebanadas de pan.

Los dos hombres, algo turbados con la presencia de la niña, sonreíanla timidamente y no hallaban palabras que dirigirla; pero ella, con la mayor naturalidad del mundo, paseaba su mirada por la salita, desde el aparador y la media docena de sillas de nogal hasta la vieja lámpara de cobre barnizado que pendía del techo, parándola únicamente para examinar las cinco litografías que, representando las estaciones y una vista del Vesubio, se destacaban en dorado marco sobre el papel obscuro de las paredes.

Sin duda alguna el falso artesonado de encina pintada, que descubría su fondo de yeso á través de varias rozaduras, y el pavimento de madera con



chada de grasa, el abandono y la incuria que reinaban en aquella sala común, donde vivía la familia Chanteau, traían á su memoria la bella salchichería de mostrador y aparadores de blanco mármol que acababa de dejar en París, porque sus ojos se entristecían, y tal vez adivinaba los rudos desabrimientos escondidos bajo la tranquilidad aparente de aquel nuevo domicilio.

En fin, su mirada, después de pesarse en un barómetro muy viejo y en un cuadro de madera dorada, se fijaron en una construcción extraña que se alzaba sobre la meseta de la chimenea, bajo una caja de cristal cuyas aristas estaban unidas por medio de delgadas tiras de papel azulado.

Hubiérase dicho que aquello era un juguete, un puente en miniatura, pero puente de armazón complicadísima.

—Tu tío ha hecho eso, muchacha—dijo Chanteau, halagado por encontrar un asunto de conversación.—Sí, tu tío y mi padre, el cual empezó á vivir siendo carpintero.... Yo he guardado siempre respetuosamente su obra maestra.

El buen hombre no se ruborizaba de su origen, y la señora Chanteau toleraba aquel puentecillo sobre la chimenea, no obstante el mal humor que la pro-

ducía tal curiosidad mecánica, por recordarla á todas horas su matrimonio con un hijo de obreros....

Pero la muchacha no atendía ya á su tío; por la ventana acababa de descubrir el inmenso horizonte, y cruzando rápidamente por la sala, se plantó delante de los cristales, cuyas cortinas de blanca muselina estaban levantadas hacia los lados con abrazaderas de algodón.

Desde su partida de París el mar era su idea fija, su preocupación constante; soñaba con él su inocente pensamiento, y no cesó de preguntar á su tía en el vagón, anhelando saber á cada instante si el mar no se quedaba detrás de ellas.

Al llegar á la playa de Arromanches, la niña parecía como extática, con los ojos muy abiertos y el corazón hinchado por hondo suspiro; luego, desde Arromanches á Bonneville, no cesaba de sacar su cabeza fuera del carricoche á pesar del viento, para mirar hacia la izquierda y ver que el mar las seguía; y ahora el mar estaba allí todavía, y estaría siempre allí, con ella misma, como si fuese cosa propia, y lentamente, con una mirada intensa, parecía querer tomar posesión de él.

La noche caía del cielo blanquecino, donde el huracán azotaba la carrera desenfadada de las nubes;



no se distinguía, en el fondo del caos creciente de las tinieblas, sino la palidez fulgurante de las olas que se empujaban y crecían; aquello era una espuma blanca siempre ensanchándose, una sucesión de sabanas inmensas que se desarrollaban, que inundaban los campos, que envolvían los peñascos al deslizarse por ellos dulcemente, como si los mecieran con suave caricia.

Pero á lo lejos el fragor de las olas crecía, crestas enormes se amontonaban, un crepúsculo de muerte pesaba sobre la costa, sobre el pueblo desierto y cerrado detrás de sus puertas, mientras que las barcas abandonadas yacían en lo alto de las rocas, semejantes á cadáveres de colosales peces encallados en la costa.

La lluvia inundaba á la aldea con una niebla humeante, y sólo se recortaba entre jirones de pálidas nubes la silueta negruzca de la iglesia.

Paulina no habló; su corazón volvió á levantarse con hondo suspiro; se ahogaba ante aquel espectáculo, y todo su aliento parecía brotar de sus labios.

—¿Eh? ¿es más grande que el Sena? — dijo Lázaro colocándose detrás de ella.

Aquella muchacha continuaba sorprendiéndole,

porque desde que la había visto experimentaba una timidez de solterón torpe y desmañado.

—¡Oh, sí! — respondió ella en voz muy baja y sin volver la cabeza.

Él anhelaba tutearla y se reprimió.

—¿No os asusta esto?

Entonces Paulina le miró con aspecto de asombro,

—No. ¿Por qué ha de asustarme? Seguramente el agua no subirá hasta aquí.

—¿Eh? ¿no sabemos nada de eso! — contestó él, como si cediese al deseo de burlarse de la niña. — Hay ocasiones en que el agua pasa por encima de la iglesia.

Pero ella rompió á reír; en sus pocos años, en su reflexión inexperta, aquella risa era un estallido de alegría ruidosa y fresca, alegría de una persona razonable á quien sorprende la gracia de lo absurdo.

Y entonces fué ella la que tuteó al joven, tomándole las manos como para jugar, y diciéndole:

—¡Oh, primo! ¿me crees tan necia? ¿Estarías aquí si el agua pasase por encima de la iglesia?

Lázaro reía también, y estrechaba las manos de la niña como si ambos fuesen buenos compañeros de juego.

Justamente la señora Chanteau entró en la sala

en medio de aquella explosión de alegres risotadas, y dijo así frotándose las manos:

—El conocimiento está hecho. Ya sabía yo que pronto os entenderíais.

—¿Sirvo, señora?—interrumpió Verónica, que estaba de pie a la puerta de la cocina.

—Sí, sí, hija mía.... Pero me parece que debes empezar por encender la lámpara. ¡No se ve!

La noche, en efecto, llegaba tan rápidamente, que el obscuro comedor sólo estaba alumbrado por el reflejo del cok de la chimenea; mas la doméstica encendió la lámpara, y la mesa apareció bajo un círculo de claridad vivísima.

Sentáronse todos, Paulina entre su tío y su primo enfrente de su tía, cuando esta última se levantó nuevamente, con vivacidad de mujer vieja y delgada, que no podía permanecer en su puesto.

—¿Dónde está mi sacco?... Espera, querida mía, que voy a darte tu copa. Verónica, retira ese vaso, porque esta querida niña tiene la costumbre de beber en su copa.

Y sacó, en efecto, una copa de plata, muy usada, que limpió con una servilleta y puso en la mesa delante de Paulina, dejando luego el sacco detrás de ella, sobre una silla.

Verónica sirvió una sopa de fideos, anunciando con áspera voz que estaba demasiado hervida, pero nadie se quejó, porque todos tenían buena gana; llegó después el cocido, y Chanteau, muy goloso, apenas lo probó, reservándose para el guisado.

Mas cuando éste apareció sobre la mesa estalló una protesta general; aquello era un cordobán desecado que no se podía comer.

—¡Toma! ya lo sabía yo—dijo tranquilamente Verónica.—¡Tanto peor para vos! ¿por qué le habéis hecho esperar?

Paulina cortaba alegremente su ración en pedacitos, y los tragaba sin masticarlos, mientras Lázaro no sabía siquiera lo que tenía en su plato; se hubiera engullido rebanadas de pan, creyendo que eran pechugas de gallina.

Sin embargo, Chanteau miraba tristemente el guisado.

—Y después de esto, Verónica, ¿qué falta?

—Patatas salteadas, señor.

El desgraciado hizo un gesto de desesperación y se hundió en su sitial.

La doméstica añadió:

—¿Quiere el señor un trozo de vaca?

Pero Chanteau rehusó, moviendo la cabeza con



melancolía. ¡Ah, Dios mío! ¡qué comida! ¡Hasta el temporal se había conjurado para que faltasen aquel día los mariscos!

La señora Chanteau, que comía muy poco, miraba á su marido con lástima.

—Mi pobre amigo—exclamó de pronto—me causas pena.... Yo tenía dispuesto un obsequio para mañana, pero ya que esta noche tienes excelente apetito....

Volvió á tomar el saco y extrajo de él una terrina de *foie gras*.

Los ojos de Chanteau se animaron. ¡*Foie gras!* ¡El fruto prohibido! ¡Una golosina adorada que el médico le había vedado absolutamente!

—Pero te advierto—continuó su mujer—que sólo te permitiré una rebanadita..... Sé razonable, ó no lo vuelves á probar.

Él cogió la terrina, y sirvióse con trémulas manos. Con frecuencia se libraban terribles combates entre su miedo á los accesos y la violencia de su glotonería, y casi siempre esta última triunfaba. ¡Tanto peor! Si el *foie gras* era demasiado succulento, él lo pagaría caro y sufriría.

Verónica, que vió á Chanteau cortar una buena tajada, volvióse á la cocina murmurando:

—¡Bueno, bueno! ¡Lo que el señor gritará!

Esta frase venía tan naturalmente á sus labios, que los amos habían acabado por tolerarla; el señor gritaba, en efecto, cuando le acometía una crisis, y de tal manera aquella frase era simple, que nadie pensaba en recordar á la muchacha el respeto debido á sus amos.

El fin de la comida fué muy alegre: Lázaro quitó la terrina de las manos de su padre, y cuando se sirvieron los postres, queso de Pont-l'Évêque y pastas, la mayor alegría fué motivada por la brusca presentación del perro Mateo: hasta entonces el animal había estado durmiendo bajo la mesa, pero la llegada de los bizcochos le despertó, como si los hubiese olfateado aun en su sueño.

Todas las noches, en aquel preciso momento, se sacudía y giraba una visita alrededor de la mesa acechando los sentimientos en el rostro de las personas, y Lázaro era, por regla general, el que más pronto se compadecía de Mateo.

Mas aquella noche el inteligente perro, al dar la vuelta por la mesa, miró fijamente á Paulina con ojos suplicantes, y adivinando al punto en ella una grande amiga de las gentes y de los perros, apoyó su enorme cabeza en las rodillas de la niña, sin de-



jar de dirigir á ésta miradas llenas de súplica.

—¡Eh, mendigo!—exclamó la señora Chanteau.—  
Más dulcemente, Mateo; ¿quieres no volver á tirarte  
con tanta fuerza sobre las golosinas?

El perro, con un solo bocado, habíase engullido  
un buen trozo de bizcocho que Paulina le alargaba,  
y volviendo á poner su cabeza sobre las rodillas de  
la niña, pedía otro bizcocho con la mirada fija en la  
de su nueva amiga.

Ella reía, le besaba, parecía bien gallardo con  
sus orejas caídas y un lunar negro sobre el ojo iz-  
quierdo, la única mancha que tenía su piel blanca  
de largos pelos ensortijados.

Pero entonces hubo un incidente: la Minucha, ce-  
losa, acababa de saltar sobre la mesa, y con suave  
arrullo y la gracia de un cervatillo, daba con su ca-  
beza en la barba de la niña, que tal era su modo de  
acariciar, al contacto de su nariz fría y al roce de  
sus puntiagudos dientes, al par que se alzaba sobre  
sus patas.

Y Paulina estaba encantada entre las dos bes-  
tias, el perro á la derecha y la gata á la izquierda,  
inundada de su aliento, explotada indignamente  
por ellas, hasta que hubo de repartirles todo su  
postre.

—Échalos—dijo su tía—porque no te dejen  
nada.

—Pues ya lo han hecho—respondió ella con la  
mayor sencillez.—¿Y qué importa eso?

Terminó la comida. Verónica quitaba los cubiertos  
y el mantel, y los dos animales, en viendo la mesa  
limpia, se marcharon en silencio y relamiéndose por  
última vez.

Paulina se había levantado, y de pie delante de la  
ventana, procuraba ver á través de la noche: desde  
la sopa miraba cómo se oscurecía aquella ventana,  
quedándose poco á poco semejante á una gran man-  
cha de tinta; y á la sazón aparecía, cual muralla im-  
penetrable, mole inmensa de tinieblas que todo lo  
envolvían, el cielo, el agua, la aldea, hasta el cam-  
panario de la iglesia.

Sin afectarse con las pesadas bromas de su primo,  
atormentábala el deseo, de saber hasta dónde había  
de subir el agua, y no escuchaba sino el fragor ho-  
rrioso del mar cada vez más rugiente, una voz alta,  
monstruosa, enorme, cuya amenaza crecía por ins-  
tantes en medio de los rugidos del huracán y el mo-  
nótono golpear del aguacero.

Ni una luz, ni un relámpago, ni siquiera el pálido  
fulgor de la espuma rompía aquel caos de sombras:



nada más se veía que la carrera desenfadada de las aguas del Océano azotadas por la sañuda tempestad.

—¡Diablo!—dijo Chanteau.—Parece que viene derecha..... y todavía le faltan dos horas de subir.....

—Si soplase el viento Norte—añadió Lázaro—creo que Bonneville no debía estar muy tranquilo. Afortunadamente, viene de través.....

La muchacha se volvió al oír esas observaciones, y fijó la mirada de sus grandes ojos negros en los dos hombres, llena de inquietud.

—¡Bah!—replicó la señora Chanteau.—Estamos en lugar seguro, y lo mejor será dejar que cada uno se las arregle allá abajo como pueda..... Dí, pequeña mía, ¿quieres una taza de té bien caliente, para irnos en seguida á la cama?

Verónica había extendido sobre la mesa, ya desocupada, un viejo tapete rojo y con grandes flores estampadas, en torno del cual pasaba las veladas aquella familia; y cuando todos se colocaron en el sitio de costumbre, Lázaro salió un momento, y volvió á entrar con un tintero, plumas y un legajo de papeles, instalándose bajo la lámpara, en plena luz, para dedicarse á copiar música.

Mas la señora Chanteau, cuyas miradas más dulces seguían á su hijo desde que hubo regresado, se puso de repente muy incomodada.

—¿Todavía con tu música? De manera que jamás puedes darnos un rato de conversación, ni aun en el día de mi regreso.....

—Pero, mamá, no me retiro, sino que permanezco á tu lado..... Ya sabes que este trabajo no me impide hablar contigo. ¡Vamos! Dime lo que quieras, y te contestaré.

Y se puso á copiar, llenando con sus papeles la mitad de la mesa.

Chanteau se había arrellanado voluptuosamente en su sitial, con los brazos caídos con abandono; Mateo dormía delante del fuego de la chimenea; Minucha, que de un brinco se puso sobre el tapete, hacíase en aquel momento general limpieza, levantando una pata y lamiéndose con precaución los pelos del vientre.

Bien pronto Paulina, que sonreía con ojos medio cerrados á su nueva familia, no pudo resistir al sueño, rendida por el cansancio y amodorrada por el calor: dejó caer la cabeza sobre el hucco de su brazo doblado; bajo la claridad serena de la lámpara, sus finas pestañas eran como un velo de seda exten-



dido para tapar su mirada; un débil aliento, regular y suave, se exhalaba de sus puros labios.

—¡Pobrecita!— dijo la señora Chanteau. —Ya no podía tenerse..... La despertaremos cuando traigan la taza de te, y la acostaremos hasta mañana.....

Reinó desde entonces silencio; sólo se oía, entre el fragor de la tormenta, la pluma de Lázaro; había allí la paz de la familia, la somnolencia de las antiguas costumbres, la vida rutinaria de todas las noches alrededor de la lámpara.

Durante largo tiempo, el padre y la madre se miraron sin hablarse, y por último Chanteau preguntó con alguna vacilación:

—¿Y en Caen, Davoine tendrá un buen inventario, eh?

La señora Chanteau alzó súbitamente los hombros.

—¡Sí, sí, señor! Un buen inventario..... ¡Cuando yo decía que te dejases meter adentro!

Ahora que la niña dormía era posible hablar, y hablaban en voz baja, porque no querían comunicarse las noticias sino muy á la ligera por entonces; pero la pasión los arrebataba, y poco á poco salieron á luz todos los disgustos recíprocos del matrimonio,

A la muerte de su padre, el antiguo carpintero

que negociaba con maderas del Norte, dando golpes audaces de una cabeza ligera, Chanteau había encontrado la casa muy comprometida, y poco activo, de rutinaria prudencia, se había contentado con salvar la situación en fuerza de buen orden, y con especular honradamente sobre seguros beneficios.

La única novela de su vida fué su matrimonio: casóse con una institutriz que conoció en casa de cierta familia amiga, Eugenia de la Viguière, huérfana de nobles arruinados de Cotentin, quien se propuso desde luego inspirarle su propia ambición; pero él, que había sido educado defectuosamente, retrocedía delante de vastas empresas, y oponía la inercia de su naturaleza á la voluntad dominante de su mujer.

Cuando tuvieron un hijo, ella colocó sobre aquel hijo sus esperanzas de gran fortuna, le puso en un colegio, le hizo trabajar asiduamente todas las noches; pero un gran desastre debía desbaratar sus cálculos: Chanteau, que desde la edad de cuarenta años estaba atacado de gota, acabó por tener accesos tan dolorosos, que llegó á hablar de vender la casa.

Esto era más que la medianía; era querer comerse paulatinamente lo que hubieran economizado, dejando á su hijo sin el sostén de los primeros veinti-



cinco mil francos de renta que ella soñaba para él.

Entonces la señora Chanteau quiso ocuparse en el negocio de la venta: los beneficios de la casa eran unos diez mil francos, con los que el matrimonio vivía con holgura; mas ella descubrió un señor Davoine, y forjó la combinación siguiente: Davoine compraba el comercio de maderas en cien mil francos, de los que sólo entregaría la mitad, quedando la otra mitad para que los Chanteau fueran sus asociados y participasen por igual de los beneficios de la casa.

Este Davoine parecía ser hombre de clara inteligencia, y aun suponiendo que no hiciese prosperar al comercio, resultaba siempre una renta segura de cinco mil francos, que unidos á los tres mil que podía producir aquella otra mitad recibida, bien colocados sobre hipotecas, constituían un lindo total de ocho mil francos de renta anual.

Esto era bastante para tener paciencia y esperar á los éxitos del hijo, el cual debía sacarlos de su oscura medianía.....

Así se arreglaron las cosas: Chanteau había comprado, dos años antes, una casita á orillas del mar, en Bonneville, aprovechando la ocasión de embargar á un cliente arruinado, y aunque pudo volver á venderla con ganancia, la señora Chanteau decidió re-

tirarse á vivir en dicha casa, por lo menos hasta los primeros triunfos de su hijo Lázaro.

Renunciar á sus *soirées* de Caen y meterse en un agujero perdido en la costa, era para ella como un suicidio; pero vendiendo el comercio á Davoine, y además la casa, habría tenido que alquilar otra en cualquier parte, y tuvo suficiente valor para llevar á cabo el sacrificio de encerrarse en Bonneville, con la tenaz idea de regresar más tarde y triunfalmente á Caen, cuando su hijo ocupase allí una gran posición.

Chanteau lo aprobaba todo.

Cuanto á su gota, que se contentase con acomodarse á la vecindad del mar, y además, dos médicos, habiendo oído á tres en consulta, habían pronosticado que el aire del campo y del mar le convenían para tonificar poderosamente su estado general.

Por lo tanto, en una bella mañana de Mayo, los Chanteau, dejando en su colegio á Lázaro, que entonces tenía catorce años, partieron de Caen para instalarse definitivamente en Bonneville.

Cinco años habían transcurrido desde aquella heroica retirada, y los negocios iban de mal en peor: como Davoine se lanzaba á grandes especulaciones, decía tener absoluta necesidad de préstamos y anti-



cipos, y comprometía además los beneficios obtenidos, de manera que los inventarios se saldaban siempre con pérdidas....

En Bonneville la familia estaba reducida á vivir con los tres mil francos de renta, y tan angustiosamente, que hubo necesidad de vender el caballo y encargar de la cocina y de la huerta á la hombruna Verónica.

—Veamos, Eugenia—murmuró dulcemente Chanteau—si se me ha dejado dentro, según dices, algo de culpa tienes tú....

Pero ella no aceptaba esa responsabilidad, y aun olvidaba que la asociación con Davoine era obra suya.

—¡Cómo es eso! ¡Yo tengo la culpa!—respondió con voz seca y vibrante.—¿Estoy yo enferma como tú? ¿Y si no estuvieses enfermo, no podríamos ser hoy millonarios?

El buen Chanteau, cada vez que la amargura de su mujer se desbordaba de tal manera, bajaba la cabeza como avergonzado de poseer en sus mismos huesos el enemigo de la familia.

—Es necesario esperar—balbuceaba—porque Davoine prepara un golpe certero. Si el abeto sube, de la noche á la mañana tendremos una fortuna.

—Y después, ¿qué?—interrumpió Lázaro, sin dejar de escribir su música.—Nos comeremos todo de igual modo que hoy.... Hacéis muy mal en incomedaros: yo me burlo del dinero.

Ella alzó otra vez los hombros con fiereza.

—Pues harías mejor en burlarte menos y en no perder el tiempo en tonterías.

¡Y decir que ella misma le había enseñado el piano! Pero hoy, hasta la vista de una *partitura* la exasperaba.

Su última esperanza se hundía: aquel hijo que ella había soñado ver con el bastón de prefecto ó con la toga de juez, sólo hablaba de escribir óperas; y le veía en su imaginación, andando el tiempo, vivir casi de prestado, como ella, dando lecciones de música, y en el fango de las calles.

—En fin—replicó ella—he aquí la cuenta de los tres meses últimos que Davoine me ha entregado.... y si las cosas continúan así, nosotros seremos acreedores de ese hombre antes del próximo Julio....

Y habiendo colocado su saco en la mesa, metió en él una mano y tomó un papel que dió á Chanteau, quien le cogió, le dió una vuelta entre sus manos, y acabó por dejarle delante de él, sin abrir el sobre.



Justamente en aquel momento Verónica entraba con el té, y el silencio volvió á reinar en absoluto: pronto quedaron las tazas vacías; Minucha, que se había echado sobre sus patas, cerraba los ojos suavemente; Mateo, tendido delante de la chimenea, roncaba como un hombre; y mientras tanto el rugido del mar continuaba creciendo, como si un bajo formidable acompañase desde fuera los pacíficos rumores de aquel hogar somnoliento.

—¿Quieres despertarla, mamá?—preguntó Lázaro.—Porque se me figura que no está bien ahí para dormir....

—Sí, sí—murmuró la señora Chanteau preocupada y mirando fijamente á Paulina.

Los tres, mejor dicho, miraban á la niña adormecida, cuyo aliento era sereno y dulce, y cuyas mejillas y boca de rosa tenían apariencia de encantadores flores á la claridad de la lámpara.

Sólo sus finos cabellos castaños, despeinados por el viento, proyectaban una sombra en la frente delicada de la niña.

Y el espíritu de la señora Chanteau volaba hacia París, y ella misma se asombraba de su apresuramiento apasionado en aceptar la tutela, por consideración instintiva, hacia una pupila rica, y sin ningún

mal pensamiento con motivo de la fortuna que debía guardarla.

—Cuando me apeé en la tienda—empezó á contar lentamente—estaba la pobre niña en traje de luto, y se arrojó en mis brazos llorando amargamente. ¡Oh! ¡qué hermosa tienda! Una salchichería llena de mármoles y de espejos, precisamente en el mejor sitio del Mercado.... Y había allí una muchachona, una doméstica más alta que un varal, colorada, fresca, gorda, que había avisado al notario y hecho poner los sellos en las puertas.... y que continuaba tranquilamente en la tienda vendiendo morcillas y longaniza.... Era Adela, quien me contó la muerte de nuestro pobre primo Quenu: hacía seis meses que él había perdido su mujer Lisa; la sangre le ahogaba; solía llevarse la mano al cuello, como si quisiera arrancarse la corbata; en fin, una noche se le encontró con el rostro amoratado, la nariz metida en una jofaina de sangre.... Parece que también murió de ese modo su tío Gradelle.

Y calló al punto, volviendo otra vez al silencio, porque el rostro de Paulina dormida se iluminó con una sonrisa, como si algún ensueño pasase por ella rápido cual fulgor de relámpago.

—¿Y se arregló la tutoría?—preguntó Chanteau.

30854



— Perfectamente..... pero tu notario ha tenido la feliz ocurrencia de dejar en blanco el nombre del tutor, porque parece que yo no puedo reemplazarte: las mujeres están excluidas de tales negocios..... Según te he escrito, en el acto de llegar á Paris corrí á casa del notario, que te había enviado una minuta del testamento, en el que aparecías nombrado tutor; en seguida extendió el acta á nombre de su primer oficial, como se hace con frecuencia, según él me dijo; luego, ante el juez de paz, designó para el consejo de familia á tres parientes de Lisa, los jóvenes primos Octavio Mouret y Claudio Lanter, y otro primo por alianza, el señor Rambaud, que vive en Marsella, y por nuestra parte, á mis sobrinos Naudet, Liardin y Delorme..... ¡Ya ves tú! Un consejo de familia muy conveniente, y del cual haremos lo que se nos antoje..... en beneficio de la niña..... En fin, en la primera sesión nombraron por unanimidad el tutor suplente que yo hube designado entre los parientes de Lisa, al señor Sacard.....

— ¡Chist! ¡que se despierta!— interrumpió Lázaro. Y, en efecto, Paulina acababa de abrir sus hermosos ojos, y sin moverse, miró con asombro á los que hablaban; luego, sonriendo entre el desvanecimiento del sueño, volvió á cerrar los párpados bajo

invencible cansancio, y su inmóvil semblante adquirió otra vez la transparencia nacarada de la camelia.

— ¿Ese Sacard, no es el contratista?— dijo Chateau.

— El mismo— respondió su mujer.— ¡Un hombre excelente! Le he visto, y hemos hablado..... tiene tantos negocios en su cabeza, que acabó por decirme que no debíamos contar con su concurso..... ¿Comprendes? No tenemos necesidad de nadie: desde el momento en que tomamos á la niña, la tomamos por completo..... ¿Entiendes? ¡No quiero que venga alguno á olfatear en mi casa!..... Y los detalles han sido bien ajustados, porque tu procuración especificaba exactamente lo necesario: se levantaron los sellos, se hizo el inventario y se vendió en pública subasta la salehicheria. ¡Qué suerte! ¡dos postores rabiosos! ¡noventa mil francos pagados al contado!..... Y además, el notario había hallado en un cajón de una cómoda sesenta mil francos..... Yo le rogué que comprase títulos de la Deuda, y aquí traigo ciento cincuenta mil francos en buenos valores, después de haber entregado al oficial mayor del notario el recibo del dinero que te pedí con urgencia..... ¡Toma, toma! ¡Mira esto!



Y metió la mano en el saco, extrayendo un voluminoso paquete, el paquete de los títulos de la Deuda, apretados entre dos carpetas de un viejo registro de la salchichería, del cual habían arrancado las hojas.

El padre y el hijo miraban aquella fortuna que caía de golpe sobre el raído tapete de la mesa.

—El té se enfría, mamá—dijo Lázaro, dejando la pluma.—Lo sirvo, ¿no es verdad?

Y se levantó, porque sentía necesidad de moverse, y llenó las tazas; pero su madre no le contestaba, mirando con fijeza los títulos.

—Naturalmente—añadió ella con voz lenta—en la última reunión del consejo de familia, que yo misma provoqué, pedí ser indemnizada de mis gastos de viaje, y se reguló la pensión mensual de la niña en ochocientos francos.... No somos tan ricos como ella, aunque ninguno de nosotros querrá negociar con esta pequeña.... Se colocará el capital á interés compuesto, y se duplicará, ó poco menos, para cuando Paulina llegue á su mayoría de edad, ¡Jesús! ¡No haremos sino cumplir un deber sagrado! Es necesario obedecer á los nuestros... Pero si agregamos ahí nuestro propio dinero, tal vez tendremos buena suerte, que es lo que necesitamos.... ¡Esta

pobre querida ha sentido tanto la separación de su criada! No, no, yo quiero que sea feliz á nuestro lado.

Los dos hombres se habían conmovido por aquel repentino enternecimiento.

—En verdad, que no seré yo quien la cause el menor perjuicio—dijo Chanteau.

—¡Oh! ¡es encantadora!—añadió Lázaro.—Yo la quiero ya mucho.

Y Mateo, que había olfateado el té en medio de su sueño, levantóse y colocó otra vez su cabeza en el borde de la mesa, mientras Minucha se estiraba y luego se encogía bostezando, y acababa por alargar el cuello y oler el paquete de los títulos, cuyas carpetas estaban manchadas de grasa.

Y como los Chanteau fijasen entonces las miradas en Paulina, observaron que la niña tenía los ojos abiertos, clavada la vista en aquellos papeles, en aquel viejo registro destrozado, que ella reconoció al punto y veía en la mesa.

—¡Oh! ya sabe lo que hay dentro de esos cartones—dijo la señora Chanteau.—¿Verdad, querida mía? Te lo enseñé en París; es lo que tus padres te han legado.

Algunas lágrimas corrieron por las mejillas de Paulina al recordar sus pesares; mas sonreía en



medio de su llanto, y se divertía observando que Minucha, sin duda excitada por el olorillo de la grasa, daba con su cabeza en los ángulos del paquete, y que Mateo, devorando los papeles con sus ojos de fuego, aullaba contra la gata.

Toda la familia se había despertado, y Paulina acabó por coger en sus brazos á Minucha, y mecerla y acariciarla como si la gata fuese una muñeca.

La señora Chanteau, con el cuidado de que la niña no se volviera á dormir, hizola beber el té apresuradamente, y luego llamó á Verónica.

— Danos las palmatorias... Si se empieza á hablar, se deja pasar la hora de acostarse. ¿Ya son las diez? ¡qué hora para mí, que me duermo con el bocado en la boca.

Y á tal razón, oyóse en la cocina una voz de hombre, por lo cual se preguntó á Verónica cuando ésta llevó las palmatorias:

— ¿Con quién hablabas?

— Señora, es Prouane, que viene á decir al señor que la marea continúa subiendo y devastándolo todo.....

Chanteau era alcalde de Bonneville, y Prouane, un borracho que servía de sacristán al párroco Horteur, ejercía también las funciones de alguacil, des-

pués de haber sido marino y poseer tan buena letra como un maestro de escuela.

Cuando se le dió permiso para entrar, apareció con su gorro de lana entre las manos y su saco y botas chorreando agua.

— ¿Qué ocurre, Prouane?

— ¡Caramba, señor! es que la casa de los Cuche está ya inundada.... y si esto continúa, parece que pronto sucederá lo mismo con la de los Gouin.... Allí estábamos todos, Tourmal, Houtelard, yo y los otros.... pero ¿qué habíamos de hacer? ¡No se puede nada contra esa *bribona!*.... Y dicho está que en cada año nos arranca un pedazo del país.

Hubo algunos momentos de silencio.

Las cuatro bujías ardian con alta llama, y se oía el rugido del mar, la *bribona* que azotaba las costas.

En aquella hora la marea estaba en su plenitud inmensa, y cada ola, cuando se estrellaba en la tierra peñascosa, conmovía la casa hasta los cimientos; oíanse como detonaciones de una artillería colosal, gigantesca, golpes secos, profundos y regulares; oíase también, semejando continuas descargas de fusilería, el choque de las piedras que se desgajaban de los peñascos y bajaban rodando hasta el Océano rugiente; y en medio de aquel ruido es-



pantoso, el viento bramaba como si exhalase quejas, y la lluvia duplicaba su violencia como si cayese en los muros del edificio una granizada de plomo.

—¡Esto es el fin del mundo!— murmuró la señora Chanteau.—¿Y dónde van á refugiarse los Cuche?

—Pues será necesario que se les acoja en cualquier parte— respondió Prouane.—Por ahora están en casa de los Gouin.... ¡Si hubieseis visto eso! El más pequeñuelo, que apenas tiene tres años, empapado como una sopa; la madre en camisa, y casi al aire todo lo que Dios la ha dado, salvo el respeto; el padre, con la cabeza abierta por una viga que le cayó encima, empeñado en querer salvar los cuatro guñapos que poseía en la casa....

Paulina, que se había levantado, colocándose otra vez cerca de la ventana, escuchaba con la gravedad de una persona mayor: su rostro expresó entonces una bondad encantadora, como una fiebre de simpatía, y sus gruesos labios se estremecieron.

—¡Oh, tía mía!— exclamó— ¡pobres gentes!

Y sus miradas se dirigían afuera, á aquel golfo negro en que las tinieblas eran cada vez más espesas; adivinábase que el mar había avanzado hasta la carretera, que galopaba más hacia la casa, que estaba

allí hinchado y amenazador, y no se le veía, como si la aldea, los peñascos de la costa, el horizonte inmenso estuviesen rodeados de oleaje de negra tinta.

¡Y decir que aquellas moles de agua, aquel mar que había parecido tan bello á Paulina, se arrojaba con furia sin igual sobre la tierra!

—¡Voy con vos, Prouane— dijo Lázaro— porque tal vez aún es tiempo de hacer algo....

—¡Oh, sí, sí, primo mío!— gritó Paulina, cuyos grandes ojos brillaban.

Pero el hombre movió la cabeza, y dijo:

—No os toméis la pena de molestaros, señor Lázaro: vos no haríais allí más que han hecho mis camaradas. Nosotros estábamos allí contemplándola cómo viene á tragarse las casas.... y si no quiere venir, mejor, todavía tendremos que agradecersele. Yo he venido aquí sencillamente para informar al señor alcalde....

Entonces Chanteau se incomodó, cansado ya de aquel drama que llegaba á tiempo de hacerle pasar mala noche, y en el cual se ocuparía á la mañana siguiente.

—¡Es que— gritó— no hay un pueblo tan estúpidamente construido como Bonneville! Aquí vivís bajo las olas ¡palabra de honor!, y no debéis extrañar que



el mar se trague vuestras casas una á una.... y además, ¿por qué permanecéis en este agujero? ¡Marchaos á otra parte!

—¿Pero á dónde?—preguntó Prouane, que escuchaba estupefacto.—¿Dónde está esa parte? ¡Es menester vivir!

—Esa es una verdad—concluyó la señora Chanteau—y ya veis, allí ó más lejos todavía, siempre se quedará mal.... En fin, vamos á acostarnos. ¡Buenas noches! Mañana será de día....

El pobre diablo marchó saludando, y oyóse que Verónica echaba en seguida los cerrojos de la puerta; cada cual tenía en la mano su correspondiente palmaria; se hicieron caricias á Mateo y la Minucha, que dormían juntos en la cocina; Lázaro había recogido los papeles de música, y la señora Chanteau apretaba debajo del brazo derecho el viejo registro que guardaba los títulos, y también retiró de la mesa el inventario de Davoine, que su marido dejaba olvidado.

¡Este último papel la había llegado al corazón!

—Verónica, que subimos á dormir, ¿eh?—gritó.—No vayas ahora á dar vueltas de un lado á otro.

Y como no saliese de la cocina sino un ronco gruñido, añadió en voz baja:

—¿Qué diablos tendrá esa mujer?

—Déjala en paz—dijo Chanteau—ya sabes que es lunática.... Estamos los cuatro aquí; vamos, buenas noches.

El señor Chanteau dormía en el piso bajo, al otro lado del corredor, en un viejo salón transformado en dormitorio, y de esta manera se podía arrastrar fácilmente su sillón cerca de la mesa de comer ó sobre la terraza.

Abrió la puerta, y se detuvo un instante con sus piernas hinchadas y dolorosas, que anunciaban la aproximación de una crisis por la tiranez de sus articulaciones.

¡Qué mal había hecho en comer una buena tajada de *foie gras*! Esta consideración le desesperaba.

—Buenas noches—repitió con voz doliente.—¡Dichosos vosotros que podéis dormir á pierna suelta!... Buenas noches, querida niña; que descanses bien, porque eso es propio de tu edad....

—Buenas noches, tío mío—contestó Paulina abrazándole.

La puerta se cerró, y la señora Chanteau hizo subir delante á la pequeña; Lázaro las seguía.

—La verdad es—dijo la señora Chanteau—que no habrá necesidad de mecarme esta noche.... y además,



este ruido me adormece, no me desagrada..... En París me faltaba esto, no ser inquietada en mi lecho.....

Llegaron los tres al primer piso, y Paulina se reía de ver la fila que formaban, cada uno con su palamatoria, cuya luz hacía danzar las sombras en las paredes; y como al llegar á la meseta de la escalera se parase, no sabiendo á dónde dirigirse, su tía la empujó suavemente, diciéndola:

—Sigue, sigue..... ese cuarto está ahora desocupado: el de enfrente es el mío. Entra un rato, que voy á enseñartele.

El dormitorio era una angosta pieza que tenía colgaduras de cretona amarilla con ramos verdes, modestamente amueblada con sillería de nogal, una cama, un armario y una mesa, y en medio había un velador con tapete rojo.

Cuando la señora Chanteau examinó con su bujía todos los rincones del cuarto, acercóse á la mesa y levantó la tapa.

—Mira, mira—dijo.

Y abrió uno de los cajoncitos, en el cual depositó suspirando el desastroso inventario de Davoine; sacó otro cajón, y lo sacudió para quitarlo el polvo, disponiéndose á guardar allí los títulos delante de la niña.

—Ya lo ves, ahí los dejo, y quedarán solos para que nadie ni nada les estorbe..... ¿Quieres ponerlos tú misma?

Paulina sentía un rubor que no acertaba á explicarse.

—¡Oh, tía mía! no vale la pena.....

Pero la señora Chanteau la dió el viejo registro, y no tuvo más remedio que meterle en el fondo del cajón, mientras Lázaro, aproximando la bujía, alumbraba el interior del mueble.

—Así estarás bien segura—continuó la señora Chanteau—y ya puedes estarlo, porque antes que tocarlos, pereceríamos de hambre..... Acuérdate, niña: el primer cajón de la izquierda. De ahí no saldrán hasta que seas mayor de edad y los saques tú misma, ¿eh?.... ¡A bien, que la Minucha no vendrá á comerlos ahí dentro!

Esta idea de que la Minucha quisiera abrir el cajón de la mesa para comerse los títulos hizo reír á carcajadas á la niña, que, repuesta ya de su mortificación anterior, bromeaba con Lázaro al oírle simular, para divertirle, el bufido de la gata, y fingir un ataque al cajón, mientras la señora Chanteau cerraba la mesa, dando dos vueltas á la llave con rapidez y brio.



—¡Se acabó!—dijo.—Vamos, Lázaro, no hagas tonterías.... Subiré yo también para asegurarme de que no falta nada en tu cuarto.

Subieron los tres en fila al segundo piso, y Paulina abrió la puerta de la izquierda.

—No, no—gritó la tía—ese es el dormitorio de tu primo.... el tuyo está enfrente.

Paulina se quedó inmóvil, contemplando la anchura de la cámara y su aspecto de desván, en la cual había un piano, un sofá, una gran mesa de pino, libros y algunos grabados.

Empujó luego la puerta de la otra sala, que le pareció pequeña comparada con la otra; el papel tenía fondo obscuro, salpicado de florecillas azules; había allí una cama de hierro con blanca colgadura de muselina, un lavabo, una cómoda y tres sillas.

—Ahí lo tienes todo—murmuró la señora Chanteau—agua, azúcar, servilletas, toallas, jabón.... Vaya, duerme tranquila.... Verónica se acuesta en el gabinete inmediato, y si tienes miedo no haces más que tocar en la pared....

—Además yo estoy aquí—interrumpió Lázaro—y cuando venga algún fantasma saldré con mi enorme sable....

Las puertas de ambas cámaras estaban abiertas y Paulina miraba de una á otra.

—No hay ningún fantasma—contestó con acento jovial—y ese sable será para los ladrones. Buenas noches, tía; buenas noches, primo.

—Buenas noches, queridita. ¿Sabrás desnudarte sin la criada?

—Sí, señora, sí.... ¡ya no soy una niña! En París me desnudaba solita....

Se dieron el beso de despedida, y la señora Chanteau dijo á la muchacha cuando se retiraba que podía cerrar con llave la puerta de su cuarto, mientras Paulina se dirigía hacia la ventana con el deseo de saber si las luces daban también al mar.

La lluvia caía sobre los cristales con tanta violencia, que la muchacha no se atrevió á abrir la ventana; y como reinaba obscuridad muy densa, contentóse con oír, llena de júbilo, que el mar rugía cerca de la casa.

Después, rendida por el cansancio, paseó su mirada por el cuarto y los muebles que le adornaban, y sintió su corazón henchido de orgullo al considerarse como persona mayor cuando se la daba una cámara para ella sola, separada de los demás, y en la cual podía encerrarse á su capricho.



Pero en el momento de dar vueltas á la llave, cuando ya se había quitado el vestido y estaba en enaguas, vaciló y acometióla malestar indefinible.....

¿Y si alguien quisiera entrar?

Entonces sintió un escalofrío, y volvió á abrir la puerta para mirar hacia el obscuro pasillo, y enfrente de ella, en medio del cuarto contiguo, vió á Lázaro que la miraba.

—¿Qué quieres, prima?—preguntó el joven;—¿necesitas algo?

Paulina se puso encarnada, y si bien quiso mentir, cedió á su natural franqueza.

—No, nada—contestó—ya ves, primo, tengo miedo cuando las puertas están cerradas con llave... No cierro, ¿entiendes?.... y si llamo es para que vengas tú, tú solo, no la criada.....

Lázaro se había adelantado hacia ella, y seducido por el encanto de aquella infancia tan ingenua y pura, tendió los brazos á Paulina, repitiendo:

—¡Buenas noches!

Ella se arrojó al cuello de su primo, y estrechóle con sus delgados brazos.

—¡Buenas noches, primo, buenas noches!.....

Y cinco minutos después se metía en el lecho, apagaba la luz y se rendía á la necesidad del des-

canso: primero oyó que Verónica llegaba á su cuarto sin precaución alguna, metiendo un ruido capaz de despertar á todos los de la casa; luego escuchó el fragor de la tempestad, la lluvia que continuaba á torrentes, el huracán que hacía rechinar puertas y ventanas, el choque profundo y ronco de las olas sobre los acantilados de la costa.

Parecía que la casa, arrancada de los cimientos en un instante, se iba hacia el mar como un buque empujado por el agua.

Y entonces, sintiendo en su cuerpo el dulce calor del lecho, tenía fijo el pensamiento en aquellas pobres gentes á quien el mar había expulsado de sus hogares.

Luego durmióse tranquilamente.





aunque no los tocase, un aspecto más alegre, más rico; sentíase que se creaba un nuevo lazo, que crecía una esperanza en medio de la ruina, aunque no se pudiese precisar cuál era.

En la noche del siguiente día estalló el acceso de gota que presentía Chanteau; hacia más de una semana que el buen hombre sufría como pinchazos en las articulaciones, estremecimientos bruscos que le sacudían los miembros, horror invencible á todo ejercicio.

Por la noche se acostó con la esperanza de librarse del ataque, y hacia las tres de la mañana el dolor se declaró con violencia en el dedo gordo del pie izquierdo, saltando enseguida al talón y subiendo luego al tobillo.

Hasta que amaneció quejóse moderadamente, sudando bajo las mantas del lecho, por no querer incomodar á nadie, temiendo que se le reprendiera y desesperado del rabioso recibimiento que se había de hacer á su dolencia; mas como Verónica pasase por delante de la puerta de su cuarto á las ocho de la mañana, el enfermo no pudo reprimir el grito que le arrancó entonces un latido muy fuerte.

—¡Bueno! ¡ya pareció aquello!—gruñó la doméstica,—ya está gritando.

## II.



a presencia de Paulina llevó la alegría á la casa desde la primera semana; su dulce sonrisa y su envidiable salud calmaron el sufrimiento más ó menos oculto en que vivían los Chanteau.

El padre había hallado una enfermera cariñosa, la madre se alegraba que su hijo permaneciese más tiempo en la casa; sólo Verónica seguía refunfuñando áasperamente.

Parecía que los cincuenta mil francos guardados en el cajoncito de la mesa habían dado á la familia,



Y al entrar en el cuarto de Chanteau, cuyo rostro compungido daba lástima, sólo pronunció, por vía de consuelo, estas palabras:

—¡Pues contenta se va á poner la señora!

En efecto, cuando la señora fué prevenida y llegó al cuarto de su esposo, sacudió los brazos, hizo un gesto de desesperación y desaliento, y dijo:

—¡Todavía! ¿Conque apenas he llegado ya empiezo eso?

¡Había en su alma un rencor de quince años contra la gota! La execraba como á una enemiga, como á una villana que estorbaba en su existencia, que arruinaba á su hijo, que mataba sus ambiciones.

¿Estaría quizá, sin la gota de su marido, arrinconada en el fondo de una aldea desconocida?

Y á pesar de su buen corazón permanecía hostil é iracunda ante las crisis de su esposo, y ella misma se reconocía como poco hábil, incapaz de cuidarle.

—¡Oh, Dios mío, cuánto sufro!—murmuraba el pobre Chanteau.—¡Adivino que el ataque será más fuerte que el último!..... No te quedes ahí, porque esto te hace mal, pero te ruego que hagas llamar en seguida al doctor Cazenove.

Desde aquel momento la casa toda estuvo en pie, como se suele decir; Lázaro partió para Arromanches

aunque la familia no tuviese grande esperanza en los médicos, porque Chanteau había ensayado, desde quince años antes, todas las drogas, y su mal seguía agravándose.

Los accesos, en un principio débiles y tardíos en repetirse, se multiplicaron bien pronto y aumentaron su violencia, y ahora no sólo interesaban los dos pies, sino que se extendían hasta la rodilla.

Tres veces el enfermo varió de sistema curativo, siendo su cuerpo campo de experimentación en que se ensayaban los remedios más preconizados por la fama, y después de haberlo sangrado copiosamente se acabó por purgarle sin prudencia y atracarlo de litina, de modo que por el agotamiento de la sangre empobrecida, su gota aguda se transformaba poco á poco en gota crónica.

Los tratamientos locales tampoco daban resultado: las sanguijuelas le habían dejado rígidas las articulaciones, el opio prolongaba las crisis, los vejigatórios dejaban úlceras, las aguas de Wiesbaden y Carlsbad no le produjeron ningún beneficio y una temporada en Vichy acabó por aniquilarle.

—¡Dios mío, cuánto sufro!—repetía Chanteau.—  
¡Parece que una trailla de perros me está devorando los pies!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1626 MONTERREY, MEXICO



Y víctima de agitación ansiosa, esperando aliviarse con el cambio de postura, volvía y revolvió sus piernas.

Pero el acceso aumentaba siempre, y cada movimiento le producía nuevos dolores y le arrancaba gemidos más fuertes, hasta que sus ayes fueron un grito incesante con el paroxismo del dolor, sintiendo á la vez escalofríos y alta fiebre, acompañados de una sed ardiente que le devoraba.

Paulina llegó entonces á la cámara del enfermo.

De pie delante del lecho miraba á su tío con seriedad, sin una lágrima; la señora Chanteau perdía la cabeza enervada por los gritos; Verónica intentó arreglar la cama, porque el enfermo no podía sufrir el peso de las mantas, y cuando metió allí sus manazas de hombre, Chanteau gritó más fuerte y la prohibió que le tocara; causábale espanto aquella mujer, á quien acusaba de manejarlo sin cuidado alguno, como si él fuese un costal de ropa sucia.

—Vaya, señor, pues no volváis á llamarme—replicó Verónica, marchándose enfurecida.—Cuando se rechaza á las gentes, hay que saber cuidarse solo.

Paulina se había acercado lentamente, y con sus manecitas de niña, con una destreza incomparable, levantó el cobertor del lecho: el enfermo sintió gran

alivio, y aceptó con gratitud los servicios de la muchacha.

—Gracias, querida; mira, mira; quita esa arruga, que me pesa como quinientas libras..... ¡Oh! ¡más despacio! ¡Me causas miedo!

Pero el dolor continuó con más violencia, y como la señora Chanteau se moviese mucho en el cuarto, aparentando hacer algo útil, como separar los visillos de la ventana y colocar una taza sobre la mesa de noche, él se irritó más todavía.

—Te suplico, mujer, que no te muevas, porque cada paso tuyo hace retemblar el piso y parece como que me golpean con un martillo.

Ella ni siquiera intentó disculparse y darle una satisfacción. ¡Siempre le dejaba sufrir solo!

—Ven, Paulina—contestó únicamente—ya ves que tu tío no puede sufrir á nadie á su lado.

Pero Paulina se quedó.

Andaba con suave movimiento, como si sus diminutos pies no tocasen el suelo, y desde entonces, ni ella se apartó del enfermo, ni él consentía que hubiera otra persona en el cuarto.

Según él decía, deseaba ser cuidado por un soplo, por un aliento, y ella iba y venía sin que se la sintiera, con la inteligencia de quien comprende el mal



y procura aliviarle, anticipándose á los deseos del enfermo, presentándole puntualmente las tazas de agua de avena, que Verónica llevaba hasta la puerta del cuarto.

Lo que más le calmaba era verla incesantemente á su lado, inmóvil en la silla, mirándole con sus grandes ojos enternecidos, y él procuraba distraerse contándole sus sufrimientos.

—¿Ves, hija mía? Pues en este momento parece que un afilado cuchillo me corta las articulaciones del pie.... y al mismo tiempo juraría que me arrojan agua tibia sobre la piel....

Después, cuando el dolor cambiaba de sitio, se le envolvía el tobillo en un círculo de hierro y se le estiraban los músculos hasta romperse los, como si fuesen las cuerdas de un violín.

Paulina le escuchaba complacida, como si todo lo comprendiese, sin turbarse por los alaridos y preocupada únicamente con la curación; y aun á veces aparentaba estar alegre, y le hacía sonreír entre dos gemidos.

Cuando el doctor Cazenove llegó, sorprendióse al ver á la niña y la dió un fuerte beso en los cabellos.

Era el doctor Cazenove un hombre de cincuenta

y cuatro años, seco, vigoroso, que había servido por espacio de treinta en la marina, y acababa de retirarse á Arromanches, donde un tío suyo le había legado una casa; era también gran amigo de los Chanteau desde que hubo curado de una relajación grave á la señora Chanteau.

—Ya me veis, ya estoy aquí—dijo.—He corrido para llegar pronto y estrecharos la mano, pero podéis estar seguro de que no he de hacer más que esta niña.... Querido mío, cuando se ha heredado la gota y se pasa de los cincuenta, no hay más remedio que aguantarse.... Añadid á esto que vos estáis extenuado por las drogas.... Ya sabéis el único remedio para vuestro mal: paciencia y franela....

Afectaba un gran escepticismo: durante treinta años había visto agonizar á tantos miserables, en todos los climas y con tantas podredumbres, que en el fondo se hizo demasiado modesto, y prefería á las medicinas el simple tratamiento de dejar obrar á la naturaleza.

Examinó el dedo hinchado, cuya piel reluciente tenía un color rojo oscuro; miró también la rodilla, invadida ya por la hinchazón; hizo constar en el borde de la oreja derecha la existencia de una perla dura y blanca.



—Pero, doctor—gemía el enfermo—no podéis dejarme sufrir así....

Cazenove estaba grave: aquella perla de materia tofácea le interesaba, y la fe en la ciencia volvía á ganarle en presencia de ese nuevo síntoma.

—¡Dios mío!—murmuró—voy á ensayar los alcalinos y las sales.... Evidentemente se va haciendo crónica.

Pero en seguida se irritó.

—Vos tenéis la culpa, vos sólo, por no seguir el régimen que os he recomendado.... No hacéis ejercicio, estáis arrellanado siempre en el sillón.... y vino, y carne, ¿no es verdad? ¡Como si lo viera!... Confesad que habéis comido algún manjar succulento.

—¡Oh! un poquito de *foie gras*—confesó débilmente Chanteau.

El médico levantó los brazos como para tomar por testigo al cielo....

Sin embargo, sacó del bolsillo de su largo *redingote* algunos frascos, y comenzó á preparar una poción: como tratamiento local, se limitó á envolver el pie y la rodilla en algodón en rama, que sujetó después con tiras de aglutinante, y al despedirse encargó á Paulina que le diese cada dos horas una cucharada

de la poción, y agna de avena cuanta el enfermo quisiera, recomendando sobre todo absoluta dieta.

—Pues qué—dijo la señora Chanteau,—¿creéis que se le puede impedir que coma lo que quiera?

—No, no, tía mía—se permitió afirmar Paulina,—ya verás como es prudente, y le hará mucho bien la obediencia.

Cazenove la miraba, interesándole su aspecto reflexivo, y la besó de nuevo en ambas mejillas.

—He aquí una muchacha que ha nacido para los demás—declaró el doctor, con el mismo aplomo que daba á sus diagnósticos.

Chanteau gritó aún por espacio de ocho días, porque el pie derecho fué invadido cuando el acceso parecía debilitarse, reapareciendo los dolores con más intensidad que antes.

Toda la casa estaba estremecida: Verónica encerrábase en el fondo de la cocina por no oírle; la señora Chanteau y el mismo Lázaro se alejaban también, en su angustia nerviosa; únicamente Paulina quedó en el cuarto del enfermo.

Ella sola tenía además que luchar contra la tenacidad de Chanteau, que quería á todo trance comer una chuleta, que gritaba que se moría de hambre,



que llamaba asno al doctor Cazenove, porque no sabía curarle....

Por la noche se duplicaba la intensidad del mal, y ella apenas dormía dos ó tres horas; pero estaba siempre contenta y con buena salud, y la señora Chanteau, á quien levantaba tales cargas, aceptó con gusto la ayuda de una niña que conseguía poner paz en la casa.

En fin, la convalecencia llegó, recobrando Paulina su libertad, y entonces se estrechó un íntimo compañerismo entre ella y Lázaro.

Al principio se reunían los dos en la gran cámara del joven, que había hecho derribar un tabique y ocupaba así la mitad del segundo piso; pequeña cama de hierro se perdía en un ángulo, detrás de biombo deslucido y roto; en tablas de pino adosadas á la pared estaban alineados centenares de volúmenes, libros clásicos, obras descabaladas descubiertas en un granero de Caen; un antiguo armario normando, inmenso, encerraba multitud de objetos raros, muestras de rocas y piritas, utensilios viejos y sin uso, juguetes de niño despedazados; había también allí un piano, sobre el cual se destacaban dos floretes en cruz y una máscara de esgrima, y una mesa enorme en el centro, mesa de dibujo, muy

alta y atestada de papeles, grabados, botes de tabaco, pipas, y en la que era difícil encontrar un sitio libre para escribir.

Paulina estaba encantada en medio de aquel desorden: tardó un mes en explorar el cuarto, y cada día encontraba objetos curiosos; una vez halló en la librería un *Robinson* con grabados, y un polichinela cojo en el armario.

Desde que se levantaba iba al cuarto de su primo y allí permanecía, volviendo á subir por la tarde; Lázaro la aceptó con gusto, como si fuese un hermano menor, un muchacho de nueve años menos que él, pero alegre y picaresco, de grandes ojos negros é inteligentes; no le estorbaba para fumar su pipa, ni para leer tendido en una silla con los pies en alto, y escribía largas cartas en las que deslizaba flores.

Algunas veces, no obstante, su camarada era demasiado turbulenta: bruscamente subía sobre la mesa, ó pasaba de un salto á través del biombo roto; una mañana, como no la oyese, volvió la cabeza para buscarla y la encontró con la máscara de esgrima en el rostro y un florete en la mano, saltando al aire; y si la gritaba que estuviese quieta, ó la amenazaba con echarla fuera del cuarto, aquello



concluía con una partida de saltos de cabra en medio de la cámara desordenada: ella se arrojaba al cuello de su primo, él la hacía dar vueltas como á una peñola, transformado también en chiquillo, y los dos reían alegremente con la fresca risa de la infancia.

Otras veces les ocupaba el piano. Aquel instrumento databa de 1810, un viejo piano Erard, en el que la señorita Eugenia de la Vignière había dado en otro tiempo lecciones durante quince años, y en cuya caja de caoba deslucida las cuerdas suspiraban como sonidos lejanos de misteriosa dulzura.

Lázaro, que no podía obtener de su madre un piano nuevo, tocaba en él con toda su fuerza sin conseguir hacerle brotar las sonoridades románticas que fermentaban en su cerebro, y había tomado la costumbre de reforzarle con su voz para llegar al efecto deseado.

Su pasión por la música le hizo abusar de la complacencia de Paulina: tenía un oyente, y ante ella desenvolvía todo su repertorio durante días enteros; y eran precisamente de su gusto las páginas de música más difíciles, sobre todo las entonces despreciadas de Berlioz y Wagner, y hacía mugir al piano, y concluía por tocar tanto con la garganta como con los dedos.

Paulina se fastidiaba mucho en tales días, aunque permanecía tranquila escuchando, por temor de causar pena á su primo.

Algunas veces les sorprendía el crepúsculo, y Lázaro, aturdido por los ritmos, exponía sus grandes ensueños: él también sería un músico de genio, á pesar de su madre y á pesar de todo el mundo; en el liceo de Caen había tenido un profesor de violín que, maravillado de su inteligencia musical, le predijo un porvenir de gloria; habíase hecho dar á escondidas lecciones de composición, y ahora trabajaba solo; tenía ya una idea vaga, la idea de una sinfonía sobre el Paraíso terrenal, halló un trozo de su obra, Adán y Eva arrojados por los ángeles, una marcha de carácter solemne y doloroso que consintió en tocar una noche en presencia de Paulina, y que desde entonces la tocaba todos los días.

La muchacha aprobaba, porque le parecía bien aquello; pero luego empezaba la discusión: sin duda que él debía sentirse orgulloso de componer una música tan bella, pero quizás habría sido más prudente obedeciendo á sus padres, que anhelaban hacer de él un prefecto ó un magistrado.

La casa estaba contristada por esa querrela de la madre y el hijo; éste queriendo ir á París para in-



gresar en el Conservatorio, y aquella repitiéndole que antes de Octubre debía elegir una carrera decente; y Paulina sostenía el proyecto de su tía, á quien anunció gravemente que ella se encargaba de convencer á su primo.

Entonces Lázaro, furioso, cerraba el piano con violencia, gritando que ella era sencillamente una *ignorante burguesa*.

Estuvieron sin hablarse tres días, y al cuarto hicieron las paces: al joven, para ganarla á su causa, metiósele en la cabeza el propósito de enseñarla á tocar el piano; él mismo la ponía los dedos en las teclas, y la tenía horas enteras haciendo escalas y gamas, aunque ella se rebelaba por su poca afición á la música, y sólo quería divertirse haciendo pasear por el teclado á Minucha, cuyas patas ejecutaban sinfonías bárbaras, y jurando que la gata sabía ya tocar la famosa sinfonía del Paraíso terrenal.

Esto sublevaba al autor, y entonces las grandes riñas comenzaban: Paulina saltaba al cuello de Lázaro, y éste hacía dar vueltas á la niña como una peonza, mientras que Minucha, tomando parte en la danza, saltaba desde la mesa al armario, y Mateo, si alguna vez era admitido en el cuarto, aullaba con brutal alegría.

— ¡Déjame en paz, estúpida burguesa! — repitió un día Lázaro, muy exasperado; — mamá, si quiere, te enseñará el piano.

— ¡Pero si tu música no sirve para nada! — declaró francamente Paulina. — Yo en tu lugar estudiaría para médico.

Él la miraba furioso. ¡Médico! ¿por quién le tomaba aquella niña? Exaltábase, por el contrario, y se anegaba en su pasión por la música con una impetuosidad que parecía un loco.

— Escucha — dijo á Paulina — si se me impide ser músico por causa tuya, ¡me mato!

El verano había completado la convalecencia de Chanteau, y Paulina pudo acompañar á Lázaro fuera de casa: la cámara grande quedó desierta, y el compañerismo de ambos se mostró en carreras desenfrenadas.

Contentáronse durante algunos días con estar en la terraza, donde vegetaban plantas raquíticas abrasadas por el aire del mar; después bajaron al patio, rompieron la cadena del pozo, asustaban á la docena de héticas gallinas que en aquel lugar vivían alimentándose de saltamontes, escondíanse en la cuadra y en la cochera, descascarillando las paredes y el techo; luego invadieron el huerto que Verónica



cultivaba como ur. gañán y donde había varios cuadros sembrados de legumbres y algunos perales; más tarde empujaron la puerta y salieron al campo, bajo el ancho cielo, enfrente del Océano.

Paulina sentía curiosidad apasionada por aquella inmensa mole de agua, tan pura y serena entonces con los reflejos del sol de Julio: siempre era el mar objeto de las miradas de la niña desde cualquier pieza de la casa y desde la terraza que dominaba á Bonneville; pero no se había acercado á él hasta entonces, y una vida enteramente nueva comenzó para ella: se vió sola con Lázaro en la soledad animadísima de las playas.

¡Qué agradables escapatorias! Pero la señora Chanteau murmuraba y quería que permaneciesen en casa, no obstante su confianza en el buen juicio de la niña, así es que no pasaban, al salir, por el patio, donde Verónica solía acecharlos, sino que huían á escondidas por el huerto y no regresaban hasta entrada la noche.

Pronto les fastidiaron los paseos alrededor de la iglesia, los alrededores del cementerio sombreados por tejos y sauces, las cuatro hortalizas que vegetaban en la puerta del cura, y también se cansaron en breve de sus paseos por Bonneville, de aquellas

treinta casas pegadas á las rocas, del banco de arena donde los pescadores varaban sus barcas.

Lo que más les divertía era, en marea baja, ir muy lejos de la bravía costa, bajo los acantilados, caminando sobre arena finísima, por la que huían los cangrejos de mar, ó saltando de roca en roca entre las algas, para evitar los chorros de agua límpida, en la cual hormigueaban los langostinos; ó bien pescar pequeños moluscos, ostras y almejas, que comían sin pan y crudos, ó guardaban en un pañuelo algún ejemplar extraño de seres marinos, ya una latija perdida entre la húmeda arena, ya enorme cangrejo que procuraba esconderse en el fondo de un agujero.

Y cuando el mar subía se dejaban á veces alcanzar por el agua, jugaban á los náufragos, se refugiaban en arrecifes hasta que la ola quería retirarse, y luego regresaban al pueblo empapados hasta los hombros, con los cabellos al viento para secarlos, y tan llenos del aire marino, que se ahogaban en casa, por las noches, alrededor de la lámpara.

Pero su mayor delicia era bañarse. Aquella playa, sembrada de rocas, no atraía á los bañistas de Caen y Bayeux, que estacionaban en la cercana villa de Arromanches; pero ellos habían descubierto á un



kilómetro del pueblo, al lado de Port-en-Bessin, una pequeña ensenada entre dos filas de peñascos, y toda ella con menuda y dorada arenilla, á la que nombraron bahía del Tesoro, porque parecía que las olas solitarias rodaban por encima de polvo aurífero.

Allí estaban como en su casa, y se desnudaban sin ruborizarse: él, mientras seguía la conversación, volvíase de espaldas y se abotonaba el traje de baño; ella en un momento, sujetando con la boca el cordoncillo de su camisa, poníase ceñido traje de lana, y aparecía en seguida vestida como un muchacho.

En ocho días aprendió á nadar, más fácilmente que á tocar el piano, aunque su bravura la obligaba con frecuencia á tragarse buenos sorbos de agua salada: toda su juventud se recocijaba en aquellos ásperos placeres, cuando una ola más fuerte les empujaba y les tiraba al uno sobre el otro, y salían al punto chorreando, y secaban al viento sus desnudos brazos, jugando siempre como incansables niños.

Mas pasaron los días: era ya el principio de Agosto, y Lázaro no adoptaba ninguna decisión, y Paulina debía entrar, en Octubre, en un colegio de Bayeux; cuando el mar les rendía en muelle cansancio, echábanse en la arena, y hablaban muy razo-

nablemente de sus asuntos propios, concluyendo ella por interesarle en la medicina y explicándole que si fuese hombre nada encontraría más apasionado que dedicarse á curar á la humanidad que sufre.

Precisamente hacía una semana que el *Paraiso terrenal* no marchaba á gusto de Lázaro, y éste dudaba de su genio; y además, ciertamente habia glorias médicas, según los grandes nombres que le venían á la memoria, Hipócrates, Ambrosio Paré, Orfila, y tantos otros.

Pero súbitamente lanzó gritos de alegría: ¡ya tenia su obra maestra!

Aquel *Paraiso* era una torpeza, y le hizo pedazos, poniéndose á escribir la sinfonía del *Dolor*, una página en que anotaba en armonías demasiado sublimes la queja desesperada de la humanidad sollozando bajo el cielo..... y utilizaba su marcha de Adán y Eva, transformándola lindamente en marcha de la Muerte.

Durante ocho días su entusiasmo aumentaba de hora en hora, y resumía en su vasto plan á todo el universo.

Pasó otra semana, y Paulina se maravilló de oírle decir que iría gustoso á París para estudiar medicina: él habia pensado que el viaje le acercaba al



Conservatorio, y que después de estar allí decidiría lo que mejor le pareciese.

Tal declaración de su hijo fué el colmo de la alegría para la señora Chanteau: ella hubiera preferido verle en la magistratura ó en la administración pública, pero también los médicos eran gentes muy honorables, y ganaban mucho dinero.

—¿Eres una hada?— dijo á Paulina, besándola.—  
¡Ah, querida niña! bien nos recompensas lo que hacemos por ti.

Todo se arregló en breve, determinando que Lázaro partiría el 1.º de Octubre; y entonces, en Septiembre, las travesuras de ambos comenzaron otra vez con más ahinco, porque á uno y á otro les parecía muy natural concluir dignamente su bella vida de libertad.

Los días eran cada vez más cortos, y ellos se olvidaban de que estaban solos, en la arena de la bahía del Tesoro, hasta bien entrada la noche.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, echados en la playa el uno junto al otro, él miraba las estrellas que aparecían en el ancho espacio como perlas de argentada lumbre, y ella estaba seria, muy grave, con la tranquila admiración de una niña.

Lázaro, febril desde que se decidió á partir, abría

y cerraba nerviosamente los párpados, según los sobresaltos de su voluntad, que le impelía sin cesar á la formación de nuevos proyectos.

—¡Qué hermosas son las estrellas!— dijo Paulina gravemente, después de largo silencio.

Y él no contestaba, porque su ingenua alegría cedía el puesto á un malestar indefinible, que le turbaba la vista; y en tanto hormigueaban nuevos astros en el cielo, de minuto en minuto, como si alguien hubiese echado á través de la inmensidad una paletada de brasas.

—Tú no sabes lo que es eso—murmuró él por fin lentamente;—cada estrella es un sol, y á su alrededor giran máquinas como la tierra; hay millares de millares, y otras detrás de las que vemos, y otras más allá todavía.....

Calló, y en seguida añadió con voz trémula, vibrante como un escalofrío:

—Yo no quiero mirarlas, porque me dan miedo.....

El mar, que subía, murmuraba con lamentación lejana, parecida á la confusa queja de muchedumbre de desheredados de la fortuna que lloran su miseria; en el ancho espacio, negro é inmenso, centelleaba el fulgor de los astros, el volante polvo de los mundos; y en medio de aquel rumor planídero



de la tierra, que parecía agobiada por el peso de infinitas estrellas, Paulina creyó escuchar cerca de ella un eco de sollozos.

— ¿Qué tienes? ¿estás enfermo?

Él no respondía: lloraba, y tapábase el rostro con sus manos violentamente crispadas, y cuando pudo hablar, murmuró:

— ¡Oh! ¡morir, morir!

La niña conservó duradero recuerdo de esta escena.

Lázaro se puso de pie trabajosamente, y los dos regresaron á Bonneville muy de noche, y alcanzados ya por la marea, que les mojaba los pies.

No se dirigieron una palabra: ella veía marchar delante á su primo, y éste parecía más bajo, encorvándose para resistir al viento que soplaba del Oeste.

Aquella noche les aguardaba en el comedor una muchacha recién llegada, hablando con Chanteau: era Luisa, niña de once años y medio, que solía pasar en Bonneville algunas temporadas, y aunque dos veces se había ido á Arromanches, para conducir, y las dos inútilmente, llegó de súbito cuando menos se pensaba en ella.

La madre de Luisa había espirado en brazos de

la señora Chanteau, recomendándola su hija; su padre, el señor Tibaudier, banquero de Caen, se volvió á casar ocho meses después, y tenía ya tres hijos, y subyugado por la nueva familia, y con la cabeza llena de cifras, dejaba á su hija mayor como pensionista en un colegio, y sabía desembarazarse de ella en la época de vacaciones enviándola á casa de cualquier amigo suyo.

Un criado fué el encargado de acompañar á la señorita, porque ¡el señor tenía tantas ocupaciones!..... y partió en seguida, asegurando que el señor haría lo posible para ir personalmente á buscar á la señorita.....

— ¡Acércate, Lázaro!—gritó Chanteau.— ¡Ya está aquí! ¡ya ha venido!

Y Luisa, sonriendo, besó al joven en las dos mejillas: ellos, no obstante, se conocían poco, porque Luisa siempre estaba enclaustrada en el colegio y Lázaro había salido del Liceo pocos meses antes, no datando su amistad sino de las últimas vacaciones.

Por otra parte, él la hubo tratado poco, ceremoniosamente, adivinando en ella una coqueta que, adelantándose á la edad, desdenaba ya las alegres diversiones de la infancia.

—Pero, Paulina, ¿tú no la abrazas y besas?—dijo



la señora Chanteau, que entraba.—Es como tu hermana mayor, pues tiene diez y ocho meses más que tú.... A ver si os queréis mucho, porque me agradará.

Paulina contemplaba á Luisa, que era delgada, fina, con semblante algo irregular, pero de gran encanto, ceñido de hermosa cabellera rubia rizada y peinada como la de una señora.

Paulina palideció al verla abrazar á Lázaro, y cuando éste la devolvió sus besos y abrazos sentía aquella escalofríos en sus labios.

—¿Qué te pasa?—la preguntó su tía;—¿tienes frío?

—Sí, sí, un poco..... el viento no es muy templado....—respondió la niña, encarnada por su mentira.

En la mesa no comió. Sus ojos, que no cesaban de mirar á los dos jóvenes, reflejaban un brillo negro, terrible, observando que su primo, sus tíos y hasta Verónica sólo atendían á Luisa; pero sufrió mucho más cuando el perro Mateo, á los postres, dando la vuelta de costumbre alrededor de los comensales, fué á reclinar su gran cabeza sobre las rodillas de la recién venida, y en vano le llamó, porque ésta le atracaba de azúcar.

Concluida la comida, Paulina había desaparecido, y Verónica, que llegaba de la cocina para quitar la mesa, dijo con aire de triunfo:

—¡Ah, señora! Ya que le parece tan buena su Paulina, vaya á ver lo que hace en el patio....

Todos corrieron al patio. Allí estaba Paulina, oculta en la cochera, sujetando á Mateo contra la pared, y arrebatada por insano acceso de fiera, golpeando en la cabeza del perro con toda la fuerza de sus delgados puños; y el perro, aturdido, sin defenderse, bajaba tristemente la cabeza.

Dirigieronse hacia ella, y seguía golpeando con más furor; hubo necesidad de quitarla de allí, tiesa, rígida, tan enferma que se le acostó inmediatamente, y su tía permaneció á su lado buena parte de la noche.

—¡Oh! ¡Es muy gentil, muy gentil!—repetía Verónica, encantada de haber hallado una mancha en tan brillante perla.

—Me acuerdo de que se me ha hablado algo de esas cóleras en París—decía la señora Chanteau.—Ella es celosa, lo cual es muy feo. Hace seis meses que está aquí, y ya me había aperebido de algunos defectillos suyos.... pero, francamente, ¡querer matar á golpes al pobre perro!.... Eso pasa de toda regla....



Al día siguiente, cuando Paulina encontró á Mateo, le estrechó en sus brazos temblorosos y le besó en el hocico con tal abundancia de lágrimas, que hubo temores de verla otra vez con su crisis.

Pero no se corrigió; sentíase como impulsada por ignota fuerza que la empujaba toda su sangre hacia el cerebro, y suponíase que aquellas violencias de celos eran deplorable herencia de algún abuelo materno, á pesar del bello equilibrio de sus padres, de los que ella parecía viva imagen.

Y como tenía muy desarrollada la inteligencia para los diez años, ella misma decía que se esforzaba para combatir semejantes arrebatos y no lo conseguía, y en seguida se quedaba muy triste, como aquel que sufre un mal de que se avergüenza.

—Si yo os amo tanto, ¿por qué vos amáis á otra?— decía ella en su cuarto, reclinando la cabeza en el hombro izquierdo de su tía, que la sermoneaba dulcemente.

Así, á pesar de sus esfuerzos, sufría mucho con la presencia de Luisa; desde que se hubo anunciado su llegada, esperábala con inquieta curiosidad, y luego contaba los días con el deseo impaciente de que se marchara cuanto antes.

Luisa, por lo demás, la seducía por su aspecto elegante y distinguido, sus pretensiones de señorita sabia, su gracia mimosa de niña poco acariciada en su casa, y cuando Lázaro estaba presente, turbaban é irritaban á Paulina las seducciones de aquélla y á la vez la revelación espontánea de algo desconocido.

El joven, sin embargo, la consideraba como preferida, y burlábase de la otra diciendo que le fastidiaba con sus pretensiones de gran señora; pero los juegos ruidosos y violentos habían sido abandonados, y ambos jóvenes se entretenían por la noche en mirar las estampas de la sala y durante el día en pasear por la playa á paso moderado.

Una mañana Lázaro declaró que su marcha se efectuaría dentro de cinco días, deseando instalarse en París, donde le esperaba uno de sus antiguos camaradas de Caen, y Paulina, á quien desesperaba hacia un mes la idea de tal marcha, apoyó vivamente la decisión de su primo y ayudó á su tía, con gozosa actividad, á prepararle la maleta.

Pero cuando el tío Malivoire se llevó á Lázaro en el fondo de su vieja berlina, la pobre muchacha corrió á encerrarse en su cuarto, y lloró amargamente; por la noche se manifestó muy amable con



Luisa, y los ocho días que ésta pasó aún en Bonneville fueron verdaderamente encantadores; cuando el criado volvió á buscar á ésta, exponiendo que su señor no había podido abandonar sus negocios, las dos amigas se abrazaron estrechamente y juraron amarse siempre.

Con lentitud mortal se deslizó un año; la señora Chanteau, cambiando de parecer, no envió á Paulina al colegio, sino que la hizo quedarse en casa, por causa de las instancias de Chanteau, que no acertaba á pasar sin la niña.

Además, en los colegios de internas las muchachas aprenden ciertas cosas que no deben saber, y ella, la señora Chanteau, respondía de la perfecta inocencia de su sobrina; buscóse, por lo tanto, en los rincones de la librería de Lázaro una Gramática, una Aritmética, un tratado de Historia y un resumen de Mitología, y la señora Chanteau volvió á empuñar la palmeta de profesora de dictado, de problemas y de lectura en alta voz, á lección por día.

La sala de Lázaro se transformó en cuarto de estudio, y Paulina tuvo además que ponerse al piano, sin contar con que su tía demostró severidad en corregir sus bruscos modales de muchacha; pero ella

era dócil é inteligente, y aprendía voluntariamente y con gusto aun las materias de estudio que más la repugnaban.

Un libro, entre todos, la fastidiaba poderosamente: el Catecismo.

Ella no había comprendido todavía que la señora Chanteau saliese del ordinario régimen el domingo, y la llevase á misa. ¿Para qué? En París jamás se la llevaba á San Eustaquio, el templo más próximo á su casa, y las ideas abstractas no entraban sino muy trabajosamente en su cerebro.

Su tía debió explicarla que una señorita bien educada no podía dispensarse de dar buen ejemplo y mostrarse muy cortés con el cura, aunque ella misma no tuviera sino una religión de conveniencia, que formaba parte de las reglas de buena educación.....

El mar, sin embargo, seguía batiendo dos veces por día las casas de Bonneville con el eterno balanceo de sus olas, y Paulina parecía agigantarse ante el espectáculo del inmenso horizonte; ya no jugaba, porque no tenía compañero de juego, y cuando corría con Mateo alrededor de la terraza ó paseaba por el huerto llevando en sus hombros á Minucha, su único recreo consistía en mirar al mar,



siempre vivo, siempre agitado, lívido en los sombríos meses del invierno, y verde y tornasolado desde los primeros días de Mayo.

El año fué dichoso, porque la felicidad que la niña, con su presencia, había llevado á la casa, se manifestó con una remesa inesperada de cinco mil francos que Davoine hizo á los Chanteau, para evitar el rompimiento con que éstos le amenazaban; y mientras tanto la tía iba á Caen puntualmente cada trimestre á cobrar las rentas de Paulina, cobrando también los gastos y el importe de la pensión que la había señalado el consejo de familia, y en seguida compraba con el total nuevos títulos de la Deuda, que, acompañada de su sobrina, metía con los otros en el cajoncito de la mesa, repitiendo á la niña:

—Ya ves, hijita, que los guardo todos juntos, ¿eh?

¡El paquete crece! No tengas cuidado, que todo lo hallarás ahí mismo, sin que falte un céntimo.

A principio de Agosto llegó Lázaro sin anunciarse, queriendo sorprender á su madre y manifestando que había obtenido buen éxito en los exámenes de fin de curso.

Aquel suceso fué una alegría inmensa.

En sus cartas de París, una cada quince días, el

joven se manifestaba apasionado por la Medicina; pero desde que llegó á Bonneville estaba cambiado en absoluto, no hablando de música, pero enojando á todos con sus cuentos referentes á los catedráticos y con sus disertaciones científicas á propósito de cualquier cosa, de los manjares que se servían, del viento que soplabá.

Nueva fiebre le devoraba, porque se había dejado dominar totalmente por la idea de ser un médico de genio, cuya aparición conmovería al mundo....

Paulina, después de abrazarle apretadamente, cual muchacha que no disimulaba su ternura inocente y sincera, quedó sorprendida de hallarle tan variado; causábala pesar que no hablase ya de música, ni siquiera como asunto de recreo.

¿Era que no se podía amar una cosa cualquiera después de haberla amado ardientemente?

El día en que Paulina le preguntó por su famosa sinfonía, Lázaro la contestó con algunas bromas, añadiendo que todas aquellas frivolidades habían concluído para siempre, y ella se puso muy triste y recordó que él mismo había desocupado su maleta para ocultar los libros que traía, las novelas, los volúmenes de ciencia llenos de grabados.... y que ya no la había de dar vueltas como una peonza, echando



hacia arriba sus faldas, cuando se empeñaba en entrar y habitar en su cuarto.

Sin embargo, ella no había crecido mucho, y le miraba de frente con sus ojos puros de inocencia, y al cabo de ocho días se renovó de gentil manera su antiguo compañerismo de muchachos: la ruda brisa del mar le sacudía los olores del barrio latino de París, y él volvió á regocijarse con aquella niña ingenua, sincera, de franca alegría.

Todo volvió á empezar: los juegos alrededor de la mesa, las escapatorias en compañía de Mateo y de Minucha, las carreras hasta la bahía del Tesoro, los baños en pleno sol; y justamente en aquella temporada Luisa no estaba allí, por haber ido á Rouen á pasar las vacaciones en casa de unos amigos de sus padres.

Dos meses se deslizaron dulcemente, sin que ninguna nube de disgusto empañara el cielo de su intimidad, cuando llegó Octubre, y Lázaro se dispuso á hacer su maleta, guardando en primer lugar los libros que hubo traído de París y permanecieron en el fondo del armario, sin ocurrírsele en todo el verano abrir uno de ellos.

—¿Te los llevas todos?—preguntó Paulina sorprendida.

—Ya lo creo; son para mis estudios. ¡Ah, diablo! ¿cuánto voy á trabajar! Es preciso que gane lo perdido....

Una paz de muerte volvió á reinar desde entonces en la casita de los Chanteau; pasaban sobre ella los días con uniformidad inalterable, y seguíase oyendo el ritmo eterno del Océano; pero en aquel año hubo en la vida de Paulina un hecho que se debe señalar: ella hizo su primera comunión á mediados de Junio, á la edad de doce años y medio.

Lentamente la religión se apoderó de ella, una religión grave, superior al diálogo del Catecismo que la niña repetía sin comprenderle, y su mente, joven y reflexiva, concluyó por formar acerca de Dios la idea de un ser omnipotente y sapientísimo que dirigía todas las cosas de manera que sólo reinase en la tierra la justicia, y este concepto la bastaba para entenderse con el abate Horteur.

Este era un hombre duro de mollera, en la cual había penetrado la letra, no el espíritu, de la religión, y se contentaba con prácticas exteriores para el buen orden de una ejemplar devoción: personalmente cuidaba de su último fin, y cuanto á sus feligreses, ¡tanto peor si se condenaban!.... Porque ya había procurado, por espacio de quince años, condu-



círculos por camino de salvación, sin conseguirlo, y no les pedía otra cosa desde entonces sino la cortesía de gentes bien educadas, en los días de las grandes solemnidades religiosas.

Todo Bonneville iba á la iglesia, por hábito, no obstante la concupiscencia de pecado que dominaba en la aldea, y esta misma indiferencia religiosa del pueblo fomentaba la tolerancia del cura, el cual iba todos los sábados á casa de Chanteau, aunque éste, disculpándose con su gota, jamás ponía los pies en la iglesia.

La señora Chanteau, por el contrario, asistía regularmente á los oficios, y llevaba consigo á Paulina, á quien seducía poco á poco la gran simplicidad del párroco: en París ella desdénaba á todos los curas, llamándoles hipócritas de negra hopalanda que enebria sus crímenes; pero aquél la parecía un buen hombre, con sus gruesos zapatos, su rostro curtido por el sol, su aspecto y su lenguaje de colono pobre.

Una observación había hecho: el abate Horteur fumaba con delicia una gran pipa de ámbar y espuma, refugiándose por un escrúpulo de conciencia en el fondo de su jardín, y solo con sus plantas y aquella pipa, que él ocultaba lleno de turbación

cuando alguien le sorprendía, interesaba altamente á la muchacha sin que ella supiera el motivo.

Hizo su primera comunión con gravedad, en compañía de dos chicuelas y un pillete de la aldea, y por la noche, el cura, comiendo á la mesa de los Chanteau, declaró ingenuamente que nunca en Bonneville, desde que él estaba en el pueblo, había visto una neófita que tan correctamente se acercara á la Sagrada Mesa.

El año no fué tan bueno, porque el alza que Davoine esperaba en los abetos no se presentó, y, según malas noticias que llegaban de Caen, veíase obligado á vender con pérdida, y caminaba fatalmente á una catástrofe.

Vegetóse con estrechez con los tres mil francos de renta, que bastaban taxativamente á las necesidades de la casa, y cercenando las provisiones; pero el gran cuidado de la señora Chanteau era Lázaro, de quien recibía cartas que ella sola leía y guardaba, porque se reducían sencillamente á repetidas demandas de dinero.

En Julio, cuando fué á cobrar las rentas de Paulina, presentóse á Davoine, y los dos mil francos que éste la había dado pasaron en seguida á manos del joven; todavía consiguió sacar otros mil francos,



que también siguieron el camino de París; y últimamente el mozo la escribía que no era posible su regreso á Bonneville si antes no pagaba sus deudas.

Por fin una mañana, después de esperarle en vano ocho días, su madre y Paulina fueron á recibirle á Verchemont: se abrazaron en medio del camino, y juntos volvieron á la aldea; mas aquel regreso en familia fué menos alegre que la sorpresa triunfal del año anterior; el joven había salido mal de los exámenes, porque todos los profesores, decía, eran unos asnos que debían llevar senda carga en las espaldas.... y al día siguiente, en presencia de Paulina, arrojó los libros en una tabla del armario, declarando que ya podían apolillarse allí....

Este disgusto súbito consternaba á la niña, y más cuando le oía burlarse ferozmente de la Medicina, y retarla á que curase ni siquiera un romadizo; y un día en que ella defendía á la ciencia, en arranque generoso de juventud y de fe, ruborizándose, Lázaro tuvo valor para mofarse de aquel entusiasmo ignorante.

Las vacaciones pasaron pronto, y en sus acostumbrados paseos él se aburría soberanamente, y hasta se burlaba del mar, que siempre era el mismo, dedicándose á hacer versos para matar el tiempo, y

escribiendo sobre el Océano varios sonetos muy limados y de selecta rima; rehusó bañarse, porque había descubierto que los baños fríos eran contrarios á su temperamento; hacia la mitad de Septiembre, como Luisa acabase de llegar, habló en seguida de volver á París, con el pretexto de prepararse á sufrir nuevos exámenes, porque las dos muchachas le aturdíán....

La vispera de salir de Bonneville, Lázaro manifestó tanta alegría que Paulina lloraba amargamente.

—¡No me amas, no!

—¡Eres una estúpida! ¿No es necesario que yo acabe mi carrera? ¡Una niña grande que lloriquea!....

Y ella, apelando á todo su valor, sonreía.

—Trabaja mucho este año para que vuelvas alegre....

—¡Quía! Es inútil estudiar mucho, porque los exámenes son pura fórmula. Si no he sido aprobado consiste en que no me he tomado la molestia de quererlo.... Pero ahora no será así, porque comprendo que mi carencia de fortuna me impide cruzarme de brazos y holgar, la única cosa inteligente que el hombre debe hacer....



Desde los primeros días de Octubre, habiendo regresado Luisa á Caen, Paulina volvió á dar lecciones con su tía, y el curso del tercer año versó especialmente sobre la Historia de Francia y la Mitología, enseñanza superior que debía permitirle comprender los cuadros de los museos; pero la niña tan aplicada en el año precedente, dormíase ahora antes de estudiar las lecciones, y bruscos arrebatos solían matizarla de púrpura el semblante.

Una crisis de cólera contra Verónica, que no la amaba, según ella decía, la postró en cama por dos días.

Hacia la Navidad el estado de la niña inspiró inquietudes á la señora Chanteau: aquella se quejaba de vivos dolores en las caderas, encorvábese con el débil peso de su cuerpo, sufría repentinos ataques de fiebre; y el doctor Cazenove, después de haberla interrogado discretamente, llamó aparte á la tía para aconsejarla que advirtiera á su sobrina del próximo advenimiento de su pubertad.

Pero la tía, juzgando exagerada tal precaución, rechazó la confidencia, porque su sistema de educación consistía en la ignorancia completa de los hechos hasta que ellos mismos se impusieran; y como el médico insistiese, prometióle hablarla y di-

lató de día en día el cumplimiento de su promesa.

Una mañana, cuando la señora Chanteau salía de su cuarto, oyó quejarse á Paulina y se mostró muy inquieta: estaba la niña sentada en el lecho, llamando á su tía con gritos incesantes, pálida de terror....

—¡Oh, tía mía, tía mía!

La señora Chanteau comprendió inmediatamente.

—¡Bah! eso no es nada, querida mía; tranquilízate.... ¿Te has lastimado en alguna parte? ¿No? pues yo te juro que eso es.... como si hubieses echado un poco de sangre por la nariz (1).

Algunos días después, Paulina se entregó apasionadamente al trabajo, y en particular al estudio de la Mitología: apenas dejaba un momento el cuarto de Lázaro, y era menester llamarla para que bajase á comer, con la cabeza cargada y los miembros entumecidos por la inmovilidad.

Pero en la biblioteca estaban también algunas

(1) Advertimos al lector que en este y otros períodos del libro suprimimos detalles y aun párrafos enteros, que no se relacionan para nada con la acción principal, y que repugnan. Esas descripciones demasiado naturalistas en que el autor se complace, sobre no añadir ningún mérito á la obra, son efectivamente lo que la crítica francesa ha llamado con gran propiedad *ordures*.—(N. del T.)



obras de Medicina que Lázaro había dejado ocultas, por no serle de utilidad inmediata, como el *Tratado de Fisiología*, por Longuet, y la *Anatomía descriptiva*, por Cruveilhier, y Paulina las sacaba del estante á espaldas de su tía, y las colocaba en oyendo el menor ruido, sin apresuramiento, no como curiosa culpable, sino como estudiante laborioso cuya vocación ha sido contrariada por sus padres.

Al principio no las comprendió, á causa de las palabras técnicas que era necesario buscar en un léxicon; pero adivinando en seguida la necesidad de un método, entregóse al estudio de la segunda antes de leer la primera, y entonces aquella niña de catorce años aprendió en pocos días lo que ignora por lo general una mujer hasta la época de su matrimonio.

El lento descubrimiento de la máquina humana la llenaba de admiración, y leíalo todo apasionadamente, con más deleite que los cuentos de hadas habían producido en su espíritu; y si algo se escapaba á su penetración, creía aprender bastante para aliviar á los que sufren, y su corazón se conmovía de piedad con el deseo de conocerlo todo para curarlo todo.

Y entonces, sabiendo ya por qué había estallado

la ola de sangre de su pubertad, conservó un rencor inextinguible contra el silencio de su tía, por la ignorancia absoluta en que la había dejado; así es que cuando, pasadas algunas semanas, la señora Chanteau la dijo un día que no volviese á asustarse como la vez primera, ella respondió tranquilamente:

— Sí, sí..... ¡ya sé!

Su tía la miró con expresión de espanto.

— ¿Qué sabes?

Y entonces Paulina, como no podía soportar la mentira, confesólo todo, quedando su tía petrificada al abrir los libros de medicina y mirar los grabados que ilustraban el texto. ¡Ella, que se había impuesto no pocos trabajos para explicar á su sobrina con palabras inocentes los amores de Júpiter! ¿Por qué Lázaro no había guardado bajo llave tales libros? Cerró el armario la buena señora, y metióse la llave en la faltriquera; mas ocho días después el armario estaba otra vez abierto, y la muchacha se permitía de cuando en cuando leer el capítulo de las neurosis, pensando en su primo, ó el del tratamiento de la gota, con la idea de aliviar á su tío.

Por lo demás, y á pesar de las severidades de la señora Chanteau, los mismos animalitos de la casa



la habrían instruído demasiado, aunque no hubiera abierto los libros.

La Minucha especialmente la interesaba cuando, madre de muchos gatitos cuatro veces al año, Verónica los ponía en el fondo de su delantal de cocinera, y los arrojaba al agua.

—¡Oh, tía mía!— exclamaba la muchacha.— ¡Esta vez es preciso dejar uno á su madre!

—No, no— respondía Verónica enfadándose.— ¡Para que ella le arrastre por toda la casa!

Había en Paulina un amor á la vida que se desbordaba más cada momento: todo lo que vivía, todo lo que sufría la llenaba de ternura activa, de ardiente efusión de cuidados y caricias; habíase olvidado de París, y parecía haber sido empujada hasta allí, en aquel suelo rudo, por el soplo de los vientos del mar; en menos de un año aquella niña de formas indecisas se transformó en mujer robusta, de anchas caderas y abundoso pecho; de la mañana á la noche llenaba la casa con los acentos de su voz grave y poderosa, y al acostarse, cuando su mirada caía sobre los mórbidos contornos de su seno, sonreíase con deleite, aspiraba regocijada su olor de mujer hermosa, como si fuera un ramo de flores aromáticas; aquello era aceptar ampliamente la vida,

amar la vida hasta en sus funciones más íntimas, sin disgusto, sin temor, y saludarla con la triunfante canción de la salud.

Lázaro no escribió una carta por espacio de seis meses, y apenas algunos cortos billetes daban fe de su existencia y tranquilizaban á la familia; mas luego, súbitamente, escribió á su madre carta sobre carta: suspenso también en los exámenes de Noviembre, cada vez más refractario á los estudios de Medicina que removían materias demasiado tristes, según él decía, habíase dejado arrebatar de golpe, con pasión no menos ardiente, por la Química.

Las cartas sucesivas comenzaron á explanar el proyecto que el joven acariciaba, tímidamente primero, y luego con entusiasmo progresivo: tratábase de una gran explotación de algas marinas, que debía producir millones, merced al método y á los nuevos reactivos descubiertos por el ilustre químico Herbelin, á quien se asociaba, y cuyas invenciones empezaban á causar verdadera revolución en las ciencias.

En resumen: significó su formal deseo de no ser médico, y aun manifestó que prefería vender remedios á matar enfermos.... y todas sus cartas concluían con el argumento de una fortuna rápidamente ganada, haciendo fulgurar á los ojos de su familia la



promesa de no abandonarla nunca, y de instalar una fábrica cerca de Bonneville.

Pasaron los meses de las vacaciones y él no volvía; todo el invierno siguiente describió en detalle su proyecto, remitiendo á la señora Chanteau cartas que ella leía en alta voz por la noche, de sobremesa, y al fin, en una tarde de Mayo, se celebró consejo de familia, porque el joven pedía con urgencia respuesta categórica.

—¡Es el retrato de su abuelo, travieso y emprendedor!— declaró la madre, dirigiendo una ojeada á la obra maestra del antiguo carpintero, cuya presencia en la chimenea la irritaba siempre.

—Ciertamente que no se parece á mi— dijo Chanteau entre dos ayes, pues acababa de sufrir una crisis— porque yo no tengo esas mudanzas; pero tú, querida, no eres muy pacífica....

Ella se encogió de hombros, como para decir que su actividad estaba sostenida y dirigida por la lógica, y luego replicó lentamente:

—El hecho es, ¿qué queréis que os diga? que es necesario escribirle seriamente para que sienta la cabeza: yo desearía que fuese magistrado; médico, todavía era muy propio; más he ahí que prefiere ser farmacéutico, apotecario.... Pero que vuelva, que

vuelva pronto y gane mucho dinero, que será lo mejor....

Esta idea del dinero la decidía: su adoración á su hijo partía de un nuevo ensueño, de una ilusión más realizable; considerábale ya, no sólo como farmacéutico, sino como rico, propietario de una soberbia casa en Caen, consejero municipal y provincial, diputado..... ¿quién sabe?

Chanteau no era de igual opinión: resignábase á sufrir, dejando á su mujer la iniciativa y dirección de los asuntos principales de la familia; y cuanto á Paulina, á pesar de su sorpresa, de su tácita reprobación de las veleidades de su primo, era de parecer que se le dejase volver á intentar su gran negocio.

—Por lo menos—murmuraba— estaremos todos reunidos.

—Y además, ¿para lo que el señor Lázaro ha de hacer en París!—se permitió añadir Verónica.—¡Más vale que piense un poco en cuidar de su estómago entre nosotros!

La señora Chanteau aprobó aquella observación, y sacando la carta que había recibido por la mañana, dijo:

—Atended, porque él expone el lado financiero de la proyectada empresa.



Y leyó, y comentó dicha carta: necesitaba el joven unos sesenta mil francos para instalar la fábrica; había encontrado en París á uno de sus antiguos condiscípulos de Caen, el gordinflón Boutigny, que se despidió del latín en el cuarto curso y ejercía á la sazón el oficio de comisionista de vinos; este Boutigny, muy entusiasmado con el proyecto de Lázaro, ofrecía treinta mil francos, y sería un excelente asociado, administrador, cuyas facultades prácticas aseguraban el éxito material; faltaban, por lo tanto, otros treinta mil francos, porque Lázaro quería ser propietario de la mitad de la empresa.

—Como veis—añadió la señora Chanteau—me ruega que me dirija en su nombre á Thibaudier, y la idea es buena, porque Thibaudier prestará en seguida la suma. Precisamente Luisa está enferma, y como pienso en ir á buscarla, para que pase con nosotros una semana, tendré ocasión de hablar á su padre....

Los ojos de Paulina se turbaron y un temblor convulsivo adelgazaba sus labios, mientras Verónica, de pie al lado de la mesa, en actitud de limpiar una taza, miraba fijamente á la niña.

—Yo había pensado otra cosa—continuó la tía;—pero como en los negocios industriales hay siempre riesgos, me he prometido no hablar de ella.

Pero volviéndose hacia la joven, añadió:

—Sí, querida mía: había pensado en que tú misma prestases á tu primo esos treinta mil francos. ¡Jamás encontrarán colocación más ventajosa! El dinero te reeditaría un veinticinco por ciento, porque tu primo te asociaría á los beneficios, y me duele el alma al considerar que tanta fortuna fuera á engrosar el bolsillo de otro.... Pero yo no quiero que arriesgues tu dinero: es un depósito sagrado y te lo devolveré intacto.

Paulina escuchaba, muy pálida, presa de gran agitación: había en ella una herencia de avaricia, el amor de Quenu y de su mujer Lisa á la moneda del mostrador, el respeto al dinero, el miedo de perderlo, una ruindad secreta que se despertaba en el fondo de su corazón; y como su tía la mostró el cajoncito de la mesa donde dormía la herencia de sus padres, casi la irritaba el pensamiento de que aquel dinero se derritiera en las manos disipadoras de su primo.

Y callaba, aunque la hacía daño la imagen de Luisa llevando á Lázaro una buena talega de dinero....

—Su dinero es su dinero—arguyó Chanteau, lanzando un alarido al intentar extender su pierna.—



Si el negocio saliese mal, ese dinero caería sobre nosotros.... No, no: Thibaudier le prestará muy gustoso.

Entonces Paulina exclamó en generoso arranque de su corazón:

—¡Oh! ¡no me hagáis tanto daño! soy yo quien debe prestárselo a Lázaro.... ¿No es él hermano mío? ¡sería muy ruin si le negase mi dinero! ¿Por qué me habéis hablado siquiera? ¡Dádselo, tía, dádselo todo!

El esfuerzo que acababa de hacer llenó de lágrimas sus ojos, y sonreía a la vez, confusa de haber vacilado, y aún acosada de un presentimiento que era motivo para ella de cruel desesperación....

—Vamos, ven á abrazarme—acabó por decir la tía, que también derramaba lágrimas.—Eres una buena muchacha, y Lázaro tendrá tu dinero.... ¡No hay motivo para que te incomodes!

—¿Y no me abrazas á mí?—murmuró el tío.

Claro es que todos lloraron y se besaron alrededor de la mesa; y mientras Verónica servía el té, y Paulina llamaba á Mateo, que se deshacía en ladridos fuera de la casa, la señora Chanteau murmuró, limpiándose los ojos:

—¡Es un consuelo para nosotros que tenga el corazón en la mano!

—¡Pardiez!—gruñó roncamente Verónica.—Para que la otra no dé nada, sería ella capaz de dar hasta la camisa.

Un sábado, ocho días después, Lázaro llegó á Bonnevillle: el doctor Cazenove, invitado á la comida, debía conducirle en su carruaje; el cura Horteur, invitado también, jugaba á las damas con Chanteau, medio tendido en un sillón de convaleciente, y como Verónica estaba asando un par de ánades, el gotoso levantaba la nariz cada vez que se abría la puerta de la cocina, sin poder reprimir su glotonería incorregible, nõ obstante las prudentes reconvenciones del cura, quien le decía:

—¡Que no estáis en el juego, señor Chanteau! Creedme: debéis moderaros esta noche en la mesa, porque los platos suculentos no os harán bien....

Luisa también había llegado la víspera, y cuando Paulina oyó rodar el coche del doctor, las dos corrieron hacia el patio, pero Lázaro sólo miró á su prima, estupefacto al encontrarla tan formada y robusta.

—¡Cómo! ¿es Paulina?

—Sí, hombre, sí, yo soy.

—¡Ah, vive Dios! ¿pues qué has comido para crecer tanto? ¡Ya estás hecha una mujer casadera!

Y ella se ruborizaba, húmedos de placer los ojos,



al verle examinarla con tanta admiración: él la había dejado una chiquela, una colegiala traviesa, y ahora estaba en presencia de una señorita alta y gruesa, cuyo redondo pecho y talle esbelto se revelaban aprisionados por un lindo vestido de primavera, blanco y adornado de rosas.

Pero ella, en cambio, estaba seria: miraba á Lázaro, y le hallaba envejecido, encorvado, sin su franca sonrisa de joven, y con un ligero temblor nervioso en el semblante.

—Vamos—continuó él—será necesario saludarte en serio: buenas tardes, consocia mía.

Paulina se ruborizó más aún: aquella frase la colmaba de alegría; su primo, después de haberla abrazado, podía abrazar también á Luisa, porque ella no tendría ahora celos.

La comida estuvo muy animada: Chanteau, aterrado por las amenazas del doctor, comió sin exceso, y la señora Chanteau y el cura formaron soberbios proyectos de embellecimiento de Bonneville para cuando enriqueciera al país la especulación sobre las algas.

Todos se acostaron á las once, y como Lázaro y Paulina se separaron ante sus respectivos dormitorios, el joven preguntó á su prima alegremente:

—¡Pues qué! ¿porque seas ya una señorita casadera no me has de dar las buenas noches?

—Sí, sí—gritó ella, arrojándose á su cuello y besándole en medio de los labios con su antigua impetuosidad de chiquilla.





zapatos que solía ponerse para pescar cangrejos y langostas.

Cuando estuvieron á un kilómetro de la orilla, en medio de un campo de algas que chorreaba todavía el agua de la ola que se retiraba, el entusiasmo del joven estalló como si entonces descubriera aquella inmensa cosecha de hierbas marinas que ambos habían visto anteriormente más de cien veces.

—¡Mira, mira!—gritaba.—¡He aquí nuestro negocio! ¡Tiene más de cien metros de profundidad!

Luego nombraba las especies con gozosa pedantería: los *zósteros* de color verde suave, parecidos á finas cabelleras extendidas en vastas alfombras; las *ulvas*, de hojas de lechuga, anchas, delgadas y transparentes; los *fuco*s dentellados y los vesiculosos, en tanta abundancia, que su vegetación llenaba los peñascos á manera de alto musgo; y conforme descendían por las rocas, siguiendo la ola, encontraban otras especies más grandes y extrañas, como la llamada *Cinturón de Neptuno*, semejante á una correa de cuero verdoso y de bordes rizados que parece tallada para el pecho de un gigante.

—¿Eh? ¡cuánta riqueza perdida!—exclamaba el joven.—¡Qué estupidez! En Escocia siquiera son bastante inteligentes para comer las ulvas, y nosotros



os días después una gran marejada dejaba al descubierto las rocas profundas, y Lázaro, con el apasionamiento que sentía al comenzar cualquier empresa, no quiso esperar más: partió hacia ellas con las piernas desnudas y su sencillo

sobretodo de tela encima de su traje de baño.

Paulina fué también de la partida, igualmente cubierta con traje de baño, y calzada con los gruesos



nos contentamos con hacer crin vegetal con los zósteros, y canastas para el pescado con los fucos.... ¡Y decir que la ciencia preconiza todavía el bárbaro método de quemar carretadas de algas para extraer de ellas la sosa!

Paulina, con el agua hasta las rodillas, gozaba con la frescura, y por otra parte la interesaban profundamente las explicaciones de su primo.

—¡Pero qué!— exclamó ella— ¿piensas destilar todo esto?

La palabra *destilar* sorprendió alegremente á Lázaro.

—Sí, destilar, si así lo quieres.... Pero eso es muy complicado; ya verás, querida.... No importa, y guarda bien estas palabras mías: se ha conquistado la vegetación terrestre, ¿no es verdad? las plantas, los árboles, las frutas. Pues bien; la conquista de la vegetación marina enriquecerá más que la otra al hombre que se decida á intentarla.

Y los dos, animados por su propio celo, recogían algas por vía de muestra, y cargaron con ellas, olvidándose de sí mismos en tal grado, que para regresar tuvieron que meterse en el agua hasta los hombros.

Y no obstante, Lázaro continuaba sus explicaciones, repitiendo frases de su profesor Herbelin: el mar es un vasto depósito de compuestos químicos,

y las algas condensan en sus tejidos las sales del agua en que vegetan: todo el problema consistía, por consiguiente, en extraer de las algas con la mayor economía posible los compuestos útiles.

Y hablaba en seguida de sacar de allí la sosa, de separar y entregar al comercio, en perfecto estado de pureza, los bromuros y los yoduros de sodio y de potasio, el sulfato de sosa y otras sales de hierro y de manganeso, de modo que no dejase ningún residuo la materia primera, entusiasmándole sobre todo la esperanza de no perder un solo cuerpo útil, merced al método del frío inventado por el ilustre Herbelin. ¡Oh! ¡había allí gran fortuna que ganar!

—¡Dios mío! ¿pero cómo habéis hecho eso?— gritó la señora Chanteau al verlos entrar en casa.

—No te incomodes— respondió alegremente Lázaro, arrojando su fardo de algas en medio de la terraza.—Toma: te regalamos piezas de cien sueldos.

Al día siguiente un aldeano de Verchemont fué con su carreta á cargar hierbas marinas, y se dió principio á los estudios en la cámara grande del segundo piso de la casa.

Paulina obtuvo el título de preparador y ayudante.

Aquello pareció una locura, un frenesí durante un



mes: el salón se llenó de plantas secas, de botaes y frascos pequeños, en los que nadaban arborescencias, de instrumentos extraños, de bizarros perfiles: un microscopio estaba instalado en un ángulo de la mesa; el piano desaparecía bajo retortas y calderas; el armario crujía con el peso de obras especiales y de colecciones sin cesar consultadas.

Lázaro quemaba las algas en un horno, y trataba las cenizas por el frío, con ayuda de un sistema refrigerante que se fundaba en la rápida evaporación del amoníaco; pero efectuaba estas operaciones instalando y haciendo funcionar económicamente los aparatos.

El día en que se segregaron de las algas y sus residuos hasta cinco cuerpos bien distintos, resonaron en la cámara gritos de triunfo: había entre aquéllas una proporción sorprendente de bromuro de potasio, el remedio de moda, que se vendería como pan bendito; y Paulina, que danzaba alrededor de la gran mesa como en los mejores tiempos de su aturdida infancia, bajó rápidamente la escalera y entró de súbito en el comedor, donde su tío leía un periódico y su tía marcaba servilletas.

—¡Bien, bien!—gritó.—Ya podéis caer enfermos, porque nosotros os curaremos con bromuro.

La señora Chanteau, que estaba delicada hacía tiempo con sus crisis nerviosas, y sometida por el doctor Cazenove al régimen del bromuro, sonrió y dijo:

—¿Tendréis bastante para curar á todo el mundo?..... Porque parece que todo el mundo está ahora desarreglado.....

Y la muchacha, que tenía recios miembros y rostro alegre radiante de salud, abrió los brazos como para esparcir la curación á los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo, diciendo:

—Sí, sí: vamos á inundar de bromuro la tierra. ¡Adiós su gran neurosis!

Lázaro decidió instalar la fábrica en la bahía del Tesoro, que reunía todas las circunstancias apetecibles: playa inmensa rodeada de peñascos alfombrados de algas, terrenos baratos, materiales abundantes y cercanos, situación próxima al pueblo; y Paulina encontraba aplicación al nombre que ellos habían dado á la bahía, por la finura de su arena.

Los principios de la empresa fueron soberbios: adquisición de veinte mil metros en la desierta landa, y autorización gubernativa que obtuvieron después de dos meses de gestiones; los obreros comenzaron en seguida á trabajar; Boutigny llegó



también, un enano rojo como un cangrejo, de treinta años, muy vulgar, que desagradó mucho á los Chanteau, y el cual no quiso habitar en Bonneville porque tuvo la suerte (decía él) de encontrar en Verchemont una casa muy cómoda.... y en realidad para instalarse allí con una mujer, tal vez alguna perdida, sacada de los lupanares de París.

Lázaro se encogió de hombros ante aquellos miramientos de provincia, porque la muchacha era gentil, una rubia que debía tener gran abnegación para enterrarse viva en un país de lobos, y además no insistió, á causa de Paulina: lo que se esperaba de Boutigny era, en suma, vigilancia activa y organización inteligente del trabajo, y él aparecía siempre celoso, siempre alentado por el genio de la administración, y bajo sus órdenes las paredes de la fábrica empezaron á elevarse.

Por espacio de cuatro meses, todo el tiempo que duraron las obras de fábrica y la instalación de los aparatos, la bahía del Tesoro era objetivo de paseo diario para la señora Chanteau, Paulina y Lázaro; seguiales Mateo, algunas veces fatigado, arrastrando sus gruesas patas, con la lengua colgando y la respiración corta y agitada por soplos de fuego, y se arrojaba al agua cuando se le tiraba un bastón, que

cogía con inteligencia contra la ola para no tragar agua salada.

Lázaro en sus visitas apremiaba á los contratistas, y Paulina solía emitir reflexiones prácticas, muy exactas; pero Boutigny empezaba á manifestar inquietud, al ver que las cuentas aumentaban sin cesar. ¿Por qué no haberse contentado al principio con las piezas y las máquinas estrictamente necesarias? ¿Por qué aquellas construcciones tan complicadas, aquellos aparatos enormes para una explotación que debía ser reducida hasta haber tenido balance justo de las condiciones de la fabricación y de la venta?

Lázaro, por el contrario, se exaltaba: él hubiera dado á los colgadizos una fachada monumental, frente al Océano, desarrollando ante el inmenso horizonte la magnitud de sus ideas.

El negocio era muy divertido: Mateo se retrasaba constantemente, y Paulina y Lázaro, ocultos detrás de un muro cualquiera, se divertían como niños cuando el perro, no encontrándolos, iba y venía por el camino, creyendo que se habían extraviado.

Todas las noches se les recibía en casa con la misma pregunta:

—¿Y qué? ¿marcha eso? ¿estáis contentos?



Y la respuesta era siempre la misma:

—Sí, sí..... pero ¡como no acaban nunca!

Pasaron ambos dos meses en completa intimidad: Lázaro manifestaba a Paulina un cariño vivísimo, en el cual tenía gran parte la gratitud por el dinero que ella hubo aportado a la empresa, y algunas veces la mujer desaparecía ante él, como si viviese en compañía de un mancebo, de un hermano menor cuyas cualidades personales le cautivaban más cada día.

Paulina era tan razonable, tan valiente, y tenía una bondad tan encantadora, que le inspiraba estimación sincera, profundo respeto, contra el cual se defendía chanceándose con la muchacha: ésta le contaba sus lecturas y el horror de su tía al ver los grabados anatómicos, y en ocasiones él mismo se quedaba sorprendido y aun contrariado ante aquella niña tan *instruida*, no obstante la candidez de sus grandes ojos.

Y en seguida sus relaciones se estrecharon, y ella misma, sin otro deseo aparente que la satisfacción de aprender y de serle útil, abordaba libremente las cuestiones más arduas, y cuando dejaba escapar alguna idea ó frase demasiado clara, él se reía fuertemente y Paulina se enojaba. ¿Por qué en lugar de

reír no la manifestaba él los errores que cometía?

Pero al mismo tiempo una vaga turbación se mostraba en la muchacha: cuando Lázaro la abrazaba algunas veces fraternalmente, ella quedaba como sofocada, y su corazón latía con violencia; y era que la mujer, olvidada por los dos, se despertaba en su carne con la fuerza misma de su sangre.

Un día, al volverse Lázaro, tropezóla con el codo, y ella lanzó un grito y se llevó las manos al pecho. ¿La había lastimado? ¡Pero si apenas llegó a tocarla! Y él, con un movimiento natural é ingenuo, quiso desabrochar el corpiño de la niña, para ver el punto lesionado; pero ella retrocedió en seguida, y los dos permanecieron frente á frente, confusos, sonriendo con algún embarazo.

Otro día, ejecutando un experimento, ella rehusó meter la manos en agua fría, y él se asombraba, se irritaba. ¿Por qué semejante capricho? ¡Que se retirase de allí, si no quería ayudarle! ... Y al punto, viéndola ruborizarse, comprendió, y miróla con la boca abierta, como un estúpido..... ¿Luego aquella chiquela, aquel su hermano menor era, en efecto, una mujer?.....

Desde tal momento Paulina tuvo sensaciones hasta entonces desconocidas, de las que no hablaba



à nadie; no fingía, sino que las ocultaba por altivez y por rubor.

Varias veces se creía enferma de gravedad, porque se acostaba febril, agitada por insomnio, invadido su espíritu por el tropel tumultuoso de lo desconocido, y al siguiente día estaba como rendida por el cansancio, y no se quejaba ni aun delante de su tía: bruscos alientos de fuego, excitación nerviosa, pensamientos inesperados la asaltaban con frecuencia, y también rudos ensueños, contra los que ella misma se mofaba.

Una noche, después de la comida, hizo recaer la conversación en la vaguedad estúpida de los sueños. ¿Hay cosa más irritante que no tener defensa contra esas fantasmagorías de la imaginación? ¿Y no desespera la idea de que el ensueño es como la muerte de la voluntad, el abandono absoluto de la persona?....

Su primo, con teorías pesimistas, atacaba también á los sueños porque turban la perfecta dicha de la nada, mientras su tío establecía distinciones, amando los sueños agradables y abominando de las pesadillas de la fiebre.

Pero ella insistió con tal encarnizamiento, que la señora Chanteau, sorprendida, la interrogó sobre lo que soñaba.

—¡Oh! ¡nada!—respondió balbuciente.—Cosas absurdas, cosas demasiado vagas para conservar recuerdo de ellas....

Y no mentía siempre, porque sus sueños eran como apariencias que la rozaban, despertándose á la vida carnal su sexo de mujer, sin que nunca una imagen bien definida precisara la sensación: no veía á nadie, y podía creer en una caricia, en un arrullo del viento del mar que penetraba por la ventana entreabierta de su cuarto.

Pero el cariño de Paulina á Lázaro era más ardiente cada día, y no como su fraternal compañerismo de siete años, sino como el despertar instintivo de la carne: ella tenía necesidad de amarlo, de consagrarse á él, y una ilusión se le mostraba como el más inteligente y el más fuerte; su fraternidad se transformaba lentamente en amor, con la timidez pudorosa de la pasión que nace; risas de sonoros y trémulos ecos, contactos furtivos y amorosos, todos los encantos de los amores nobles empujados y estremecidos por el instinto genésico.

Él, protegido por su disipación en el barrio latino de París, continuaba considerándola como una hermana que ni aun con el deseo desfloraba: ella, por el contrario, virgen todavía, en medio de la soledad



en que no veía á nadie más que á él, le adoraba poco á poco, y se entregaba enteramente: cuando ambos estaban juntos, ella vivía con la presencia de él, anhelosa por servirlo, buscando con la mirada sus ojos.

Hacia aquel tiempo la señora Chanteau se extrañó de la piedad de Paulina, á quien vió confesar dos veces, y luego, de repente, la muchacha parecía como resentida con el cura Horteur, hasta el punto de no haber oído misa en tres domingos, y sólo volvió al templo por no causar pena á su tía. ¿Por qué? Tal vez porque la habían molestado preguntas y comentarios del cura, que tenía la lengua muy pesada.....

Por entonces fué cuando la señora Chanteau, con su buen olfato de madre apasionada, adivinó el amor creciente de Paulina; pero callóse, y aun nada dijo á su marido: aquel suceso fatal la sorprendía, pues tal vez un matrimonio entre los dos muchachos no entraba en sus planes.

De igual manera que Lázaro, continuaba considerando á su pupila como una chiqueta, y se prometió vigilar desde aquel instante, aunque no con grande afán, por causa de su hijo.

Este, llegados los días calurosos de Agosto, decidió

una noche que se bañaría en la mañana siguiente al ir á la fábrica, y la madre, teniendo en cuenta las conveniencias, acompañó á los jóvenes, á pesar del terrible sol que abrasaba, y sentóse cerca de Mateo en los peñascos poco menos que incandescentes, cubriéndose con su sombrilla, bajo la que el perro intentaba resguardar también la cabeza.

—¿Pero á dónde va esa niña?— preguntó Lázaro, viendo que Paulina se ocultaba detrás de una roca.

—¡Pardiez! Á desnudarse.....— dijo la señora Chanteau.— Vuélvete de espaldas, hombre, porque la das vergüenza, y eso no es conveniente.

Él continuó mirando hacia la roca, donde flotaba un blanco pedazo de camisa, y fijando luego la mirada en su madre, decidióse á volverse de espaldas, y se desnudó rápidamente.

—¡Ya estamos listos!— gritó.— ¿Pero es que te pones un traje del color del tiempo?

Y Paulina corría hacia él, riendo alegremente, aunque sentíase algo confusa, porque desde el regreso de su primo no se habían bañado juntos.

Tenía su traje de nadadora, hecho de una sola pieza y sujeto al talle por un cinturón que la señalaba ampliamente las caderas; los contornos de su espalda y de su busto eran mórbidos y finamente



modelados; su garganta, sus piernas y sus brazos tenían la blancura sonrosada de un niño: asemejábase á un mármol florentino.

—¿Eh? ¿quieres que vayamos hasta los Picochets? —preguntó Lázaro.

—Justamente —replicó ella— hasta los Picochets.

La señora Chanteau gritaba:

—¡Cuidado! ¡No os alejéis! ¡No me hagáis tener miedo!

Pero ellos estaban ya en el agua.

Los Picochets formaban un grupo de rocas á flor de agua y muchas descubiertas aun en alta marea, y á un kilómetro próximamente de la costa: los dos nadaban juntos, sin apresuramiento, como amigos que salían á dar un paseo por hermoso y recto camino, y Mateo, que se arrojó también al mar para seguirlos, viéndolos avanzar hacia dentro sin descanso, volvió á la playa, sacudióse con fuerza, y llenó de salpicaduras de agua á la señora Chanteau.

—¡Tú sólo eres prudente! —exclamó la buena mujer. —¿Estará permitido arriesgar la vida de esa manera?

Ella descubría apenas las cabezas de Lázaro y de Paulina, errantes á flor de agua; el mar tenía oleaje bastante movido, y los nadadores se balanceaban

con suaves ondulaciones; los dos hablaban tranquilamente al ver las algas que pasaban por debajo con la transparencia de las aguas, y Paulina, fatigada luego, hizo la plancha, con la mirada fija en el cielo, como perdida en el fondo de la azul inmensidad.

Aquel Océano que la mecía era su mejor amigo; amaba su aliento áspero, sus ondas frías y castas, y se abandonaba á él con deleite, gozando en sentir que se deshacía en chorros inmensos por encima de su carne, saboreando la alegría de aquel ejercicio violento que regulaba los latidos de su corazón.

De pronto lanzó una exclamación, y su primo, asustado, la preguntó:

—¿Qué, qué es eso?

—¡Ah! Se me figura..... que mi corpiño ha estallado..... ¡He extendido mucho el brazo izquierdo!

Los dos se chancearon con aquel suceso, y ella empezó á nadar más lentamente, viéndose algo contrariada, porque, en efecto, su corpiño había estallado: toda la línea del hombro se rompió, y la muchacha tenía su pecho al descubierto.

Cuando llegaron á los Picochets, él subió á una roca y sentóse, como tenía por costumbre, á fin de cobrar fuerzas para regresar á la playa; pero ella continuaba nadando alrededor del islote.



—¿No subes?

—No, estoy bien.

Lázaro se incomodaba. ¿Era aquello razonable? ¿No podían faltarle fuerzas negándose á descansar algunos instantes para volver al punto de partida?

Pero ella se obstinaba, no respondiéndole siquiera: seguía nadando lentamente con agua hasta la barba, sumergiendo la blancura desnuda de sus hombros y su seno, vaga y lechosa como el nácar de una concha.

—¡Tercera, cien veces tercera!—acabó por gritar Lázaro, arrojándose al agua.—Te juro que si llegas á beber un sorbo, te dejo que bebas más y más!

Partieron, y no se hablaban; ella estaba sin aliento, y él la dijo que descansase haciendo la plancha. ¡Ni siquiera quiso escucharle!

Porque el rasgón de su traje se agrandaba, y al menor movimiento para volverse, su garganta y su pecho habrían aparecido sobre el agua como una eflorescencia de las algas profundas.

Entonces él lo comprendió todo, y viéndola tan cansada, temiendo que no pudiera llegar á la playa, aproximóse resueltamente para sostenerla; todavía ella quiso rechazarle y continuar sola, pero tuvo que apoyarse en los brazos de su primo, y

juntos los dos estrechamente consiguieron llegar á tierra.

La señora Chanteau, asustada, había corrido á esperarlos, y Mateo ladraba, metiéndose en las olas hasta el vientre.

—¡Dios mío! ¡qué imprudencia! ¿No os decía yo que ibais demasiado lejos?

Paulina se había desvanecido, y Lázaro la llevó en sus brazos, como si llevase una niña, hasta la playa, donde la dejó sobre su pecho medio desnudo y chorreando agua salada; mas pronto ella suspiró y abrió los ojos, y en reconociendo al joven, rompió á llorar amargamente, y le besó con afán ardoroso: aquel beso era como acto inconsciente; arranque libre de amor al salir de un peligro de muerte.

—¡Oh, qué bueno eres, Lázaro! ¡Cuánto te amo!

Y Lázaro quedó como aturdido por el arrebato de aquel ardiente beso, retirándose de allí con noble espontaneidad cuando la señora Chanteau se dispuso á vestirla.

El regreso á Bonneville fué penoso, porque uno y otro estaban rendidos de cansancio, y entre ambos caminaba la madre pensando en que era llegada la hora de tomar un partido.

Otros cuidados embargaron el sosiego de la fami-



lia: construida ya la fábrica del Tesoro, ensayáronse los aparatos y dieron resultados deplorables, viéndose Lázaro precisado á declarar que había combinado mal ciertas piezas y á marchar inmediatamente á París para consultar con su profesor Herbelin.

Y regresó pronto desesperado: el gran químico le dijo que convenia deshacer lo hecho, porque había perfeccionado su método, el cual modificaba absolutamente los aparatos; pero como los sesenta mil francos estaban gastados y Boutigny hablaba irónicamente de despilfarros, con la tenacidad insuperable del práctico que triunfa, Lázaro, que sentía vehementes deseos de pegar á tal hombre, lo habría abandonado todo en aquel punto, á no haber sido por la angustia que sufría ante la idea de que se perdieran los treinta mil francos de Paulina.

Su honradez, su dignidad se sublevaban: era necesario procurarse más dinero, á todo trance, porque no se podía dejar así un negocio que más tarde habría de producir millones.

—Ne te apures—repetíale su madre al verlo febril con la incertidumbre;—no te apures, que todavía podremos encontrar algunos billetes de mil francos.....

La señora Chanteau maduraba su proyecto: la

idea de un matrimonio entre Lázaro y Paulina, después de haberla sorprendido, parecía conveniente. ¿Pero eso lo arreglaría todo? Lázaro trabajaría en lo sucesivo para su mujer, y sin inquietarse por nueva deuda, pediría á Paulina la suma que necesitase.

En realidad, la señora Chanteau sospechaba, si bien confusamente, una catástrofe postrera, la ruina de su pupila; pero haría huir de su mente semejante ruin sospecha: ¿Lázaro no tenía genio? pues él enriquecería á Paulina, y ésta haría un buen negocio; su hijo era pobre, mas bien valía una fortuna.

El casamiento fué decidido muy sencillamente: una mañana la madre interrogó á la muchacha, quien manifestó sin rodeos, con tranquila sonrisa, el estado de su corazón; y por la tarde, aconsejando á Paulina que pretextara un poco de fatiga, ella sola acompañó á su hijo á la fábrica, y á la vuelta, cuando le explicó cumplidamente su proyecto, el amor de su prima, la conveniencia del matrimonio, las ventajas que todos con él ganarian, el joven quedó, al parecer, estupefacto. ¡Jamás había pensado en eso! ¿Pero qué edad tenía ya aquella niña? Ciertamente, él amaba mucho á su prima, y lo dejaba todo á la voluntad de su madre.



Cuando regresaron, Paulina estaba poniendo la mesa, por ocuparse en algo, y su tío, con un periódico abandonado sobre las rodillas, contemplaba á Minucha.

—¿Y qué? ¡pues á casarse!— dijo Lázaro, disimulando su emoción bajo una alegría ruidosa.

Paulina, que se quedó estupefacta, con un plato en las manos, muy encendida, no tuvo aliento para responder.

—¿Pero quién se casa?— preguntó el tío, como despertándose con sobresalto.

La mujer le había prevenido en aquel mismo día, mas él estaba interesado entonces en ver cómo la gata se lamía los pelos del vientre.

Sin embargo, acordose al punto, y exclamó:

—¡Ah, sí, sí!

Y miró á los dos jóvenes con socarronería, aunque torciendo la boca por un latido doloroso que sentía en el pie izquierdo.

Paulina, que había dejado el plato en la mesa, respondió dulcemente á Lázaro:

—Si tú quieres, yo también quiero.

—Pues asunto concluído— dijo la señora Chanteau, que colgaba en aquel momento su sombrero de paja.— ¡Abrazaos!

La muchacha avanzó la primera con los brazos abiertos, y él, sin cesar de reir, la estrechó en los suyos, y la dijo chanceándose:

—¿Y no jugarás más á las muñecas? ¿Y es el pobre Lázaro la persona que eliges para víctima? ¡He ahí por qué te has hecho tan recatada, que no se te puede ver, cuando te lavas, ni la punta de los dedos!

—¡Oh, tía mía! mandadle callar, porque si no, me marchó.....—murmuró ella confusa.

Más poco á poco él la atraía, jugando, como en los buenos tiempos de su compañerismo de colegiales, y bruscamente ella le plantó un ruidoso beso en la mejilla, que él la devolvió al azar en una oreja; y luego añadió con voz triste:

— ¡Mal negocio haces, mi querida niña! ¡Si supieses qué viejo soy..... en el fondo del alma! En fin, puesto que lo quieres así.....

La comida estuvo muy animada: todos hablaban á la vez, formando proyectos para el porvenir, como si nunca hasta entonces se hubieran reunido; Verónica, que había entrado hacia la mitad de la escena, dejaba entornada la puerta de la cocina, y no decía una palabra; á los postres se empezó á tratar de asuntos serios, manifestando la madre que las bo-



das no se celebrarían antes de dos años, porque ella deseaba esperar á la mayor edad de la muchacha para que nadie la acusara de haber ejercido presión, ayudándola su hijo, en el ánimo de una niña.

Ésta se incomodó al oír una fecha tan lejana, y á la vez, conmovida por aquel rasgo de honradez de su tía, levantóse para abrazarla, resolviéndose en último término que los jóvenes aguardarían, sin perjuicio de ganar, aguardando, los primeros escudos de sus futuros millones.

Así la cuestión financiera empezó á ser tratada con entusiasmo.

—Toma del cajoncito, querida tía—dijo Paulina, —todo lo que quieras..... porque tanto es mío, como de él.....

—¡No, no!—gritó la señora Chanteau.—¡Ni siquiera saldrá de allí un céntimo innecesario! Ya sabes que puedes tener confianza en mí..... ¡Antes me dejaría cortar las manos!..... Pero vosotros, según creo, tenéis necesidad de emplear en la fábrica unos diez mil francos..... Pues bien: os doy esos diez mil francos, y cierro con dos vueltas de llave. ¡Ese dinero es sagrado!

—Con esos diez mil francos—añadió Lázaro—estoy seguro del éxito, ¿no es verdad?..... Los gastos

más importantes están hechos, y sería un crimen desalentarse ahora. ¡Ya veréis, ya veréis! Y tú, querida mía, cuenta para el día de nuestra boda con rico traje de oro, como el de una reina.

La alegría aumentó con la llegada del doctor Cazenove, que venía de asistir á un pescador el cual se hubo aplastado los dedos bajo la quilla de un barquichuelo; y aunque la noticia del concertado casamiento no le sorprendió, extrañóse de ver cómo los Chanteau se entusiasmaban con la futura explotación de algas, y mirando á Paulina con cierta inquietud, murmuró:

—Sin duda esa idea es ingeniosa, y bien merece un experimento; pero más sólido es tener buena renta..... Yo, en vuestro lugar, procuraría ser feliz con lo que tuviera, metido en el rinconcito de mi hogar.....

Y se interrumpió al ver que una nube sombría apagaba el brillo de los ojos de Paulina, añadiendo en seguida, contra su opinión íntima:

—¡Oh! ¡el dinero llama al dinero! Ganad mucho, mucho..... y ya sabéis, yo me comprometo á bailar en vuestra boda, sí, bailaré el *zabuco* de las Caribes, una danza que no conocéis, ¿verdad?.... Pues oid: con las dos manos se juega al molino de viento, y



se dan dos palmadas en los muslos, saltando alrededor del prisionero, hasta que esté bien asado y las mujeres le hagan pedazos.....

Los meses pasaban lentamente.

Paulina aparecía con su tranquilidad sonriente, y sólo alguna incertidumbre pesaba sobre su espíritu: la declaración de su amor, la fecha fijada para el casamiento, parecían haber calmado las excitaciones de su carne, y ella aceptaba sin impaciencia la eflorescencia incesante de la vida, el lento desarrollo de su cuerpo.....

¿No era eso la ley general? ¿No era necesario crecer y desarrollarse para amar?

Sus relaciones con Lázaro no habían experimentado ningún cambio, prosiguiendo ambos su existencia de trabajos comunes, él prevenido siempre contra un arrebato de deseo, ella protegida por su misma rectitud y tranquilidad de mujer prudente y virgen.

Pero algunas veces, en medio de la gran cámara, se cogían de las manos y sonreían con ternura: ya hojeaban un tratado de Psicología, y sus dos cabezotas se rozaban; ya examinaban un frasco de bromo, ó una muestra violácea de yodo, y se apoyaban suavemente uno en otro, ó bien ella se inclinaba

hacia él por encima de los instrumentos que llenaban la mesa y el piano, ó le llamaba para que la ayudase á subir hasta la última tabla del armario-librería.

No había, sin embargo, en tales contactos de cada momento sino la caricia permitida, la que se puede cambiar á la vista de los padres, una buena amistad enardecida con cierto destello de sensual alegría, entre primo y prima que debían casarse andando el tiempo.

Todo un año pasaron de aquel modo: la fábrica funcionaba ya, y después de una reinstalación difícil de los aparatos, los primeros resultados parecieron excelentes, aunque sus rendimientos positivos fueran medianos; pero perfeccionando el método, redoblando celo y actividad, se podría obtener una producción enorme, según afirmaba Boutigny.

Y desde entonces la esperanza les cegaba; desecharon las advertencias de la ruina; aquella fábrica debía ser un abismo sin fondo en el cual arrojaban el dinero á puñados, convencidos de que luego le encontrarían allí mismo transformado en lingotes de oro.

Cada nuevo sacrificio les enardecía, y la señora



Chanteau no sacaba una suma del cajoncito del *secrétaire* sin advertir de ello á Paulina, de este modo:

—Oye, niña: el sábado hay que hacer algunos pagos, y hacen falta tres mil francos.... ¿Quieres subir conmigo para sacar el título que se ha de vender?

—¿Pero no puedes sacarlo tú sola, tía?—contestaba la muchacha.

—¡No, no! Ya sabes que nada quiero hacer sin tí. ¡Ese dinero es tuyo!

Mas pronto la señora Chanteau se cansó de tanta rigidez: Lázaro la confesó una noche que había ocultado á Paulina una deuda de cinco mil francos, importe de tubería de cobre que ni siquiera se utilizaba; y como la madre acababa de visitar el cajoncito en compañía de la sobrina, volvió otra vez á él, pero sola, y tomó los cinco mil francos, prometiendo Lázaro reintegrarlos con las primeras ganancias.

La brecha estaba abierta, y en ella metió el brazo hasta el codo... ¿Por qué había de tener, á su edad, una sujeción depresiva al capricho de la joven? ¿No se proponía devolver aquel dinero que sacaba, perteneciendo á su sobrina?

Claro es que desde entonces, comenzado el vacío en la caja, la señora Chanteau no exigió que la acompañase su sobrina, y ésta experimentó grande alivio, porque aquellas visitas al *secrétaire* le causaban pena, no obstante su buen corazón.

Mas al principio se extrañó del silencio de la señora Chanteau, y comprendiendo que el dinero se gastaba sin que contasen con ella, prefirió esto mismo al desagrado de ver en cada visita que el legajo de los títulos disminuía muy de prisa: en lo sucesivo hubo un cambio rápido de miradas entre tía y sobrina, cuando ésta adivinaba una nueva extracción de dinero, y aquella, vacilando, se veía obligada á volver la cabeza.... ¡Era un fermento de rencor lo que en su espíritu germinaba!

Desgraciadamente, en aquel mismo año Davoine se declaró en quiebra, y aunque este desastre había sido previsto, los Chanteau recibieron con él un golpe terrible: quedaban reducidos á sus tres mil francos de renta, y lo único que pudieron sacar de la ruina, unos doce mil francos, fué al punto colocado en renta, y entre todo reunieron trescientos francos por mes.

Y la señora Chanteau empezó á tomar, desde la segunda quincena, cincuenta francos del dinero de



Paulina, porque el carnicero de Verdemont presentó su cuenta y no se podía eludir el pago; luego, cien francos más, para comprar una máquina de hacer lejía en casa; más tarde, hasta diez francos para patatas y cincuenta sueldos para pescado.....

Hacia el fin del mes se la veía desaparecer de la sala con discreto paso, y volver poco después con la mano en el bolsillo, de donde ella sacaba los sueldos, uno por uno, para pagar las facturas.

Aquel cajoncito venerable que había dado a la casa un aspecto de alegría y bienestar, era como una caja envenenada de la cual salían ahora todas las pestilencias, la desgracia.

Una noche Paulina volvió del patio de la casa gritando:

—¡El panadero! Se le deben tres días..... dos francos y ochenta y cinco céntimos.....

La señora Chanteau se registró los bolsillos.

—¡Es menester que yo suba!—murmuró.

—¡Aguarde!—exclamó con aturdimiento la joven.—Subiré yo. ¿Dónde está el dinero?

—¡No, no!..... porque no lo hallarás..... Está en una parte secreta.....

Baluceó la tía, y las dos cambiaron la terrible mirada que les hacía palidecer.

Hubo un momento de vacilación penosa, y en seguida la señora Chanteau subió, rígida, fría, con la saña mal reprimida, con la sensación precisa de que su pupila sabía de dónde ella iba a sacar los dos francos y ochenta y cinco céntimos..... y cuando bajó y pagó al panadero, estalló su cólera contra la muchacha.

—¿Qué es eso? ¿de dónde vienes? ¿te parece que tu traje está decente? ¡Cualquiera diría que has estado sacando agua para regar el huerto! Deja a Verónica que cumpla su obligación..... ¿Ó es que te manchas a propósito el vestido aparentando que no sabes lo que cuesta?..... Pues tu pensión no es tan grande, me parece, para que llegue a fin de mes.....

Paulina, que había intentado disculparse, ni siquiera dijo una palabra, aunque tenía el corazón hinchado de sollozos; su tía no la amaba ya, ¡ella lo comprendía! y cuando se quedó sola lloró.

Al llegar el invierno, Lázaro había perdido todas sus esperanzas; otra vez su pasión por la novedad vencía, y la fábrica le repugnaba y aun le espantaba, al día siguiente de sus ilusiones más fantásticas, y ante una nueva dificultad financiera.

Su idea de explotación era estúpida, porque no se arrancaría nunca a la Naturaleza, sin perfeccionar



los métodos, lo que ella no quisiera dar; denigraba á su mismo maestro, el ilustre Herbelin, que había llevado su amabilidad hasta visitar la fábrica, hallándose algo contrariado en presencia de los aparatos, «demasiado grandes (dijo) para que funcionaran con la precisión de los aparatos de gabinete»; la verdad, en suma, consistía en que no se había encontrado el medio de mantener, con las reacciones del frío, el grado de calórico necesario en las bajas temperaturas para la cristalización de los cuerpos; y si Lázaro extraía de las algas cierta cantidad de bromuro de potasio, como no llegaba á aislar los cuatro ó cinco cuerpos que se perdían en los residuos, la explotación resultaba un desastre.

Declaróse vencido, y estaba enfermo; la noche en que la señora Chanteau y Paulina le rogaron que se tranquilizase, que intentara un esfuerzo supremo, hubo una escena dolorosa, palabras agresivas, lágrimas, cierre violento de puertas, de tal modo que Chanteau, asustado, saltaba en su ancho sitio.

—¡Acabaréis por matarme!—gritaba el joven, trastornado por desesperación de niño, y encerrándose en su cuarto con dos vueltas de llave.

Al día siguiente bajó á almorzar, y presentó un papel cubierto de cifras para demostrar que se ha-

bían gastado cerca de cien mil francos á cuenta de los ciento ochenta mil de Paulina. ¿Era razonable continuar? ¡Todo pasaría por aquella sima!

Su madre le dió la razón, porque le amaba hasta ser cómplice de sus faltas; pero Paulina intentó discutir ¡La cifra de cien mil francos la había aturdido!

¡Cómo! ¡aquello era más de la mitad de su fortuna! ¡Cien mil francos perdidos si su primo lo abandonaba todo sin luchar hasta el postrer instante! Pero habló inútilmente, mientras Verónica levantaba el mantel, y desesperada, para no estallar en recriminaciones, subió á su cuarto y se encerró.

—Decididamente—dijo la madre después de largo rato de silencio—esta muchacha es avara, y yo no tengo maldita la gana de que Lázaro se mate á disgustos y á desengaños....

El padre se aventuró á decir tímidamente:

—¡Cien mil francos! Nada se me había dicho de tal suma.... ¡Dios mío, eso es terrible!

—¿Y qué? ¡Vaya! ¿Cien mil francos?—interrumpióle ella con voz seca y breve.—Se le devolverán.... Si nuestro hijo se casa con ella, ya sabrá él cómo ganar esos cien mil francos.



En el acto se comenzó á liquidar el negocio: Boutigny era el que había aterrado á Lázaro, presentándole un balance desastroso, que arrojaba veinte mil francos de *déficit*, y cuando vió á su asociado dispuesto á retirarse del negocio, declaró en primer lugar que marchaba á Argelia, donde hallaría una colocación soberbia, y luego le indicó que tomaría la fábrica por su cuenta; mas aparentando tanta repugnancia y complicando las cuentas de tal manera, que acabó por declarar que el terreno, las construcciones y los aparatos no valían los veinte mil francos de deuda, y Lázaro debió considerar como un triunfo sacarle cinco mil francos en billetes, pagaderos de tres en tres meses.

Al día siguiente Boutigny revendía el cobre de los aparatos y habilitaba el edificio para la fabricación en grande escala de sodio del comercio, sin ningún invento científico, sino por los rutinarios métodos conocidos.

Y cuando Lázaro llevó los cinco mil francos en billetes, la señora Chanteau triunfaba, y exigió que Paulina subiese á meterlos en el cajoncito del *secrétaire*.

—Son cinco mil francos recobrados, hija mía, y debes guardarlos porque te pertenecen—dijo la se-

ñora Chanteau.—Mi hijo ni siquiera anhela guardar uno en pago de todos sus trabajos.

Pero hacía algún tiempo que Chanteau se removía en su sillón de gotoso, y aunque no se atreviese á negar su firma, le llenaba de temores la manera con que su mujer administraba la fortuna de su pupila.

¡Siempre resonaba en sus oídos la cifra cien mil francos! ¿Cómo cegar semejante agujero el día en que hubiera de rendir cuentas?

Y lo peor era que Saccard, el co-tutor de Paulina, que hacía tanto ruido en París con sus especulaciones, habiase acordado de la muchacha después de un olvido de ocho años; escribía pidiendo noticias, y anunciando que el día en que menos lo pensasen caería en Bonneville, al ir á Cherburgo para un negocio importante. ¿Qué responderle si, como estaba en su derecho, exigía un estado preciso de la situación?

Cuando Chanteau habló de este asunto con su mujer, encontróla más llena de curiosidad que de inquietud; por un instante pensó, olfateando la verdad, que aquel co-tutor, no obstante el ruido que hacían sus millones, estaba sin un céntimo y anhelaba que le entregaran el dinero de Paulina para



centuplicarlo; mas luego se preguntó si no habría sido la misma muchacha quien, con ideas de venganza, hubiera escrito á Saccard..... Y como esta suposición sublevaba á su marido, ella imaginó una historia complicada: que la querida de Boutigny escribía anónimos contra ellos, porque no querían recibirla en su casa, y que los ponía por los suelos con sus chismes en todas las tiendas de Verdemont y de Arromanches.

—¡Pero yo me burlo de todo eso!—decía después, observando la turbación del pobre hombre.—La chica sólo tiene diez y ocho años, es verdad; mas casándola inmediatamente con Lázaro, el matrimonio la emancipa legalmente.

—¿Estás segura?—preguntó su marido.

—¡Ya lo creo! ¡Como que lo he leído en el Código esta mañana!

Efectivamente, la señora Chanteau solía leer el Código, y sus últimos escrúpulos se acababan allí.

Pero no se decidía á concluir el casamiento, aunque Paulina, después del desastre del dinero, había querido apresurar el asunto. ¿Por qué esperar todavía seis meses á que cumpliera los diez y ocho años? Valía más casarse en seguida, sin querer que Lázaro encontrase antes una posición.

Atrevióse á hablar de ello á su tía, quien, aparentando cierta confusión, inventó una mentira, cerrando la puerta y bajando la voz, para confiarla un secreto escrúpulo de su hijo: era él muy delicado, y sufría mucho pensando en casarse antes de aportar al matrimonio una fortuna, por lo mismo que había comprometido la otra.

La muchacha la escuchó llena de asombro, no comprendiendo una palabra de aquel refinamiento romanesco: ¿no se habría casado ella, puesto que le amaba, aunque él hubiera sido muy rico? Y por otra parte, ¿cuánto tiempo debían esperar todavía? ¿Siempre quizá?

¡Ah, no! La señora Chanteau se encargaría de vencer aquel puntillo de honra, si se la dejaba: en resumen, ella hizo jurar á Paulina que guardara silencio, porque temía una trastada, una fuga repentina de su hijo el día en que él adivinase que aquel asunto era objeto de discusión; y Paulina, presa de la inquietud más viva, tuvo que resolverse á tener paciencia y á callar.

Pero cuando el temor á la llegada de Saccard acometía á Chanteau, éste decía á su mujer:

—Para que todo se arregle bien, casa cuanto antes á esos chicos.



—No hay prisa—respondía ella—porque el peligro no está en puerta.

—¿Pero no les has de casar algún día?.... Porque supongo que no habrás cambiado de ideas. ¡Morirían!

—¡Oh! ¡Morirían!.... Pero si una cosa no está hecha, se puede no hacerla si llega a ser mala ó no conveniente.... Y además, ¿qué? Ellos son libres... y veremos si eso les agrada ahora tanto como antes...

Paulina y Lázaro habían vuelto á empezar su antigua vida común, bloqueados en casa por la crudeza del invierno; los primeros días ella le vió tan triste, tan avergonzado de sí mismo, que le cuidó como á un enfermo, con delicadas complacencias, aun con piedad por aquel *niño grande* cuya voluntad limitada y valor sencillamente nervioso explicaban sus fracasos.

Al principio él se enojaba, hacía proyectos insensatos de fortuna inmediata, ruborizábase hasta por el pan que comía, no queriendo ser ni por un momento más una carga para su familia.

Después, andando los días, dejaba para más adelante la realización de sus ideas, y se contentaba con variar de plan cada mañana, aquel plan que

debía conducirle en cuatro saltos á la cumbre de los honores y las riquezas.

Y ella, aturdida por las falsas confianzas de su tía, le inerepaba. ¿Quién le pedía que se quebrara de ese modo la cabeza? Hacia la primavera buscaría un empleo y le encontraría, y hasta entonces era necesario que guardase reposo.

Desde el primer mes cayó el hombre en una ociosidad estéril, en una resignación acomodaticia á lo que él llamaba estupideces de la existencia, y sin embargo, Paulina adivinaba en Lázaro una turbación desconocida, íntima, que la enojaba.

Y era que, en la paz del invierno, en el fondo de aquel agujero perdido de Bonneville, él sentía como un despertar de sus antiguas relaciones de París, de sus lecturas, de sus debates con los condiscípulos.

El pesimismo había pasado por él; pero un pesimismo mal digerido, del cual no quedaban sino los arrebatos de genio, la gran poesía negra de Schopenhauer.

La muchacha comprendía que su primo guardaba la saña de la derrota, el desastre de la fábrica que parecía haber crujido sobre sus cimientos, y protestaba ardientemente al oírle renovar su vieja tesis, la negación del progreso, la inutilidad final de la ciencia.



¿Pues no veía ella que el bruto Boutigny estaba en víspera de hacer una fortuna con su sodio de comercio? Entonces, ¿por qué haberse arruinado por mejorar el procedimiento rutinario, por aplicar leyes nuevas, si el empirismo triunfaba?

Y partiendo de estos hechos, deducía, sonriendo malévolamente, que la ciencia tendría solamente utilidad cierta si viese alguna vez el medio de hacer saltar al universo por medio de algún cartucho colosal de dinamita....

Cuando Paulina le oía anunciar el suicidio de los pueblos el día en que su inteligencia desarrollada les convenciese de la cruel farsa que una fuerza desconocida les hacía representar en el mundo, enfurecíase, buscaba argumentos en contra, quedaba vencida por ignorar tales cuestiones, «por no tener bastante metafísica en la cabeza», según él la decía.

Mas ella rehusaba declararse en derrota, y enviaba francamente al diablo á aquel Shopenhauer, un hombre que decía infamias de las mujeres! ¡Ah! ¡Le habría estrangulado, á ser posible, si no hubiese tenido corazón para compadecer á las bestias!

—¡Calla, calla!—concluía ella con sonora risa, triunfante, animada por el vigoroso empuje de su

pubertad.—¡No digas esas tonterías! ¡Ya pensaremos en morir cuando seamos viejos!

Y la idea de la muerte que la chica manoseaba con tan poca aprensión, le causaba á él seriedad, le extraviaba la mirada, le daba aspecto de molestia invencible; y eludía la conversación después de murmurar:

—¡También se muere á tu edad!

Paulina acabó por creer que Lázaro tenía un miedo horrible á la muerte: acordábase de los gritos de terror que lanzó una noche mirando á las estrellas, veíale palidecer al oír ciertas palabras, y callarse como si hubiese tenido que ocultar un mal vergonzoso; y para ella era una gran sorpresa aquel espanto por la nada en un pesimista rabioso que hablaba de apagar los astros como si fuesen cerillas de Cascante, y de degollar á todos los seres del universo....

El mal tenía antigua fecha, y ella ni siquiera sospechaba los estragos que había hecho: Lázaro vivió siempre con la amenaza constante de la muerte; hasta que contó con veinte años, apenas le rozaba el hálito frío de la noche, caía enfermo en cama, y aun entonces apenas lograba reclinar su cabeza en la almohada sin que la idea del no ser le dejase helado de espanto.



Turbábanle tenaces insomnios, y euando se dormía rendido de cansancio, despertábase á veces sobresaltado, abría los ojos con expresión de terror, juntaba las manos suplicante, murmuraba en las tinieblas:

—¡Dios mío, Dios mío!

Un remordimiento le quedaba de estas crisis: era ese imbecil llamamiento á un Dios en quien no creía, esa herencia de la debilidad humana que pide socorro ante el desquiciamiento del mundo.

Paulina leía una vez á su tío cierto periódico, y Lázaro huyó trastornado de haberla oído la fantasía de un novelista que mostraba al cielo del siglo xx invadido por los globos, paseando á los viajeros de un continente á otro; y si Paulina le miraba, no comprendiendo siempre los bruscos arrebatos de su carácter, principalmente en los momentos en que él procuraba ocultar sus temores con una especie de pudor inquieto, ella le compadecía, sintiendo la necesidad de ser buena y de hacerle dichoso.

Pasaban ambos los días en el cuarto grande del segundo piso, entre las algas, los frascos, los instrumentos que Lázaro no había tenido fuerza de voluntad para quitar de aquel sitio, y las algas se apolillaban, los frascos perdían su color, y los instrumentos se destornillaban con el polvo.

A menudo los aguaceros de Diciembre caían sobre las pizarras de los tejados, y el viento roncaba como un órgano en las grietas de las maderas; semanas enteras transcurrían sin un rayo de sol, sin que ellos vieran otro horizonte que el mar obscuro, la inmensidad en que la tierra parecía anegarse; y Paulina, para distraerse en las pesadas horas, ocupábase en clasificar una colección de *florideas* recogidas en la primavera anterior, mientras Lázaro se entretenía en mirarla cómo pegaba las delicadas arborescencias cuyos colores rojo y azul se conservaban como en los tonos de una acuarela.

Ocho días más tarde le asaltaba la pasión por la música, y se arrojaba de lleno en las composiciones de Schuman y Wagner; mas una mañana, como se pusiera á tocar la *Marcha de la Muerte*, le exaltó súbitamente la idea de la gran *Sinfonía del Dolor* que él había querido escribir en otro tiempo, y todos los números le parecieron malos, á excepción de aquella marcha.

¡Qué asunto! ¡qué obra más grandiosa para resumir en ella toda su filosofía! Al principio, la vida nacería por el capricho egoísta de una fuerza desconocida; luego aparecería la ilusión de la dicha, los desengaños de la existencia, una pareja de enamo-



rados, una matanza de guerreros, un Dios espirante en una cruz, y siempre resonaría el grito del mal, los alaridos de los seres creados llegando hasta el cielo, y el canto final de la redención, un canto de celestial dulzura que expresaría el júbilo por el desmoronamiento universal de lo creado.....

Púsose á trabajar en el siguiente día, golpeando ruidosamente el piano, que rechinaba como una carraca, y cantando él mismo las notas con murmullo semejante á una campana; olvidábase de las comidas; rompía los oídos de Paulina, que sin embargo encontraba la sinfonía muy bella y aun le copiaba los principales trozos..... ¡Oh! ¡aquella vez acabaría su obra maestra!.....

Pero calmóse á los pocos días: fumaba cigarrillos delante de su *partition* extendida sobre la gran mesa, y Paulina entretanto ejecutaba algunas partes de la sinfonía con su poca habilidad de discípula.

Entonces llegó la intimidad peligrosa: él no tenía ya el cerebro trastornado ni los miembros cansados por las diarias ocupaciones que le imponía la fábrica, y se encontraba con ella en aquel inmenso cuarto, en la inacción, con la sangre hirviendo por la pereza, y amando á la niña con ternura creciente; ¡ella era tan alegre y tan buena!

Al principio creyó Lázaro que sólo cedía á un arranque de gratitud, al aumento del cariño fraternal que Paulina le inspiraba desde su infancia; mas poco á poco sus deseos adormecidos se despertaron, y vió á una mujer en aquella persona á quien consideraba como hermano menor.....

Y entonces se ruborizaba también al tocarla, y no se atrevía á acercarse á ella, ni á inclinarse por encima de sus hombros para ver la pieza de música que ella estaba copiando; y si sus manos se encontraban, permanecían los dos balbucientes, con el aliento entrecortado y rápido, y las mejillas encendidas con viva llama.

Algunas veces Paulina, para librarse de la situación embarazosa que ambos sufrían entonces, burlábase de sus temores con un atrevimiento de virgen, y exclamaba:

— ¡Ah! ¿no te lo he dicho? Pues he soñado que tu Schopenhauer sabía en el otro mundo nuestro próximo casamiento, y volvía la noche de las bodas para tirarnos de los pies.....

Lázaro reía de mala gana, comprendiendo que ella se burlaba de sus perpetuas contradicciones; pero una ternura inefable nacía en su corazón, arrancando de él su antiguo horror á la vida.



—¡Ya sabes que te amo!

—¡Cuidado, cuidado!..... ¿quieres aplazar el día de la libertad universal? ¡Ya has caído en el egoísmo y en las ilusiones!

—¿Quieres callar, burlona?

Y entonces él la perseguía por la sala, mientras ella continuaba recitando algún texto de filosofía pesimista, con la hueca voz de un doctor de la Sorbona; y si lograba cogerla, no la estrechaba en sus brazos como antes, ni la pellizcaba para castigarla.

Un día la persecución fué tan agitada, tan viva, que él la agarró por el talle, y la derribó junto al armario, porque ella se defendía.

—¡Ah! ¡te cogi esta vez! ¿Qué voy á hacer contigo?

Y sus rostros se tocaban, y ella reía con débil risa, murmurando:

—No, no..... déjame, que no volveré á enojarte.....

Y él la contestó con un fuerte beso en los labios.....

Mas parecióle que la sala daba vueltas, que un soplo de viento abrasador les arrojaba en el vacío, y al separarse, ambos estaban sofocados, muy encendidos, y volvían la cabeza.

Sentóse Paulina para tomar aliento, y dijo con gravedad, incomodada:

—¡Me has hecho mal, Lázaro!

Desde aquel día, él huyó hasta del aliento de la joven, hasta del crujido de su falda, porque la idea de una falta brutal, de una caída detrás de cualquier puerta, sublevaba su propia honradez.

A pesar de la resistencia de la muchacha, adivinaba que sería suya, aturdida por el ardor de la sangre, desde el primer abrazo, y que le amaba para entregarse á él por completo si se lo exigía; pero su amor aumentaba con aquella lucha sostenida contra sí mismo, y entonces, creyéndose inspirado por una gran pasión, juró cultivar su genio. ¡No había que dudarlo! ¡Sería un músico ilustre! ¿Pues no habría de bastarle inspirarse en los mismos sentimientos de su corazón?

Todo pareció allanarse, y aunque afectaba adorar de rodillas á su ángel bueno, el pensamiento de apresurar el matrimonio no le asaltaba ni por un instante.

—Toma: lee esta carta que acabo de recibir— dijo un día Chanteau, trastornado, á su mujer, la cual subía de Bonneville.

Era otra carta de Saccard, pero amenazadora: en Noviembre había escrito demandando noticia exacta de la situación, y como los Chanteau le contestaban



con evasivas, anunciábales entonces que se proponía convocar el consejo de familia y enterarle de su conducta equívoca; por lo cual la señora Chanteau, aunque no lo confesaba, tenía tanto miedo como su marido.

—¡Miserable!—murmuró después de leer la carta.

Los dos se miraron en silencio, muy pálidos, como si en el ambiente helado del comedor oyesen los rumores de un proceso escandaloso.

—¡No hay que vacilar!—exclamó el padre.—Cá-sala cuanto antes, porque el casamiento la emancipa.

Pero esta solución repugnaba, al parecer, á la madre, según las dudas que manifestaba. ¿Quién sabe si los dos muchachos se convienen? Porque es fácil ser buenos amigos y hacer después un matrimonio detestable.

—No, no—replicaba ella.—Ya me han lastimado algunas observaciones que tengo hechas.... y seríamos injustos si les sacrificásemos á nuestro propio sosiego. Esperemos algo más; y ¿por qué casarlos ahora habiendo cumplido ella diez y ocho años en el mes último, y pudiendo pedir nosotros su emancipación legal?

La confianza renacía, y la señora Chanteau subió

á buscar su Código, que los dos reunidos estudiaron lentamente: el artículo 438 les tranquilizó, pero quedaron confusos al leer el 480, donde se dice que «las cuentas de una tutela se deben rendir ante un curador nombrado por el consejo de familia.»

Ciertamente ella tenía metidos en un puño á todos los miembros del consejo de familia, y les haría nombrar á quien quisiera; pero ¿cuál hombre elegir, y dónde encontrarlo?

El problema consistía en reemplazar á un curador temido con un curador complaciente.

De repente ella tuvo como una inspiración.

—¡Ah, ah!—exclamó.—¡El doctor Cazenove! Conoce algo nuestros asuntos y no rehusará.

Chanteau aprobó con un movimiento de cabeza, aunque miraba con fijeza á su mujer.

—Entonces—dijo—¿devolverás el dinero..... es decir, lo que resta?

Pero ella no respondió de pronto; su mirada estaba reconcentrada en el Código, el cual hojeaba con nerviosa mano, y luego repuso haciendo un esfuerzo:

—¡Sin duda lo devolveré, y será un cuidado menos para mí! Ya ves que se nos acusa..... y daría cien sueldos por no tenerlo esta noche en mi *secré*;



*taire*. Además, de todos modos habrá que devolverlo....

A la mañana siguiente, habiendo llegado el doctor Cazenove á Bonneville para hacer su visita de todos los sábados, la señora Chanteau le habló del gran servicio que toda la familia esperaba de su amistad; declaróle su situación; le expuso que el desastre de la fábrica se había tragado cuantiosas cantidades, sin que nunca hubieran consultado ellos, para aplicarlas al negocio, al consejo de familia; insistió, por último, en el casamiento proyectado, por los vínculos de cariño que les unía á todos y que el escándalo de un proceso había de romper brutalmente.

El doctor, antes de prometer su ayuda, deseó hablar con Paulina, á quien consideraba desde mucho antes como explotada, comida lentamente, y si hasta entonces había callado por miedo de causarla un pesar, su deber era prevenirla ahora, por lo mismo que se quería hacerle cómplice.

El asunto se discutió en el cuarto de la muchacha, asistiendo al principio de la conferencia su tía, quien manifestó al doctor que la boda dependía ahora exclusivamente de la emancipación, porque Lázaro no consentiría en casarse con su prima en tanto que se

le pudiera acusar de querer eludir la rendición de cuentas.

Y en seguida la señora Chanteau se retiró, aparentando que no quería influir en las ideas de aquella á quien ya llamaba hija suya, y muy querida.

Inmediatamente Paulina, muy conmovida, suplicó al doctor que le otorgara el delicado servicio que se le pedía con tanta necesidad, y en vano intentó él hacerla ver claramente su situación diciéndola que estaba casi arruinada, y que la ruina sería completa en porvenir no lejano; ella, á cada nuevo rasgo de sombra que el doctor añadía al cuadro, contestábale que no quería escucharle, y mostraba apresuramiento febril por el sacrificio.

— No, no me causáis pesar; yo soy una avara, aunque no lo parezca, y me ha costado mucho resignarme.... ¡Que lo tomen todo! ¡les doy lo que resta, si ellos quieren amarme más todavía!

— Pero en fin— preguntó el doctor — ¿os despojáis de vuestro dinero por amor á vuestro primo?

Ella se puso encarnada y no contestó.

— ¿Y si luego vuestro primo no os amase?

Asustada, con extravío, miró al doctor; sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón estalló con este grito de amor irritado:



—¡Oh, no, no! ¿por qué me hacéis tanto daño?

Entonces el doctor Cazenove consintió; no tuvo suficiente valor para operar en aquel gran corazón lleno de ilusiones y de cariño. ¡Bien pronto la existencia le sería penosa!

La señora Chanteau dirigió la empresa con admirable superioridad de intriga, y aquella campaña la rejuvenecía; partió en seguida á París llevando todos los papeles en regla, y los miembros del consejo de familia prestaron conformidad con sus ideas, sin duda porque ninguno de ellos se hubo preocupado jamás de su cargo y miraba el incidente con su ordinaria indiferencia; ella contó á todos, uno por uno, conmovedora y embrollada historia, el cariño del viejo médico de Arromanches á Paulina y la intención que él tenía de legarla su fortuna si se le permitía dirigirla como él anhelaba.

Hasta Saccard cedió á consecuencia de tres visitas de la señora Chanteau, que le inició en un negocio soberbio: el acaparamiento de las mantecas de la comarca del Cotentin, merced á un nuevo sistema de transportes....

Y la emancipación fué acordada por el consejo de familia, nombrándose curador al antiguo cirujano de marina Cazenove, del cual había recibido

los mejores informes el juez de paz correspondiente.

Y quince días después del regreso de la señora Chanteau á Bonneville se efectuó la rendición de cuentas de la tutela del más sencillo modo: el doctor había almorzado y quedábase de sobremesa comentando las últimas noticias de Caen, donde Lázaro acababa de pasar dos días, por causa de un proceso con que le amenazaba el canalla Boutigny.

—A propósito—dijo el joven,—Luisa nos va á sorprender la semana próxima.... Yo no la reconocía por su elegancia; ahora vive con su padre. ¡Cuánto nos hemos reído!

Paulina le miraba, sorprendida de la emoción de su voz.

—¡Vaya!—exclamó la señora Chanteau.—He viajado con una señora de Caen que conoce perfectamente á Luisa y su familia, y me he quedado asombrada al saber que Thibaudier dará á su hija un dote de cien mil francos.... De manera que Luisa, con los cien mil francos de su madre, reunirá doscientos mil.... ¿Eh? ¡doscientos mil francos! ¡ya es rica!

—¡Bah!—añadió Lázaro.—No los necesita para nada, porque es linda como un amor.... ¡y tan lista!....



Los ojos de Paulina se obscurecieron, una ligera contracción nerviosa apretó sus labios, y el doctor, que no cesaba de mirarla, levantó una copa de ron que tenía en la mano y exclamó:

—Ea, que todavía no hemos brindado.... Sí, amigos míos, ¡a vuestra dicha! Casaos pronto y tened muchos hijos.

La señora Chanteau adelantó con lentitud su copa, pero sin sonreír, y Chanteau, á quien se había prohibido todo licor, movió la cabeza en señal de aprobación.

Pero Lázaro acababa de estrechar una mano de Paulina, en momentos de abandono que hicieron afluir á las mejillas de la joven toda la sangre de su corazón, y ella correspondió también á la dulce presión de su prometido.....

Todos brindaron.

—¡A vuestros cien años!—continuó el doctor, que profesaba la teoría optimista de que cien años constituían la edad hermosa del hombre.

Lázaro, sin embargo, palidecía: aquella cifra le atravesaba el alma con escalofríos, y se imaginaba los tiempos en que él hubiera cesado de vivir, con el perpetuo miedo que latía en el fondo de su carne.....

¿Qué sería de él dentro de cien años? ¿Qué desconocido bebería entonces en el puesto que él ocupaba delante de la mesa?

Apuró su copa, temblándole la mano, y Paulina, que le observaba, le tomó la otra mano y se la oprimió dulcemente, casi con maternal amor, como si ella hubiese visto pasar por el semblante pálido de Lázaro el soplo helado de la muerte.

Después de un rato de silencio, la señora Chanteau dijo con gravedad:

—Ahora conviene concluir nuestro asunto.

Ella había decidido que se firmase el pacto en su cámara, para darle mayor solemnidad, y precisamente Chanteau desde que estaba sometido al tratamiento del ácido salicíco andaba mejor, y pudo subir detrás de su mujer, apoyándose en las balastrada de la escalera; y como Lázaro hablase de ir á fumar un cigarro á la terraza, su madre le exigió que, siquiera por conveniencia, estuviese presente en el acto.

El doctor Cazenove y Paulina entraron los primeros, y Mateo, asombrado de semejante procesión, la seguía con lentitud.

—¡Es fastidioso este perro!—dijo la señora Chanteau, cuando fué á cerrar la puerta.— ¡Cuidado con



él, que nos ha de seguir á todas partes! Vamos, animal, entra, y no arañes en la puerta.... Ea, comencemos, porque nadie nos interrumpirá desde ahora.

En el velador había un tintero y plumas; la sala tenía aspecto de soledad, y el silencio de muerte que reina en las piezas poco habitadas; sólo Minucha habitaba allí en sus días de pereza, cuando lograba entrar por la mañana, y precisamente estaba entonces durmiendo sobre el edredón, y levantó la cabeza para mirar con sus verdes ojos á los que invadían la sala.

—Sentaos, sentaos—decía la señora Chanteau.

Y al punto los negocios fueron arreglados, aparentando aquélla que dejaba á su marido el principal papel de la comedia, papel que se le había hecho repetir cien veces desde el día precedente.

Conformándose con la ley, diez días antes Chanteau había entregado á Paulina, en presencia del doctor, las cuentas de su tutela, que formaban un grueso cuaderno; en un lado las notas de los ingresos, y en otro las de los gastos, deducido del total el importe, no sólo de la pensión de la pupila, sino también las costas del expediente instruido, y los gastos de viaje á Caen y á París.

Y entonces Cazenove, tomando en serio su oficio

de curador, quiso presentar una observación motivada por el mal negocio de la fábrica, obligando á Chanteau á darle ciertos curiosos detalles, aunque Paulina miraba suplicante al doctor.

¿Para qué servían aquellas explicaciones, á ella misma que había ayudado á formar y coleccionar las cuentas, que su tía copió después con delicada letra inglesa?

Pero la Minucha se había sentado en medio del edredón, para contemplar á su gusto la insólita escena, y Mateo, después de haber colocado su gran cabeza sobre el tapete del velador, se dejó caer de espaldas al suelo, y se frotaba y balanceaba sobre la alfombra, lanzando aullidos de alegría.

—A ver si le haces callar, Lázaro—exclamó la señora Chanteau—porque no nos entendemos.

Afortunadamente sólo faltaban ya las firmas en el acta: Paulina, con un rasgo de pluma, se apresuró á aprobarlo todo; luego el doctor, como si cediese á pesar suyo, borrajeó el papel con un párrafo muy largo.

Reinaba silencio penoso.

—El activo—dijo la señora Chanteau—es de setenta y cinco mil doseientos diez francos y treinta céntimos.... Voy á entregar ese dinero á Paulina.



Y se dirigió hacia el *secrétaire*, que rechinó con el ruido especial, ronco, que tantas veces la había emocionado.

Pero en tal momento estaba solemne: abrió los cajoncitos, y pudo verse en el fondo del más oculto la vieja tapa del registro de la salchichería, la misma de color verde salpicada de manchas de grasa..... solamente que el legajo había adelgazado, por los títulos extraídos

— No, no — exclamó Paulina; — guarda eso, tía mía. Y entonces la señora Chanteau se formalizó.

— ¡Pues no faltaba más! Si rendimos cuentas, debemos entregar el dinero..... Eso es para tu bien. Dime; ¿te acuerdas de lo que te dije hace ya ocho años, cuando lo metimos ahí? ¡Que nosotros no queríamos guardar ni un céntimo!

Ella sacó los títulos, y obligó a la joven a que los contase: había en papel setenta y cinco mil francos? y un rollo de monedas de oro, envueltas en papel de periódicos, que completaban la suma.

— ¿Pero dónde voy a guardar esto? — preguntó Paulina, a quien se le encendían las mejillas con la idea de que debía manejar aquella gruesa suma.

— Guárdalo en tu cómoda — respondió la tía; — que ya eres bastante crecidita para cuidar de tu dinero.....

¡Yo no quiero ni verlo!..... Y si tanto te estorba, oye, dáselo a la Minucha que te contempla.....

Los Chanteau habían pagado, y la alegría les llenaba el corazón; Lázaro, libre de su gran peso, jugaba con el perro, cogiéndole la cola y retorciéndosela, haciéndole dar vueltas como una peonza; el doctor Cazenove, entrando a ejercer su misión de curador, prometió a Paulina cobrar sus rentas e indicarle el medio de emplearle con buenos rendimientos.

Pero en aquel instante Verónica, en el piso bajo, removía sus cacerolas: poco antes subió hasta la puerta de la sala, pegó su oído a la cerradura, oyó sorprendida las cifras.....

Hacia ya algunas semanas que el lento y diario trabajo de su afecto a la señorita Paulina, destruyó hasta sus postreras preocupaciones.

— ¡Palabra de honor! — gruñó fieramente. — Ellos la han comido la mitad..... ¡No, no! ¡Eso no es justo!..... Cierto que ella no tenía necesidad de caer en esta casa..... ¿pero eso es una razón para dejarla desnuda como un gusano?..... ¡No, no! Yo soy justa, y amaré a esa pobre niña. ®





IV.  
El sábado siguiente, Luisa, que iba á pasar dos meses con los Chanteau, llegó de pronto á la terraza donde toda la familia estaba reunida.

Era al anochecer de un día muy caluroso de Agosto, aunque entonces soplabá fresca brisa del mar.

Allí estaba el cura Horteur, jugando á las damas con Chanteau; la señora Chanteau, sentada cerca de ambos, trabajaba en marear un pañuelo; Paulina, de pie ante un banco de piedra, había hecho sentar á cuatro chicuelos de la aldea, dos niñas y dos niños.

—¡Cómo! ¿eres tú?—gritó la señora Chanteau.—  
Estaba ya doblando mi labor para salir á tu encuentro....

Luisa dijo alegremente que el buen Malivoire la había traído como en alas del viento, y que no tenía necesidad de cambiar de traje, por lo cual, mientras su madrina se dirigió á la casa para disponer lo necesario á la instalación de la recién venida, ésta se contentó con atar su sombrero por las bridas al pestillo de una persiana, y besando en seguida á todos, acercóse á Paulina y la abrazó por el talle, sonriente y muy cariñosa.

—¡Mirame, chica! ¿Eh? ¡Ya somos grandes! ¡Como que tengo diez y nueve años, y estoy hecha casi una vieja.... señorita.

Y habiéndose interrumpido, añadió vivamente:

—A propósito: ¡mis cumplimientos! ¡Oh! ¡no te hagas la disimulada!.... Se dice por ahí que será en el mes próximo....

Paulina la devolvió sus caricias con la gravedad afectuosa de una hermana mayor, aunque tenía diez y ocho meses menos que su amiga, y un ligero rubor subió á sus mejillas cuando la oyó aludir á su casamiento proyectado con Lázaro.

—Pues no, chica; ¡te han engañado!—respondióla.—  
—Nada hay fijo todavía, sino que ha de ser en el otoño.

En efecto, la señora Chanteau había hablado del



otoño, á pesar de su repugnancia, de la cual los dos jóvenes comenzaban á apercibirse; porque ella se obstinaba en su primer pretexto, es decir, que hubiera preferido ver á su hijo, antes de la boda, en buena posición.

—¡Corriente!— contestó Luisa.—¡Bien sabes guardar tus secretos! Pero por lo menos yo estaré allí, ¿no es verdad?... ¿Y Lázaro, dónde está?

Chanteau, á quien el cura Horteur acababa de ganar la partida, dió la respuesta:

—¿Pero no le has visto, Luisita? Pues hace poco estábamos diciendo que probablemente os encontraríais.... Está en Bayeux, con un encargo para el Subprefecto, y volverá esta noche, quizás algo tarde.

Y en seguida se puso á jugar, diciendo:

—Me toca salir, señor Cura.... ¡No hay que dudar de que tendremos los famosos diques, porque el departamento no puede rehusarnos una subvención!

Aquello era nueva aventura que entonces apasionaba á Lázaro.

En las últimas grandes mareas de Marzo, el mar había arrastrado otras dos casas de Bonneville, aldea que poco á poco era devorada sobre su estrecha playa

de rocas, y que sería definitivamente arrancada por las olas si no se acudía á protegerla con serios trabajos.

Pero tenía tan escasa importancia con sus treinta casuchas viejas, que Chanteau, en su cualidad de alcalde, hacía diez años que reclamaba en vano al subprefecto acerca de la situación desesperada de los habitantes.

Lázaro, impulsado por Paulina, cuyo principal deseo era hacerle emprender un trabajo, había formado el proyecto de todo un sistema de presas y estacadas que debían enfrenar el Océano; pero se necesitaba dinero para realizarlo, unos doce mil francos, por lo menos.

—Este le soplo, amigo mío— dijo el Cura tomando un peón.

Y en seguida explanó complaciente algunos detalles relativos al antiguo Bonneville.

—Había una quinta bajo la misma iglesia, según dicen los ancianos del pueblo, á un kilómetro de la actual playa, ¡y hace más de cinco siglos que el mar les traga lentamente! Esto es incomprensible, y claro es que han de expiar de padres á hijos sus abominaciones....

Paulina había vuelto á colocarse cerca del banco



donde estaban los cuatro chiquillos, sucios, harapientos, con la boca estúpida abierta.

—¿Pero qué es eso?—la preguntó Luisa, no atreviéndose á acercarse.

—Pues eso—respondió Paulina—son mis amiguitos.

Y era que su caridad en acción se extendía por toda la comarca: ella amaba instintivamente á los seres desgraciados, y no la repugnaban sus infortunios, llegando en su afán á curar las gallinas que se rompían una pata y á dejar en el huerto, durante la noche, escudillas con sopa para los gatos perdidos; tenía cuidado de todos los que veía sufrir, y tenía necesidad de aliviarlos y alegría de aminorar sus sufrimientos.

Así era que los pobres de la aldea acudían á ella con las manos abiertas, como los gorriones acuden á las ventanas de los graneros.

Bonneville entero, aquel puñado de pescadores ruidos por tantas desgracias, con el desquiciamiento de la alta marea, llegaba á casa de *la señorita*, según se la denominaba; pero ella quería más á los niños, á los infelices que dejaban ver sus carnes sonrosadas por los rotos de sus calzones, á las pobres muchachas pálidas y enfermizas que no tenían que

comer y devoraban con la vista las libretas de pan que se les daba.

—¿Ves, Luisa?—replicó riendo.—Tengo también mi día, como las grandes señoras: el sábado. Eh, tú, picaruela Gonin, ¿quieres no volver á pellizcar á ese bruto Houtelard? ¡Mirad que me incomoda si no sois juiciosos!.... Vamos á proceder por orden.

Entonces comenzó la distribución, y Paulina llamó el primero al mencionado Houtelard, muchacho de diez años, de faz amarillenta y aspecto sombrío, terroroso; tenía el infeliz en el codo del brazo derecho un largo arañazo, y su padre le enviaba á casa de *la señorita* para que le aplicase alguna cosa encima de aquellas carnes desgarradas.

Porque ella era quien suministraba á los pobres del país el árnica y el agua sedativa que necesitaban, y en su afán de curar había adquirido poco á poco una farmacia muy surtida, de la cual estaba orgullosa.

Quando curó y vendó al muchacho, dió algunos detalles á Luisa en voz baja.

—Estos Houtelard, querida mía, son los únicos pescadores ricos de Bonneville.... Ya sabes: la barca grande es suya.... Pero tienen una avaricia espantosa, una vida de perros en una suciedad sin nomi-



bre .... Y lo peor es que el padre, después de haber matado á su mujer á palos, se ha casado con la criada, una muchacha más dura de corazón que él mismo.... Y ahora, entre los dos, martirizan á ese pobre niño....

Y sin fijarse en la inquieta repugnancia de su amiga, añadió en voz alta:

— Ven acá, pequeña.... ¿Has acabado ya el frasco de quinina?

La pequeña, hija de Prouane el alguacil, diríase que era una Santa Teresa niña, cubierta de escrófulas, de transparente demacración, con grandes ojos en cuyas pupilas relampagueaba la llama de la histórica.

Tenía once años, y apenas representaba siete.

— Sí, señorita— murmuró; — ya lo he bebido todo.

— ¡Embustera!— gritó el Cura, sin apartar la vista del tablero de damas.— ¡Tu padre olía al vino ayer tarde!

Paulina se incomodó; los Prouane no tenían barca, recogían langostas y almejas, vivían de la pesca de langostinos; pero con la plaza de alguacil que el padre ocupaba podrían haber comido pan todos los días sin sus borraeheras.

Hallábase con frecuencia á marido y mujer ten-

didos á través de las puertas, trastornados por el *calvados*, terrible aguardiente normando, y cuando éste faltaba, Prouane bebía el vino de quinina de su hija.

— ¡Y yo que me tomo la molestia de prepararlo!— exclamó Paulina.— Escucha: reservaré el frasco, y vendrás aquí todas las tardes, á las cinco, para beberlo.... Y además te daré carne cruda picada, porque así lo ha prescrito el doctor.

En seguida tocó el turno á un muchacho de doce años, el hijo de Cuche, un galopín de precoces vicios: á éste le dió una libreta, un puchero con sopa y una moneda de cinco francos.

También aquel muchacho personalizaba una historia triste: después de la destrucción de su casa por el mar, Cuche dejó á su mujer por una prima, y aquella, refugiada en una caseta ruínosa de aduaneros, y no obstante su repulsiva fealdad, se había abandonado á la vida airada; y lo peor era que el muchacho, que asistía á todas aquellas escenas y perecía de hambre, escapaba con saltos de cabra montés cuando se le decía que huyera de semejante cloaca.

Luisa se apartaba con repugnancia mientras Paulina refería tal historia sin escúpulo alguno, porque ésta, libremente educada, tenía la serena bravura de



la caridad ante las vergüenzas humanas, y la otra, instruída lo bastante en diez años de interna en un colegio, profesaba la opinión de que esas cosas eran de las que se piensan con frecuencia, pero no conviene jamás hablar de ellas....

—¡Ah, ya!—continuó Paulina—Pues justamente la niña que aún queda, esa rubita de nueve años, tan gentil y sonrosada, es la hija de Gonin, en cuya casa se ha instalado el pillastre de Cuche... Esos Gonin, muy holgados, tenían una barca, pero el padre fué acometido de parálisis en ambas piernas, enfermedad frecuente en esta comarca, y Cuche, que comenzó por ser marinero de aquél, es ahora patrón de la barca.... y de la mujer.... La casa también le pertenece, y pega al viejo enfermo, que pasa días y noches encerrado en un viejo cofre de carbón, mientras su antiguo marinero y su mujer duermen en su propio lecho.... La desgracia es que esta niña es demasiado inteligente, ¡y presencia unas cosas!

Y habiéndose interrumpido, preguntó á la rubita:

—¿Qué tal por tu casa?

La niña, que había seguido atentamente aquel relato, hecho á media voz, y cuyo lindo semblante de vieiosa muchachuela sonreía solapadamente, respondió sin cesar de reír;

—¡Pues todavía le pegan!.... Esta noche mamá se ha levantado y ha cogido una estaca.... ¡Ah, señorita! ¿seriais tan buena que le dieseis un poco de vino? Porque ellos han puesto un cántaro encima del cofre, diciendo que ya podía reventar....

Luisa hizo un ademán de horror. ¡Qué gentes más miserables! y á su amiga le interesaban tales horrores? ¿era posible que á las puertas de una población tan grande y tan culta como Caen existiesen esos agujeros donde los habitantes viviesen de aquel modo, cual verdaderos salvajes? ¡Pero era necesario ser muy salvajes, para pisotear así todas las leyes divinas y humanas!

—No, querida mía—murmuró Luisa, yendo á sentarse cerca de Chanteau;—ya he visto bastante lo que son tus amigos y protegidos, y aunque la mar les aplastase, créeme, no sería yo quien les tuviera lástima....

El Cura, que acababa de meter dama, dijo:

—¡Sodoma y Gomorra! ¡Bien les he predicado hace veinte años! ¡Tanto peor para ellos!

—Yo he pedido una escuela—dijo Chanteau, desolado al ver comprometido su juego;—pero hay pocos niños, porque los hijos de personas pudientes van á Verchemont.



Paulina miraba sorprendida á la niña: la enfermedad y la miseria estaban reunidas en ella, y la muchacha no experimentaba ningún movimiento de repulsión delante del sufrimiento, aunque éste parecía el resultado del vicio.

Y cuando prometió á la niña Gonin que ella iría á ver á su padre, Verónica se presentó en la puerta y empujó hacia adelante otra chieuela, diciendo:

—¡Ahí va esa señorita!

Aquella niña tenía cinco años, estaba cubierta de harapos, con su rostro negro y sus cabellos enmarañados; y en seguida, con el aplomo extraordinario de quien está acostumbrado á la mendicidad pública, comenzó á gimotear así:

—¡Una limosnita para mi pobre padre que se ha roto una pierna!

—Esta es la hija de los Tourmal, ¿verdad?—preguntó Paulina á la criada.

El Cura se incomodó.

—¡Ah, la bribona! No la escuchéis, porque hace más de veinte años que su padre se está rompiendo la pierna.... ¡Una familia de ladrones que sólo vive de rapiñas! El padre ayuda á los contrabandistas, la madre merodea en los campos de Verehemont, el abuelo va por la noche á Roqueboire á robar ostras

en el parque del Estado.... ¡Y ya veis cómo tienen á la hija! Han hecho de ella una mendiga, una ladronzuela que envían á las gentes para que atrape todo lo que pueda.... ¡Miradla cómo está acechando mi tabaquera!

En efecto, los vivos ojos de la niña, después de haber escudriñado los rincones de la terraza, resplandecían con vivo fulgor al mirar la vieja tabaquera del Cura.

Pero la niña no perdía su aplomo, sino que repitió con voz quejumbrosa, como si aquél no hubiese dicho nada:

—¡Se ha roto una pierna!.... Dadme alguna limosna, mi buena señorita.

Esta vez Luisa se echó á reír delante de aquel aborto de cinco años, ya tan canalla como sus padres, y Paulina, que la contemplaba con seriedad, abrió su portamonedas y sacó otra moneda de cinco francos.

—Escucha—dijo á la niña,—yo te dará una igual todos los sábados, si me prometes no pedir por calles y caminos durante la semana.

—¡Esconded los cubiertos!—gritó entonces el Cura Horteur—porque si no, los robará....

Pero Paulina, sin contestarle, despidió á los niños,



que se retiraron, arrastrando sus rotos zapatos, y murmurando:

— ¡Muchas gracias! ¡Dios se lo pague!

La señora Chanteau, que volvía de echar una mirada al cuarto dispuesto para Luisa, incomodóse con Verónica. ¡Aquello era insoportable! ¿Por qué la doméstica se convertía en introducida de mendigos? ¡Como si la señorita no llamara bastantes a la casa! ¡Un montón de gusanos asquerosos que la comían un costado, y después se burlaban de ella!

Cierto que su dinero la pertenecía, y podía derrocharlo como le diera la gana; pero era una inmoralidad alentar con él á los viciosos.....

Sin duda la señora Chanteau había oído á su sobrina prometer cinco francos todos los sábados á la niña Tourmal, y resultaban veinte francos al mes. ¡La fortuna de un sátrapa no bastaría para tanto despilfarro!

— Ya sabes que no quiero ver aquí á esa ladronzuela— dijo á Paulina.— Si tú eres ahora dueña de tu dinero, yo no puedo por ningún concepto dejar que te arruines tan estúpidamente, porque tengo responsabilidad moral..... Si, arruinarte, y más pronto que supones.....

Verónica, que habíase escondido en la cocina, fu-

riosa con la reprensión de su ama, reapareció en la terraza, gritando brutalmente:

— ¡Aquí está el carnicero que trae la cuenta! Cuarenta y seis francos y diez céntimos.....

Una gran turbación cortó la palabra á la señora Chanteau: registróse los bolsillos, é hizo un gesto de disgusto; mas en seguida dijo en voz muy baja:

— Di, Paulina, ¿tienes ahí bastante? Porque yo no tengo aquí dinero y tendría que subir.....

Paulina siguió á la criada para pagar al carnicero.

Desde que ella tenía el dinero en su cómoda, igual comedia se representaba cada vez que presentaban una factura; aquella era una explotación en toda regla por sumas no muy crecidas; la tía no se tomaba la molestia de tocar el legajo de los títulos, sino que lograba que su sobrina se despojase con sus propias manos.

Primero se llevó una cuenta, y la señora Chanteau reintegraba diez francos, quince francos, no más; pero bien pronto la cuenta se embrolló, y tan rudamente, que se dejó el arreglo para más tarde, para la época de la boda, lo que no impedía, por supuesto, que Paulina pagase religiosamente el día primero de cada mes la pensión que la tía había aumentado á noventa francos desde el pasado Julio.



— ¡Siempre es vuestro dinero el que danza! — gruñó Verónica en el pasillo. — Yo la hubiera dejado ir á buscar su moneda... ¡Ah! ¿por qué permite Dios que os coman hasta lo que tenéis puesto?

Cuando Paulina volvió con la factura pagada, y se la entregó á su tía, el Cura ganaba ruidosamente la partida de damas: Chanteau era derrotado otra vez, y decididamente no ganaría una.

El sol se ponía, y sus rayos oblicuos inundaban de brillante púrpura el mar, que subía hacia las playas con ola perezosa.

Luisa contemplaba con vaga mirada el inmenso horizonte, y sonreía con delicia.

— ¡Ahí está Luisita volando hacia las nubes! — dijo la señora Chanteau — ¡Eh, Luisita! He dispuesto que suban tu maleta, y te advierto que volvemos á ser vecinas.

Lázaro no regresó hasta el día siguiente, porque después de su visita al Subprefecto de Bayeux, había decidido ir á Caen para ver al Prefecto, y si no volvió con la subvención en el bolsillo, estaba persuadido (afirmaba) de que el Consejo general votaría la suma de doce mil francos, por lo menos.

El Prefecto le acompañó hasta la puerta, comprometiéndose con formal promesa, pues no se podía

abandonar á Bonneville; y por otra parte, la Administración central estaba dispuesta á secundar el celo de los vecinos de aquel Ayuntamiento.

Únicamente Lázaro se desesperaba, porque preveía entorpecimientos de todas clases, y la menor demora en la realización de cualquiera de sus deseos se convertía para él en verdadera tortura.

— ¡Palabra de honor! — exclamaba. — Si yo tuviese diez mil francos, preferiría adelantarlos.... y aun no se necesitaría esa suma para hacer el primer ensayo. ¡Ya veréis cuánto nos fastidian antes de votar la subvención!.... Sin contar con que caerán sobre nuestras costillas todos los ingenieros de la provincia.... y si comenzásemos las obras sin ellos, no tendrían más remedio que inclinarse delante de los buenos resultados. ¡Estoy seguro de mi proyecto!.... Como que el Prefecto, á quien se le expliqué en pocas palabras, mostróse maravillado de su sencillez y de su baratura.

La esperanza de dominar al Océano le producía fiebre: conservaba algún rencor contra él, acusándole sordamente de su ruina en el negocio de las algas, y si no se atrevía á injuriarle en alta voz, por lo menos acariciaba la idea de vengarse....

¿Y cuál mejor venganza que detenerle en su ca-



mino de ciega destrucción, y decirle con voz dominante: «No irás más allá!»

Cuando su madre le veía pasar días y noches tallando pedazos de madera, y hojeando tratados de mecánica, acordóse temblando de su abuelo, el carpintero emprendedor y travieso, cuya obra maestra, perfectamente inútil, dormía bajo un fanal. ¿Renacería en él aquel viejo para completar la ruina de la familia?

Mas luego se dejó convencer por su hijo adorado: si él tenía buen éxito (y lo tendría, ¡naturalmente!), estaba dado el primer paso; una bella acción, una obra desinteresada, que lo pondría en evidencia: desde allí caminaría en línea recta a donde quisiera, tan arriba como su ambición lo deseaba.

Desde tal día toda la casa soñaba con humillar el Océano, encadenarle al pie de la terraza, con la obediencia de un perro castigado.

El proyecto de Lázaro era, como él decía, de gran sencillez; constituíanle gruesos pilotes clavados en la arena, forrados de planchas metálicas, y detrás de ellos los guijarros que arrastraba la marea formarían una muralla inexpugnable, contra la que se estrellarían las olas: el mismo Océano estaba, por consiguiente, encargado de construir el reducto que había

de cerrarle el paso, y dos presas completarian el sistema, haciendo de rompeolas delante de los muros de guijarros.

Lázaro completaba su idea primera, tomada del *Manual del perfecto carpintero*, haciendo considerables investigaciones, estudiando la teoría de las fuerzas y la resistencia de los materiales, mostrándose entusiasmado con una nueva ensambladura y una inclinación de las presas, que, según él, darían por sí solas un éxito absolutamente seguro.

Paulina también se había interesado por aquellos estudios: tenía, como el joven, la curiosidad despierta siempre a nuevas experiencias que la pusieran cerca de lo desconocido; pero lo veía todo con más frialdad, sin ilusionarse ante la posibilidad de un fracaso.

Cuando ella veía al mar subir y subir, la marea barriendo la tierra, lanzaba miradas de duda a los modelos que Lázaro había construido, hileras de pilotes, presas, estacadas microscópicas.....

Una noche permaneció hasta muy tarde a la ventana, porque su primo hablaba hacia días de quemar sus proyectos y emigrar a Australia, toda vez que en Francia no había puesto para él.

Y mientras ella pensaba en estas cosas, la mare-



jada en toda su plenitud azotaba á Bonneville en medio de las tinieblas: á cada sacudida de las olas, estremeciéndose, creía escuchar el gemido de los infelices devorados por el mar, y entonces le pareció insufrible el combate oculto que su bondad libraba contra el amor al dinero.

Cerró la ventana, y no quiso escuchar más; pero los golpes lejanos del agua la sacudían hasta en el lecho. ¿Por qué no intentar lo imposible? ¿Qué importaba aquel dinero arrojado al agua, si se tenía la suerte de salvar la aldea?

Á la mañana siguiente llamó á su primo antes de bajar.

—¿No sabes?—le dijo riendo.—He soñado que yo te prestaba los doce mil francos.

Y él, incomodándose, rehusó vivamente.

—¿Quieres que parta de aquí para siempre, y no vuelvas á verme?.... No, no: basta con lo de la fábrica; ¡muero de vergüenza sin habértelo dicho!

Dos horas después aceptaba y estrechaba las manos de Paulina con efusión apasionada.

Por supuesto, aquello era un simple adelanto, y su dinero no corría ningún riesgo, porque el voto de la subvención por el Consejo general era indudable, máxime ante el principio de las obras.

En la misma tarde fué llamado el carpintero de Arromanches, quien celebró con Lázaro largas conferencias y una discusión encarnizada sobre el presupuesto; en fin, que la casa entera perdía la cabeza.

La señora Chanteau, sin embargo, se incomodó cuando supo lo del préstamo de doce mil francos, y Lázaro, extrañándole aquello, no lo comprendía: sin duda (según los argumentos de su madre) Paulina les adelantaba de cuando en cuando algunas sumas, y tal vez ella lo consideraba como indispensable; pero ¿por qué no pedir al padre de Luisa que les abriese un crédito, ó bien á la misma Luisa, que tenía un dote de doscientos mil francos?

Esta cifra estaba incesantemente en labios de la señora Chanteau, quien aparentaba desdeñar los restos de la fortuna de su sobrina, aquella fortuna que se había casi derretido en el *secrétaire*, y continuaba derritiéndose en la cómoda.

Chanteau, impulsado por su mujer, afectaba igualmente gran contrariedad, y Paulina, observándolo, experimentó profundo pesar: ella daba su dinero, y conocía que era menos querida que antes; había alrededor de ella una especie de rencor latente, cuya causa no podía explicarse, que aumentaba de día en día.



Cuanto al doctor Cazenove, también refunfuñaba si ella le consultaba por pura fórmula, porque estaba moralmente obligado á decir que *si*: era la misión de curador completamente ilusoria, y se encontraba desarmado en aquella casa, donde se le recibía como antiguo amigo; pero el día de los doce mil francos renunció á toda responsabilidad.

—Hija mía—dijo á Paulina hablándola á solas—yo no puedo ser cómplice vuestro; cesad de consultarme y arruinados según lo pida vuestro corazón.... Bien sabéis que nunca resistiré á vuestros ruegos, y en verdad que tengo en seguida remordimientos de conciencia, y ésta muy perturbada: mejor quiero ignorar lo que desapruebo.

Ella, conmovida, lo miraba con humedos ojos, y decía después de un rato de silencio:

—Gracias, mi querido doctor, ¿pero no es eso lo más prudente? ¿qué importa, si soy feliz?

Él la tomó ambas manos, y se las estrechó paternalmente, con triste emoción.

—Sí, sois feliz; pero no sabéis aún que la desgracia se compra bien cara algunas veces.

Naturalmente, Lázaro había abandonado la música en el ardor de la batalla que intentaba librar contra el mar; el piano aparecía cubierto de polvo,

la *partition* de la gran sinfonía había caído otra vez en el fondo de un cajón de la mesa, y gracias á Paulina, que recogió las hojas hasta debajo de las sillas.

Digamos, no obstante, que ciertos números de su obra musical no le satisfacían; así, la dulzura melódica del derrumbamiento final del mundo, escrita para tiempo de vals, pareciale que estaría mejor expresada con tiempo de marcha muy lenta.... y una noche declaró que comenzaría á arreglarla cuando tuviera ocasión de trabajar.

Y sus llamaradas de deseo, su malestar con el perpetuo contacto de la joven estaban aliados con su fiebre de genio: era una gran pasión retrasada, y trataba á su prima como antigua amiga, ó bien como esposa legítima que se le entregaría por completo cuando él abriera sus brazos.

Además, desde que llegó la primavera ya no vivían tan herméticamente cerrados, y el aire del campo les arrebatava el calor de las mejillas; la gran sala quedaba solitaria, y los dos corrían juntos por la peñascosa playa, delante de Bonneville, estudiando los puntos en que las empalizadas y las presas deberían ser construidas; á menudo caminaban con los pies en el agua fresca, y volvían cansados como en los ya lejanos días de su infancia.



Cuando Paulina, para chancearse, tarareaba la famosa Marcha de la Muerte, Lázaro gritaba:

— ¡Cállate! ¡esas son tonterías!

La misma noche de la visita del carpintero Chanteau fué acometido por un acceso de gota, porque las crisis le repetían casi todos los meses: el tratamiento por el ácido salicíco, que al principio le aliviaba, concluyó por redoblar la violencia de los accesos, y Paulina se encontró clavada por espacio de quince días delante del lecho de su tío.

Lázaro, que continuaba sus estudios sobre la playa, comenzó entonces á llevar consigo á Luisa, para alejarla del enfermo, cuyos alaridos la asustaban; y fuera de la casa, en el campo y á la vista del mar, se mostraba sonriente, encantada del paseo, olvidada del pobre hombre que gemía.

Pasaron así quince días llenos de encantos; primero el joven consideró con sorpresa á su nueva amiga, que gritaba cuando un cangrejo rozaba su botina, y que tenía tal horror al agua que temía ahogarse al saltar por encima de un charco; los guijarros herían sus diminutos piés; no dejaba nunca la sombrilla ni sus manoplas hasta el codo, para no entregar al sol ni el más pequeño trozo de su piel delicada.

Luego, después de la primera sorpresa, Lázaro se dejó seducir por aquella timidez encantadora, por aquella debilidad siempre dispuesta á pedirle protección....

¡Ah! ¡no era un muchacho aquella que marchaba al lado suyo! Era una mujer, cuyas medias entreveía á favor de los soplos del viento, y entonces hervía la sangre de sus venas.

Y aunque era menos bella que la otra, de más edad y pálida, marchita, había en ella gracia seductora, sus finos miembros se abandonaban suavemente, toda su persona se deshacía en promesas de delicias.

Parecía que entonces la había descubierto súbitamente, no reconociendo ya la muchacha demacrada de otros tiempos. ¿Era posible que largos años de colegio hubiesen formado aquella joven tan alborotada, virgen aún y hastiada del hombre, teniendo la mentira de la educación impresa en sus ojos lípidos?

Y poco á poco se aficionaba á ella con singular complacencia, con pasión perversa, en la cual su antigua amistad de niño se transformaba con sensuales refinamientos.

Cuando Paulina pudo dejar la alcoba de su tío y



se dispuso á acompañar á Lázaro, comprendió en el acto que entre él y Luisa existía un aspecto nuevo, miradas, risas en las que ella no tenía parte; y si se hacía explicar lo que les regocijaba, apenas se reía.

Al principio guardó seriedad casi maternal, tratándolos como aturridos que se burlaban de todo; mas luego se puso triste, y cada paseo era para ella una fatiga.

No se la escapaba queja alguna, y sólo se lamentaba de sus continuas jaquecas; y si su primo la aconsejaba que no saliera, incomodábase mucho, y no se apartaba de él ni aun en la casa.

Una noche, hacia las dos, como él no se hubiese acostado para concluir su proyecto, abrió la puerta de su cuarto, extrañándose de oír gente que andaba; y su sorpresa aumentó al ver á Paulina en enaguas, sin luz, inclinada sobre la barandilla de la escalera, en actitud de escuchar los rumores de los cuartos de abajo.

Ella contó que había creído oír gemidos, y esta mentira dió á su rostro color de púrpura; él también se puso colorado, y sintióse herido por la duda.

Desde entonces, sin otra explicación, había entre los dos un disgusto latente: él volvía la cabeza á verla, y encontraba ridículo que se incomodase por

niñerías; ella, cada vez más sombría, no le dejaba un minuto solo con Luisa, estudiaba sus menores gestos, agonizaba por la noche en su cuarto si les había visto hablarse en voz baja despues de regresar de la playa.

Entretanto los trabajos marchaban: una tanda de carpinteros había clavado ya varias planchas sobre una hilera de pilotes, y acababa de colocar una grada de la presa, como sencillo ensayo y en previsión de una gran marea.

El tiempo, desgraciadamente, era execrable; caían sin interrupción fuertes aguaceros, y todo Bonneville los recibía en sus espaldas por ver clavar la estacada con ayuda de un pesado mazo.

Llegó el día en que se esperaba la gran marea, y desde por la mañana un cielo tan negro como la tinta obscurecía el mar, redoblando la lluvia que anegaba el horizonte en bruma glacial: aquello fué una desolación, porque se había formado el proyecto de ir toda la familia á ver cómo resistían las planchas y los pilotes al ataque de las olas.

La señora Chanteau decidió que ella permanecería con su marido, todavía muy enfermo, y se hicieron también grandes esfuerzos para que Paulina se quedase con sus tíos, porque tenía la garganta irri-



tada, estaba un poco ronca y sentía un ligero movimiento febril por la noche, hacía algún tiempo; pero ella rechazó tales consejos de prudencia, queriendo ir á la playa porque iban Lázaro y Luisa.

Esta Luisa, de tan frágil apariencia, siempre cercana al desfallecimiento, era en el fondo de sorprendente fuerza nerviosa cuando algún placer la aguijoneaba.

Los tres partieron después de almorzar; una ráfaga de viento barrió las nubes, y risas de triunfo saludaron aquella suerte inesperada; el cielo tenía anchos espacios de azul, todavía atravesados por negros nubarrones, y las dos muchachas se empeñaron en no llevar sino sombrillas. ¿Para qué cargarse inútilmente las manos?

Lázaro sólo llevó paraguas, pero él respondía de que, en caso necesario, si los aguaceros volvían á caer, las abrigaría bien en cualquier parte.

Paulina y Luisa iban delante, y como ésta, en la rápida pendiente que conduce hasta Bonneville, diese un paso en falso en la tierra empapada en agua, Lázaro corrió hacia ella y le ofreció su brazo.

Paulina tuvo que seguir detrás de ellos; su alegría de la partida huyó, y sus miradas suspicaces notaron que el codo de Lázaro rozaba con seguida cari-

cia el talle de Luisa..... ¡Ya no vió más que aquel contacto! Todo, menos eso, había desaparecido: la playa y los pescadores del país, que esperaban con ademanes picarescos; el mar que subía; la presa blanca por la espuma.

En el horizonte se agrandaba una barra oscura, un nubarrón que venía con el galope de la tempestad.

—¡Diablo!—murmuró el joven.—Todavía vamos á tener caldo.... Pero la lluvia nos dejará tiempo de ver la gran marea, y nos acogemos después en frente, en casa de los Houtelard.

La marea, que llegaba contra viento, subía con lentitud irritante, y el viento sería tan fuerte como se había dicho; nadie se alejaba mucho de la playa, y medio cubierta, funcionaba perfectamente y cortaba las olas que se deshacían en agua hirviendo á los pies de los espectadores.

Pero el triunfo mayor fué la resistencia de los pilotes: á cada ola que los cubría, arrastrando al retirarse los guijarros, dejábase oír el ruido que éstos producían al caer y amontonarse al otro lado de las planchas, como si fuese la descarga de una carreta de piedras; y aquel muro que se fabricaba por sí



mismo, era el éxito, la realización de la defensa prometida.

—¡Bien lo decía yo!— gritaba Lázaro. —¡Burlaos, burlaos ahora de mi trabajo!

Mas cerca de él estaba Prouane, que movía la cabeza en señal de duda, diciendo:

—Será necesario ver esto cuando el viento sople de lo alto.

Los otros pescadores callaban; pero en los labios fruncidos de Cuche y de Houtelard adivinábase que parte tenían confianza en la obra; y por otra parte eran deseado que aquel mar desolador de su aldea *bourgeois* hubiera sido enfrenado por aquel fardos el día en que se reirían todos los pescadores como si fuesen pajas!

Súbitamente la lluvia arreció, y caían de la negra nube que llenaba ya la chura del espacio.

—Esto no es nada—repetía Lázaro entusiasmado—nada.... Esperemos todavía un instante.... ¡Mirad, mirad! ¡ni siquiera se mueve una estaca!

Abrió su paraguas, y le colocó sobre la cabeza de Luisa, la cual se arrimaba mucho á él con la actitud de tortolilla asustada, y Paulina los miraba con furor

creciente, sombría, creyendo recibir en su rostro el calor de aquella intimidación.

La lluvia se transformó en torrencial.

—¿Pero qué haces?—gritó Lázaro á Paulina.—

¿Estás loca? Abre siquiera tu sombrilla.

Ella estaba de pie, rígida, sufriendo aquel diluvio que apenas la impresionaba, y respondió con voz ronca:

—¡Déjame en paz! Estoy bien.

—¡Oh, Lázaro!—dijo Luisa desolada.—Hacedla venir aquí, yo os lo ruego.... Cabemos los tres....

Pero Paulina, en su furiosa obstinación, ni aun se dignaba rehusar. Si ella estaba bien, ¿por qué se la incomodaba?

Y cuando él exclamó, harto de súplicas:

—¡Esa imbécil!.... Corramos á casa de Houtelard.

Ella declaró rudamente:

—Corred, si queréis. Hemos venido á ver esto, y yo quiero verlo.

Los pescadores habían huido, y ella quedó bajo la recia lluvia, inmóvil, vuelta hacia los pilotes, cubiertos ya completamente por las aguas, porque aquel espectáculo absorbía su atención, á pesar del polvo de agua en que todo se confundía, un polvo



gris y menudo que surgía del mar, azotado por la lluvia, y no consintió en dejar el puesto sino cuando el viento de Oeste disipó la nube.

Los tres regresaron en silencio, y no dijeron á los Chanteau ni una palabra de la aventura.

Paulina se retiró en el acto para mudarse de ropa, mientras Lázaro contaba á sus padres el éxito seguro del experimento.

Por la noche, en la mesa, tuvo un acceso de fiebre, aunque manifestó que no sufría, á pesar de la incomodidad que experimentaba para pasar un bocado, y aun respondió brutalmente á Luisa, que se inquietaba con ternura por su amiga y la preguntaba en cada momento si estaba mejor.

—En verdad que se ha hecho insufrible por su mal carácter—murmuraba á espaldas de ella la señora Chanteau.—Lo mejor es no dirigirla una palabra.

Aquella noche, hacia la una, Lázaro se despertó al oír una tos gutural, de sequedad tan dolorosa, que él se incorporó en el lecho para escuchar: primero pensó en su madre; luego, escuchando siempre, la caída brusca de un cuerpo en el pavimento, que retumbaba, le hizo saltar de la cama y vestirse rápidamente.

No podía ser sino Paulina el cuerpo que había caído detrás de la mampara....

Con manos trémulas encendió una cerilla, pudo salir, y tuvo la sorpresa de encontrar entreabierta la puerta de enfrente: la joven estaba allí, tendida bajo el dintel, en camisa, con los brazos y las piernas desnudos.

—¿Pero qué es eso?—gritó Lázaro.—¿Te has caído? ¡Habla!

El pensamiento de que ella rondaba aún para espiarle cruzó por su mente; pero ella no respondía, no se movía, estaba como muerta, con los ojos cerrados.

¡Quizá en el momento en que iba á pedir socorro la infeliz había sido acometida de un desmayo, y se desplomó sobre el suelo!

—Paulina, respóndeme, yo te lo ruego.... ¿Dónde te has hecho daño?

Y se bajó hacia ella, alumbrándola el rostro, que estaba muy encendido, como abrasado por intensa fiebre; y el sentimiento instintivo de respeto que le hacía vacilar ante la desnudez de virgen, no atreviéndose á coger en sus brazos aquel cuerpo para conducirle al lecho, cedió, sin embargo, á su inquietud fraternal; y cuando la hubo colocado en la cama,



seguía preguntándola, antes de pensar en cubrirla con las ropas:

—¡Dios mío! Paulina, respóndeme: ¿te has hecho daño? ¿te has herido?

La sacudida hizola abrir los ojos, y aunque no hablaba, miró fijamente á Lázaro, y se llevó una mano al cuello.

—¿Sufres de la garganta?

Y entonces, con voz trémula, difícil, ronca, dijo muy bajo:

—No me hagas hablar, te lo suplico, porque me haría mucho daño.

Y al punto la asaltó un golpe de tos, aquella tos gutural que él había oído desde su cuarto; su rostro se tornó amoratado, y el dolor hizo que los ojos se la llenaran de lágrimas; llevábase ambas manos á su cabeza trastornada, en la cual golpeaban los martillazos de una cefalalgia dolorosa.

—¡Hoy, esta tarde has cogido eso!—murmuró él aturdido.—¡Qué poco razonable fuiste, enferma como ya estabas!

Pero calló al encontrarse con las miradas suplicantes de la niña, que con mano temblorosa buscaba las ropas de la cama.

Él la cubrió hasta la barba, y la dijo:

—¿Quieres abrir la boca para que te mire la garganta?

Ella apenas logró separar las mandíbulas, y acercando Lázaro la bujía, vió con dificultad la parte posterior de la garganta hinchada, reluciente, seca, de vivo color rojo: evidentemente aquello era una angina; pero la fiebre ardorosa y el fuerte dolor de cabeza le espantaban, anunciando la naturaleza maligna de la angina.

El rostro de la enferma expresaba una sensación tan llena de angustia, que Lázaro tuvo miedo de ver que se ahogaba delante de él, porque cada deglución la sacudía con doble fuerza, y un nuevo acceso de tos la hizo perder el conocimiento.

Corrió desolado á romper á puñadas la puerta de la doméstica.

—¡Verónica, Verónica! ¡Levántate!..... ¡Paulina se muere!

Cuando Verónica, asustada y á medio vestir, entró en el cuarto de la señorita, Lázaro estaba jurando y pateando de rabia en medio de la sala.

—¡Qué país de miseria! ¡Aquí se muere uno como un perro! ¡Más de dos leguas para encontrar socorro!

Y dirigiéndose á Verónica, gritó:



—¡Corre..... busca alguna persona que haga venir al Doctor inmediatamente!

La criada se acercó al lecho, miró á la enferma, asustóse al verla tan encendida, más aterrada aún por el creciente cariño que sentía hacia aquella niña, á quien detestaba en los primeros tiempos.

—¡Voy yo!—dijo sencillamente.—Así se hará más pronto..... Que la señora encienda lumbre mientras tanto, por si se necesita.

Y aunque mal despierta aún, se calzó sus gruesos zapatos, echóse encima un chal, informó de lo que acontecía á la señora Chanteau cuando bajó la escalera, y echó á andar á grandes pasos por el largo y fangoso camino.

Daban las dos en el reloj de la iglesia, y la noche era tan oscura, que ella tropezaba en las piedras y en los baches.

—¿Qué es eso?—preguntó la señora Chanteau cuando subió.

Lázaro apenas la respondió: acababa de registrar el armario para encontrar sus antiguos libros de medicina, é inclinado ante la cómoda, hojeando las páginas con dedos trémulos, procuraba acordarse de sus lecciones médicas; pero todo se embrollaba, se confundía, registraba sin cesar los índices, y nada sacaba en limpio.

—Quizá no sea esto sino una fuerte jaqueca—dijo la señora Chanteau, que se había sentado.—Lo mejor será dejarla reposar.

Entonces él se irritó.

—¡Una jaqueca, una jaqueca!..... Escucha, mamá: tú lo que debes hacer es bajar á la cocina para encender lumbre y preparar agua caliente.

—Es inútil incomodar á Luisa, ¿no es verdad?—insistió ella todavía.

—Sí, si, completamente inútil, porque no necesito á nadie..... Ya llamaré.

Cuando se quedó solo, volvió á tomar la mano de Paulina para contar las pulsaciones; eran éstas ciento quince, y él conoció que aquella mano ardiente oprimía la suya, y que la niña, cuyos pesados párpados estaban caídos, concedía con la presión las gracias y el olvido.....

Si no podía sonreír, quería hacerle comprender que lo había oído todo, que se consideraba como dichosa al saber que estaba allí, solo con ella, no pensando en la otra.

Él, por hábito, sentía horror á todo sufrimiento, y huía ante la menor indisposición de los suyos, siendo mal enfermero, «porque no tenía seguros sus nervios (solía decir) y temía estallar en sollozos»; así es que



ella experimentaba sorpresa y gratitud en viéndole á su lado.

La presión ardorosa de aquella mano le trastornó, y quiso tranquilizarla.

—Eso no es nada, querida mía, y el doctor Cazenove estará aquí bien pronto..... sobre todo, no tengas aprensión.

Ella no abrió los ojos, pero murmuró con voz apagada:

—¡Oh, no tengo aprensión!.... Lo que me causa pena es lo que te incomoda.

Y en seguida, con acento más apagado todavía, ligero como un soplo, añadió:

—¿Me perdonas? ¡He sido hoy tan mala!

Inclinóse él, y la besó en la frente, como á su mujer, y apartóse al punto, porque las lágrimas le ahogaban.

Concibió la idea de preparar una poción calmante mientras llegaba el médico, y á propósito estaba allí la farmacia casera de la muchacha, en un estrecho armario, y si bien temió equivocarse, leyó las etiquetas de los frascos y echó varias gotas de morfina en un vaso de agua azucarada; mas cuando la enferma tomó la primer eucharada, su dolor fué tan vivo que Lázaro titubeaba cada vez que tenía que darle otra.

Su espera fué horrible: cuando se lamentaba de verla sufrir tanto, sintiendo sus piernas vacilantes por estar largo tiempo de pie delante del lecho, volvía obstinadamente á sus libros, creyendo que allí habria de encontrar el caso y su remedio. ¿Será acaso una angina diftérica? ¡Pero si él no había observado falsas membranas en los pliegues posteriores del velo del paladar!

Y se obstinaba en leer la descripción y el tratamiento de la angina diftérica, perdiéndose en el desfile de largas frases cuyo sentido no conocía, como niño que aprende de memoria una lección oscura, hasta que un quejido penoso le llamaba otra vez cerca del lecho, donde iba, estremeciéndose, con la cabeza henchida de palabras científicas y sílabas rudas que excitaban su ansiedad.

—¿Qué tal?—preguntó la señora Chanteau, que había subido muy callando.

—Lo mismo—respondía él.

Y añadía, irritándose:

—¡Qué médico! ¡Esto es espantoso! ¡hay tiempo para morir veinte veces!

Como las puertas estaban abiertas, Mateo, que dormía bajo la mesa de la cocina, subió la escalera aguijoneado por su manía de seguir á las gentes á



todos los cuartos de la casa, y lleno de alegría quiso brincar al lado de Paulina, como animal inconsciente de las penas de sus amos.

Mas Lázaro, exasperado, le arrimó un tremendo puntapié.

—Vete de aquí, ó te estrangulo! ¿No ves lo que haces, imbécil?

Y el perro, aturdido de ser castigado, fué á esconderse humildemente debajo del lecho, mientras la señora Chanteau, indignada por aquella brutalidad, se volvió á la cocina diciendo secamente:

—Cuando quieras el agua hirviendo, ya está preparada.

Lázaro la oyó gruñir, mientras bajaba la escalera, que era repulsivo pegar así á un pobre animal, y que tal vez la pegaría también á ella si permaneciese más tiempo en aquel cuarto; y él, que adoraba de rodillas á su madre, hizo un ademán de loca irritación.

En cada momento volvía la cabeza para mirar á Paulina, quien, dominada por la fiebre, parecía en profunda postración, y en el silencio medroso del cuarto sólo resonaba el quejido de su aliento, semejante al estertor de una persona que agonizaba.

El miedo le embargó, un miedo irreflexivo, absurdo; creía que la enferma se ahogaba si no venían

pronto los socorros; daba vueltas por el cuarto, mirando á cada paso al reloj; seguía á Verónica á lo largo del camino de Arromanches, en la obscura noche: ahora pasa por el bosque de pinos, ya llega al puentecillo, pronto ganará cinco minutos bajando por la cuesta á la carrera.....

Y entonces, la necesidad violenta de saber algo, le hizo abrir la ventana, aunque nada pudiera distinguir en el abismo de las tinieblas.

Una luz sola brillaba en el fondo de Bonneville: sin duda el farolillo de un pescador que iba hacia el mar..... ¡Era aquello una tristeza lúgubre, un abandono inmenso en el que suponía que la existencia se apagaba!

Cerró la ventana, y en seguida volvió á abrirla, y otra vez la cerró con violencia.

La noción del tiempo se le extraviaba, y asombróse de oír sonar las tres..... ¡Ah! El Doctor ya habría mandado enganchar, y el cabriolé correría por el camino solitario, agujereando las sombras con su ojo amarillo.....

Y Lázaro estaba tan embrutecido por la impaciencia, ante la sofocación creciente de la enferma, que se estremeció sobresaltado cuando, hacia las cuatro, oyó en la escalera un ruido de pasos precipitados.



—¡Ah, sois vos!—gritó.

El doctor Cazenove mandó encender otra bujía para examinar á Paulina; Lázaro tenía una, y Verónica, despeinada por el viento y embarrada hasta los hombros, aproximaba la otra; la señora Chanteau miraba; la enferma, soñolienta, no pudo abrir la boca sin exhalar gemidos y ayes.

El doctor, inquieto á su llegada, cuando volvió á echar dulcemente la cabeza de Paulina en la almohada, avanzó al medio del cuarto, con aspecto más tranquilo.

—¡Esta Verónica me ha hecho coger un miedo tan grande!—murmuró.—Según las cosas extravagantes que me contaba, creí encontrar un envenamiento.... ¡Como que me he llenado de drogas los bolsillos!

—¿Es una angina, verdad?—preguntó Lázaro.

—Sí, una angina.... No hay peligro inmediato.

La señora Chanteau hizo un gesto de triunfante asentimiento, como para indicar que ella lo sabía de antemano.

—¿Que no hay peligro inmediato?—repitió Lázaro con temor.—¿Es que teméis complicaciones?

—No—respondió el médico, después de alguna vacilación;—pero con estos endiablados males de

garganta, nunca se sabe lo que podrá acontecer.

Y declaró que nada tenía que prescribir, porque deseaba esperar á la mañana antes de sangrar á la enferma.

Luego, como el joven le instase para que procurara aliviarla, recetó unos sinapismos: Verónica subió una jarra con agua caliente, y el médico aplicó las hojas humedecidas, haciéndolas deslizar á lo largo de las piernas, desde las rodillas hasta los tobillos.

Sin embargo, aquel remedio no fué sino un sufrimiento más, porque la fiebre persistía y la cefalalgia era insoportable.

Hallábanse también indicados gargarismos emolientes, y la señora Chanteau preparó una decocción de hojas de zarza, que hubo de abandonar desde la primera tentativa, porque el dolor hacía imposible todo movimiento de la garganta.

Eran cerca de las seis cuando el médico se retiró.

—Volveré á mediodía—dijo á Lázaro en el pasillo.—Tranquilizaos, porque no hay en este caso más que el sufrimiento....

—¿Pero no es nada el sufrimiento?—gritó el joven á quien indignaba aquel mal.—¡No se debía sufrir! Cazenove lo miró, y levantó la mirada al cielo



como delante de una pretensión extraordinaria.

Cuando Lázaro volvió al cuarto de la enferma, despidió á su madre y á Verónica para que se acostasen al momento, porque él no hubiera podido dormir: vió levantarse el alba sobre aquella pieza desordenada, el alba lúgubre de las noches de agonia; pegó su frente á los cristales de la ventana, mirando con desesperación el livido cielo.

Un ruido le obligó á volver la cabeza, creyendo que Paulina se levantaba, y era que Mateo, olvidado de todos, salía de debajo de la cama para aproximarse á la joven, cuya mano derecha caía fuera de las ropas, y lamió aquella mano con tanta dulzura, que Lázaro, muy conmovido, le cogió por el cuello diciendo:

—Ya ves, mi pobre animal, que tu amita está enferma..... Pero esto no será nada, no, y los tres juntos correremos aún por los campos.....

Paulina había abierto los ojos, y á pesar de la contracción dolorosa de su rostro, sonreía.

Entonces comenzó la existencia de angustias, las pesadillas que siempre danzan en la alcoba de un enfermo de gravedad.....

Y Lázaro la prestó, no obstante las instancias de su madre, todos los servicios de la enfermera más

cuidadosa, levantándola, volviéndola á echar en la cama, lo mismo que un hermano apenado que no veía en aquel cuerpo querido sino la fiebre en que se estremecía.

Tales cuidados eran como la prolongación de su infancia, que le recordaban la casta desnudez de sus primeros baños, cuando él trataba á Paulina como si fuese una chiqueta; y luego el mundo desaparecía por completo, nada existía para él sino la poción para la enferma, la mejoría anunciada y esperada en vano de hora en hora; y las noches seguían á los días, estando la existencia del mismo Lázaro cual suspendida y balanceándose encima del vacío, con el miedo en cada minuto de caer en el negro abismo.

Todas las mañanas el doctor Cazenove visitaba á Paulina, y algunas veces por la noche, después de comer; desde la segunda visita se decidió á prescribir una sangría copiosa, y la fiebre, que cedió primero, volvió á presentarse con más violencia; estaba preocupado, no comprendiendo tanta tenacidad en la dolencia.....

Y cuando Paulina se quejó de una tensión creciente en el cuello, el cual la parecía que iba á estallar, el médico dijo Lázaro:



—¡Sospecho un absceso!...

El joven le condujo á su cuarto, porque precisamente el día anterior había leído, registrando su antiguo *Manual de Patología*, las páginas referentes á los abscesos retro-faríngeos, que pueden causar la muerte por sofocación, comprimiendo la tráquea; y muy pálido, le preguntó:

—¿Entonces está perdida?

—Espero que no —respondió el médico.— Es preciso observar.

Pero él mismo no ocultaba su inquietud, confesando su inutilidad casi completa en el caso que se presentaba. ¿Cómo querer buscar el absceso en el fondo de aquella boca contraída? Lo mejor era abandonar su resolución á la naturaleza, y esto sería muy largo y muy doloroso.

—¡Yo no soy Dios!—gritaba cuando Lázaro le echaba al rostro la inutilidad de su ciencia.

La ternura que el doctor Cazenove sentía por Paulina demostrábala por un aumento de brusquedad; porque aquel anciano, seco y rígido como una vara de fresno, había sido tocado en el corazón; por espacio de treinta años corrió por el mundo, pasando de un buque á otro, haciendo servicios de hospitales en todas partes, combatiendo epidemias á bordo y

enfermedades monstruosas en los trópicos, la elefantiasis en Cayena, las mordeduras de serpiente en la India.... Y ahora aquella niña, con su pequeña *pupa* en la garganta, le trastornaba hasta el punto de no dejarle dormir.

Sus manos de hierro temblaban; su indiferencia ante la muerte se convertía en temor de un desenlace fatal; y por esto, queriendo ocultar su emoción, procuraba afectar desprecio por el sufrimiento.

¿No se nace para sufrir? ¿Por qué entonces conmoverse é irritarse?

Todas las mañanas Lázaro le decía:

—Intentad algo, Doctor, yo os lo suplico. ¡Esto es cruel! ¡No puede dormir un momento! Toda la noche la ha pasado en un grito.

—Pero ¡con mil diablos! ¿tengo la culpa?—respondía exasperado.— Yo no puedo cortarla el cuello para curarla.

Y el joven se incomodaba más y más.

—¿Luego la Medicina no sirve para nada?

—¡Para nada absolutamente cuando la máquina humana se destornilla! La quinina corta la fiebre, una purga limpia el intestino, la sangría favorece al apoplético.... Lo repito; hay, en el caso presente, que confiar en la naturaleza.



Tales eran los gritos que le arrancaba la cólera por no saber cómo obrar, y si perdía horas enteras sentado á la cabecera del lecho estudiando á la enferma, volvía á marcharse sin dejar una receta, con los brazos cruzados, no pudiendo hacer otra cosa que asistir al entero desarrollo de aquel absceso, el cual, por línea más ó menos, habría de ser la vida ó la muerte.

Lázaro pasó ocho días por trances terribles, esperando de minuto en minuto el fallo de la naturaleza, y á cada respiración penosa de la enferma creía que todo terminaba.

El absceso se materializaba para él en una imagen viva, enorme, obturando la tráquea: ¡un poco más de inflamación, y el aire no pasaría!

Muchas veces ella le tomaba la mano y la ponía sobre su garganta: había allí como un peso insufrible, una bola de plomo ardiente que golpeaba hasta ahogarla; la jaqueca no la abandonaba, y ella no sabía cómo reclinar su cabeza, torturada por el insomnio, y una noche, para colmo de miserias, se le declararon dolores atroces en los oídos.

En todas estas crisis la infeliz perdía el conocimiento, y parecía que se le quebrantaban los huesos de las mandíbulas; mas no confesaba á Lázaro

tantos martirios, manifestando al contrario mucho valor, porque comprendía que estaba él tan enfermo como ella misma, con la sangre abrasada por su fiebre y la garganta estrangulada por su absceso.

A menudo sonreía aun en las más vivas angustias, y lo peor era que ni siquiera podía deglutir la saliva sin lanzar un grito, porque la parte posterior de la garganta estaba atrozmente hinchada.

Si Lázaro, cediendo á las instancias de ella, se quedaba dormido algunos momentos, despertábase sobresaltado al oír los gritos, y anhelaba saber dónde la dolía más que antes; mientras la pobre enferma, con la faz dolorida y los ojos cerrados, luchando aún para engañarle, balbuceaba que no había sido nada, un cosquilleo en la garganta, y añadía:

—Duerme, duerme..... No te incomodes..... Yo voy también á dormir.

Las noches eran tan fatales, que el joven no veía ponerse el sol y condensarse las sombras sin terror supersticioso.

Una noche se reclinó en el mismo lecho de la enferma, cogiéndola una mano, como solía hacerlo con frecuencia, y la decía que él estaba allí, que él no la abandonaba; el Doctor habíase marchado á las diez muy furioso, diciéndole que no respondía de nada;



el joven había tenido el consuelo de creer que ella no estaba de gran peligro; Paulina misma parecía más tranquila, con el rostro siempre dulce y alegre, á pesar del sufrimiento, y sonriéndose cuando se hacían proyectos para los días de su convalecencia, porque Lázaro había dispuesto, para la primera salida, un paseo por la playa.

Luego, cuando ella aparentaba dormir, murmuró con voz distinta, al cabo de un cuarto de hora de silencio:

—¡Pobre amigo mío! creo que te casarás con otra mujer.

Él se quedó aturdido, sintiendo en la nuca un escalofrío glacial.

—¿Qué dices? ¿por qué eso?

Y ella, abriendo los ojos y mirándole con triste mirada de resignación dolorosa, replicó:

—¡Vaya! ¡bien sé lo que tengo!..... Y me alegro de saberlo, siquiera por abrazaros á todos.....

Lázaro se incomodó. ¡Eran una locura tales ideas! antes de una semana estaría de pie!.....

Pero él soltó la mano, fué á su cuarto con un pretexto, porque el llanto le ahogaba, y allí, en la obscuridad, se entregó á su dolor, tendiéndose á través del lecho en que no se acostaba.

Una certidumbre cruel, irreflexiva, le había estrujado de repente el corazón. ¡Paulina iba á morir! ¡tal vez no pasaría de la noche! ¡ella lo sabía! ¡ella vería llegar el momento supremo, la agonía, y él estaba á su lado, impotente!

Ya se imaginaba presenciar la postrera despedida; la escena se desenvolvía ante él con detalles lamentables, en las sombras de la cámara; aquello era el fin de todo..... Y tomó la almohada entre sus brazos convulsivos, y hundió en ella la cabeza para ahogar el gemido de su llanto.

Pero la noche pasó sin catástrofe, y pasaron también dos días más.

Ella no volvió á hacer alusión á la gravedad de su estado, y encontraba fuerzas para sonreír; él mismo llegó á fingir una tranquilidad perfecta, una esperanza de verla mejorar de un momento á otro.

Lázaro, una mañana, al despuntar el alba, asombróse de la serenidad que le dejaba la idea de la muerte, y procuró recordar fechas: desde el día en que Paulina cayó enferma, no había sentido una sola vez pasar por su cuerpo el horror frío del no ser; si temblaba por perder á su prometida, en aquel temblor no entraba para nada la idea de la destrucción de su *yo*; su corazón chorreaba sangre, y sin



embargo, en tal batalla librada contra la muerte, él igualaba á ella, y le daba fuerza y valor para mirarla cara á cara.

Hasta su pesimismo había zozobrado ante aquel lecho de agonía, y en vez de hundirle en el odio al mundo, su rebelión contra el dolor no era sino el ardiente deseo de la salud, amor desesperado á la vida. ¡Ya no hablaba de hacer saltar la tierra como vieja construcción inhabitable! La única imagen que le fascinaba era la de Paulina restablecida, llevándola al brazo, bajo un sol esplendente....

Precisamente el mismo día creyó Lázaro que la muerte venía: desde las ocho la enferma fué acometida de náuseas, y cada esfuerzo determinaba una crisis de sofocación que aterraba, con escalofríos, con estremecimientos de un temblor tan horrible, que se oía rechinar sus dientes.

Lázaro gritó por la ventana á un muchachuelo que corriese á Arromanches, aunque el Doctor debía llegar á las once, según su costumbre: la casa estaba sumida en triste silencio, cual si en ella reinase el vacío desde que Paulina no la llenaba con su actividad alegre, vibrante; Chanteau pasaba los días abajo, silencioso, mirando á sus piernas, con el temor de un acceso mientras no hubiera allí nadie para cuidarle;

la señora Chanteau obligaba á Luisa á salir, y las dos vivían fuera, siempre juntas, muy íntimas: sólo se oía el paso lento y pesado de Verónica, que subía y bajaba incesantemente, interrumpiendo el silencio de la escalera y de las desiertas salas.

Lázaro miraba á la enferma algo más tranquila, cuando la puerta, que estaba medio cerrada, rechinó ligeramente.

—¿Qué, Verónica?

No era Verónica, sino la señora Chanteau, que debía acompañar á Luisa á casa de unos amigos, cerca de Verchemont.

—El pilluelo Cuche ha echado á correr en seguida, y tiene buenas piernas—dijo ella.

Y luego, después de un rato de silencio, preguntó:

—¿Pero esto no va mejor?

Lázaro, con un gesto desesperado, sin decir una palabra, mostróla á Paulina inmóvil como una muerta, con el rostro bañado en sudor frío.

—Entonces no iremos á Verchemont—continuó ella.—¿Qué tenaces son estas enfermedades que no se comprenden! La pobre niña está sufriendo bastante....

Y se sentó, prosiguiendo el ensarte de sus frases con voz baja y monótona:



—¡Nosotras que queríamos ponernos en camino á las siete! Es una suerte que Luisa no se haya despertado todavía.... ¡Y todo parece que se junta esta mañana! El tendero de Arromanches ha traído la cuenta, y he tenido que pagarla; ahora está abajo el panadero.... ¡y cuarenta francos de pan en un mes! ¡Yo no sé dónde ocurre otro tanto!....

Lázaro no la escuchaba, dominado en absoluto por el temor de ver reaparecer la crisis; pero el eco monótono de aquel flujo de palabras le irritaba, y procuró alejar á su madre.

—Da á Verónica dos servilletas y que las suba....

—Naturalmente —interrumpió ella— es menester pagar al panadero.... y como me ha saludado al entrar, no se le puede decir que no estoy en casa. ¡Ah, ya estoy bien harta de la casa! Esto es muy pesado, y acabaré por dejarlo todo.... Si Paulina no estuviere enferma, nos anticiparía los veinte francos de su pensión, porque ya estamos á veinte del mes.... ¡Pero la querida niña parece tan débil!

Lázaro volvió la cabeza con brusco movimiento.

—¿Qué dices? ¿qué quieres?

—¿No sabes dónde ella tiene su dinero?

—No.

—Debe guardarlo en la cómoda.... Si quisieras mirar....

Rehusó él con desesperación, y sus manos temblaban.

—¡Te ruego, mamá!.... ¡Por piedad, déjame!

Estas frases eran cuchicheadas rápidamente en el fondo de la cámara, y silencio penoso reinaba cuando un quejido, ligero como un soplo, se levantó del lecho, así:

—Lázaro, toma la llave que está debajo de mi almohada, y da á mi tía lo que quiera.

Los dos se quedaron aturcidos: él protestó, no queriendo registrar la cómoda; pero tuvo que ceder para no atormentar á Paulina, y cuando entregó á su madre un billete de cien francos, y volvió á colocar la llave debajo de la almohada, halló á la enferma presa de un nuevo temblor, que la sacudía como á un árbol tierno el huracán, y dos gruesas lágrimas cayendo de sus pobres ojos cerrados, que rodaban por sus mejillas.

El doctor Cazenove no apareció hasta su hora habitual, y no había visto al pequeño Cuche, que probablemente estaría jugando en las zanjas; y después que escuchó la relación de Lázaro, y dirigió miradas profundas á Paulina, exclamó:



—¡Está salvada!

Aquellas náuseas, aquellos estremecimientos horribles, eran sencillamente indicios exactos de que el absceso se rompía: ya no había que temer ahogos, porque se resolvería por sí mismo.

Tan grande fué la alegría de Lázaro, que acompañó al Doctor hasta abajo, y como el ex-marinero Martín, que estaba al servicio del médico, con su pierna de palo, bebía un vaso de vino en la cocina, todos quisieron tomar las once y chocar las copas.

—Yo no he estado jamás inquieta—decía la señora Chanteau— porque adivinaba que esto no sería nada.

—Lo que no ha impedido que la querida niña haya estado en los últimos....—replicó Verónica.— ¡Verdad! Y aunque me hubieran regalado cien sueldos, no estaría yo tan contenta.

Entonces entró el cura Horteur, que iba en busca de noticias, y también aceptó una copa, para hacer lo que hacían los demás.

Hay que decir que todos los días hizo lo mismo, como buen vecino, y habiéndole manifestado Lázaro desde su primer visita que no le dejaba entrar en el cuarto de la enferma por no asustarla, el buen Cura respondió tranquilamente que todo lo comprendía,

y que se contentaba con decir sus misas por la intención de aquella pobre señorita.

Chanteau, que brindó con él, le elogió su tolerancia.

—¡Ya veis que se ha salvado sin *oremus!*

—Cada cual se salva como Dios le da á entender—declaró el Cura con sentencioso tono, apurando la copa.

En fin, la convalecencia de la enferma se inició con largos sueños: Paulina dormía días enteros, muy tranquila, con dulce aliento, sumida en postración reparadora, y la Minucha, que fué arrojada del cuarto en las horas crueles de la gravedad, aprovechábase de aquella tranquilidad para deslizarse en él, saltar con ligereza sobre la cama, y acostarse hecha un ovillo al lado de su ama; de igual manera que Mateo, admitido también en el cuarto, roncaba como un hombre, tendido á los pies del lecho.

Uno de los primeros caprichos de Paulina fué en el sábado siguiente hacer subir á sus amiguitos de la aldea, á los que pudo recibir sentada, aunque siempre muy débil, y Lázaro tuvo que registrar otra vez la cómoda para entregarle varias monedas de cinco francos.

También se interesaba por la presa y las estaca-



das, preguntando por ellas casi todos los días: la verdad era que los pilotes se habían aflojado grandemente; pero Lázaro la engañaba, diciendo que sólo aparecían hasta entonces dos ó tres planchas desclavadas.

Una mañana, habiéndose quedado sola, salió apresurada de las sábanas, anhelando ver la alta marea que azotaba la estacada y la presa; mas sus fuerzas la hicieron traición, y habría caído al suelo si Verónica no hubiese entrado á tiempo para recibirla en sus brazos.

Lázaro se obstinaba en velarla; pero rendido de fatiga, se dormía en el sillón: primero tuvo alegría inefable en viéndola apurar con delicia los caldos, porque en realidad la salud que volvía á aquel cuerpo joven era como una renovación de la existencia; luego, acostumbrado á verla mejorar de hora en hora, no se regocijaba por tal hecho desde el momento en que el dolor no reaparecía.

Una noche Lázaro dormía profundamente, cuando Paulina le oyó despertarse con suspiros de angustia, viéndole, á la débil luz de la lamparilla, con semblante de espanto, con los ojos agrandados por el horror, con las manos juntas en actitud de súplica, balbuceando palabras entrecortadas:

—¡Dios mío, Dios mío!

Ella se inclinó vivamente hacia él, preguntándole:

—¿Qué tienes, Lázaro? ¿sufres?

Aquella voz le hizo estremecer.

¿Luego se le veía?..... Quedóse como humillado, y no pudo llamar á la mentira en su auxilio.

—¡Pero si no tengo nada!..... Eras tú quien se quejaba hace un momento.

¡El miedo á la muerte reaparecía! Un miedo sin causa, y cuyo helado soplo le despertaba con fatal escalofrío.

¡Dios mío! ¿con que no hay más remedio que morir algún día?

—Y esta idea le llenaba el cerebro, le sofocaba la respiración, y Paulina, que había reclinado su cabeza sobre la almohada, mirábale con pía compasión maternal.







V.  
Todas las noches en el comedor, desde que Verónica levantaba los manteles, renacía igual conversación entre la señora Chanteau y Luisa, mientras Chanteau, absorto en la lectura de un periódico, contentábase con responder de cualquier modo á las raras preguntas de su mujer.

Durante los quince días que Lázaro creyó que Paulina estaba en grave peligro ni siquiera había bajado al comedor, y aun ahora, si bien se sentaba á la mesa, subíase con los postres en la mano cerca de la convaleciente.

Aprovechábase entonces la señora Chanteau para volver á comenzar su diaria letanía de quejas.

Primero se mostraba compasiva.

—¡Pobre muchacho!—decía.—Se está matando, y no es lícito arriesgar su salud de esa manera. ¡Hace tres semanas que no duerme! ¡Hoy está más pálido que ayer!

En seguida se manifestaba apesadumbrada por Paulina, porque la pobre niña había sufrido mucho, y se interrumpía para preguntar á su marido:

—¿Ha cuidado Verónica de tener preparada el agua de malvas para tí?

—Sí, mujer, sí—respondía él, sin apartar de su periódico la mirada.

Entonces bajaba la voz para dirigirse á Luisa.

—Es una desgracia que esta infeliz Paulina no nos haya traído la dicha.... ¡Y decir que muchas gentes la consideran como á nuestro ángel bueno! ¡Ah! Ya sé los rumores que propalan las comadres... en Caen, ¿no es verdad, Luisita? Pues se cuenta que ella nos ha enriquecido.... ¡Sí, enriquecido! Tú puedes ser franca, y ya ves que me burlo de las malas lenguas.

—¡Dios mío! Se habla de vos como de todo el mundo—murmuró Luisa.—En el mes último he de-



jado plantada á la mujer de un notario, que hablaba de ello sin conocer siquiera la primera palabra.... ¿Quién ha de impedir la murmuración de los desocupados?

Desde aquel momento, la señora Chanteau no tuvo duda alguna; sí, ¡ellos eran víctimas de su buen corazón! ¿Pero tenían necesidad de algún apoyo para vivir, antes de la llegada de Paulina? ¿Dónde estaría la muchacha, en cuál rincón asqueroso de las calles de París, si ellos no hubiesen consentido en recibirla?

Y además, con su dinero no habían tenido más que sufrimientos; ¡un dinero que traía la ruina de la casa!

Porque los hechos hablaban muy alto: sin aquel dinero, Lázaro no hubiese acometido la estúpida empresa de explotar las algas, ni perdido el tiempo en impedir que el mar se tragase á Bonneville....

¡Tanto peor para Paulina si ella había perdido en ambas cosas su dinero!.... ¡También Lázaro había dejado allí su salud y su porvenir!

Pero la señora Chanteau execraba ahora á Paulina por todo el dinero que debía á la muchacha.

—¿Qué he de decir de una testaruda de esa especie?— proseguía.— Que en el fondo es horriblemente

avara, y al mismo tiempo derrochadora sin igual: tirará al mar doce mil francos en favor de los pescadores de Bonneville, que se burlan de ella, y dará alimentos y limosnas á los muchachos andrajosos del país, es cierto; pero yo tiemblo ¡palabra de honor! cuando me hallo en el caso de pedirla veinte francos.... ¡Arregla eso!.... ¡Tiene corazón de roca, y aparenta que todo su dinero lo da al prójimo!

Verónica, que entraba á colocar la vajilla en el aparador, ó bien á llevar el té, escuchaba y se permitía intervenir de este modo:

—¿Que la señorita Paulina tiene corazón de roca? ¡Oh! ¿pero la señora puede decir eso?

Y entonces la señora, con una mirada severa, la imponía silencio, y al punto, de codos en la mesa, empezaba á echar cálculos complicados como si hablase con ella misma.

—Gracias á Dios, yo no tengo que guardar su dinero.... pero estoy con viva curiosidad de saber lo que le queda. ¡Ni siquiera setenta mil francos! ¡lo juraría!.... Echemos cuentas: tres mil para los ensayos de las estacadas, y doscientos al mes en limosnas, y noventa por su pensión.... ¡eso se derrite! ¡eso se acaba! ¿Quieres apostar, Luisita, á que se arruina? Si, no tengas duda: ¡bien pronto la verás sin un



céntimo! ¿Y quién la querrá entonces? ¿qué hará para vivir?

Verónica exclamó de pronto, sin poder contenerse:

—Espero que la señora no la pondrá en la calle.

—¿Eh? ¿qué dices? ¿qué cantar es ese?— replicaba furiosamente la señora Chanteau.—Aquí no tratamos de poner á nadie en la calle, y nunca he puesto á nadie, ¿entiendes?..... Lo que digo es que cuando se hereda una fortuna es muy estúpido derrocharla y ser gravosa á los demás. ¡Vaya, echa á andar hacia la cocina, muchacha!

Y la muchacha se fué á la cocina, mascullando protestas en voz ronca.

Hubo silencio mientras Luisa sirvió el té, y solo se oía el crujido del periódico en que Chanteau leía hasta los anuncios, aunque el pobre hombre se permitía en ocasiones dirigir algunas frases á Luisa.

—Vamos, añade un terroncito de azúcar.... ¿Has recibido carta de tu padre?

—¡Ah, sí! ¡nunca!—respondía ella riendo.—Pero ya sabéis, si os estorbo puedo marchar inmediatamente.... Demasiado veo que estáis agobiados con Paulina enferma, pero ¡si no me habéis dejado marchar cuando yo quería!

—No se trata de eso, niña.... Tú eres demasiado amable para no hacernos compañía, hasta que esa pobre niña pueda bajar por aquí....

—¡Me refugio en Arromanches esperando á mi padre!—continuó ella, como si nada hubiese oído.—Precisamente mi tía Leonia ha alquilado un *chalet*, y hay allí mucha sociedad, y una playa en la que una se puede bañar á gusto.... ¡pero es tan fastidiosa mi tía Leonia!

Chanteau acababa por reír, sin atreverse á declarar ante su mujer que todo su corazón era para Paulina, quien le cuidaba cariñosamente; y refugióse en su periódico desde que la señora Chanteau, sumida en reflexiones, salía de ellas súbitamente, como de un sueño, exclamando:

—Además, hay otra cosa que no la perdono, y es que me haya quitado mi hijo. ¡Ni siquiera está á la mesa con nosotros un cuarto de hora!

—Naturalmente—hacia observar Luisa,—es menester que alguien cuide de la enferma.

Y la madre meneaba la cabeza, fruncía los labios y las palabras que no quería pronunciar salían de ellos en seguida.

—¡Positivamente! ¿pero no es muy feo que un muchacho soltero esté constantemente con una mucha-



cha enferma? ¡Ah! ¡yo no me muerdo la lengua! Ya he dicho lo que pienso, y tanto peor si luego ocurren disgustos....

Y al observar las miradas recelosas de Luisa, añadía:

— Porque no es bueno respirar á todas horas el aire de aquel cuarto. ... Ella podrá transmitirle por contagio su mal de garganta, porque esas jóvenes, que parecen robustas, suelen tener viciada la sangre.... ¿Quieres que lo diga de una vez? pues lo diré: yo no creo que este sana....

Luisa continuó defendiendo dulcemente á su amiga. ¡Era Paulina tan gentil! Y esta frase constituía el único argumento con que respondía á las acusaciones de mal corazón y mala salud....

Y todas las noches la conversación llegaba, después de haber pasado por tal granizada de habladurías, á este principio de frase, lentamente pronunciado por la señora Chanteau:

— No, Luisita; la mujer que conviene á mi hijo....

Y partiendo de ahí, declaraba que exigía una perfecta nuera, sin apartar de la muchacha su mirada, procurando hacerla comprender lo que no se atrevía á decir claramente.

Todo el retrato de Luisa aparecía bosquejado: una

persona bien educada, concedora ya del mundo, más graciosa que bella, verdadera mujer, porque ella detestaba á las muchachas que se asemejaban á los hombres en sus brutales arranques bajo el pretexto de franqueza.

Y luego, al hablar del dinero, desfloraba la cuestión con una palabra: ella para nada contaba con el dote; y como su hijo tenía grandes proyectos, no era justo comprometerlo en un casamiento ruinoso.

— ¿Entiendes, niña? Si Paulina no tuviera un céntimo, si hubiese caído en esta casa sin camisa que mudarse.... tal vez el casamiento sería un hecho cumplido hace algunos años. ¿Pero no quieres que tiemble al observar ahora cómo el dinero se derrite en sus manos? Ella irá lejos, ¿verdad? con sus setenta mil francos.... No, hija, no; mi Lázaro vale más que eso, y no le daré jamás á una loca que escatime el alimento y se arruine con tonterías.

— ¡Oh! El dinero no se cuenta — decía Luisa bajando los ojos — y sin embargo, es necesario.

Sin que se hablase claramente de su dote, parecía que los doscientos mil francos estaban allí sobre la mesa, iluminados por el fulgor mortecino de la lámpara: por verlos, por sentirlos allí mismo estaba febril la señora Chanteau, y apartaba con desdenoso



gesto los pobres setenta mil francos de la otra, soñando conquistar á la que tenía intacta una fortuna.

Y si la muchacha amase á su hijo, ¿por qué no casarlos inmediatamente?

El padre consentiría sin duda alguna, sobre todo en caso de mutuo cariño; y ella, la señora Chanteau, soplaba sin cesar para inspirar ese cariño.

—¡Es tan bueno mi Lázaro! ¡Nadie lo conoce bien! Tú misma, Luisita, no sabes lo afectuoso que es su corazón.... ¡Ah! ¿quién habría de compadecerse de su mujer? ¡Bien segura podría estar de ser amada!.... Y siempre tan arrogante.... Como mi abuelo, el caballero de la Vignière, que tenía el cutis tan fino y tan blanco que se descotaba como una dama en los bailes de máscaras de su tiempo....

Luisa se ruborizaba y reía con esos detalles.

La corte que la madre le hacía por el hijo, aquellas confidencias de honesta medianera la habrían ocupado toda la noche, si Chanteau no hubiese concluido por cabecear sobre su periódico.

—Pero qué—murmuraba el goso balbuceando—¿no nos acostamos hoy?

Y en seguida, aparentando que no estaba en la conversación del momento, añadía:

—No es mala, no.... y yo estaré contento el día en que pueda bajar á comer á mi lado.

—Todos estaremos contentos—gritaba la señora Chanteau con acritud.—Se habla, se dice lo que se piensa; pero esto no impide que la amemos....

—¡Pobre querida mía!—declaraba Luisa.—Yo sufriría con gusto la mitad de su mal, si esto fuera posible.... ¡Es tan gentil, tan cariñosa!

Verónica, que entonces entraba con las palmatorias, la interrumpió así:

—Hacéis bien, señorita Luisa, en ser amiga suya.... porque sería menester tener una piedra en vez de corazón para maquinara algo malo contra ella.

—¿Eh? bueno, bueno.... ¿quién te pide parecer aquí?—replicaba la señora Chanteau.—¡Más valiera que limpiases mejor las palmatorias! Mira ésta qué sucia, ¿la ves?

Todos se levantaron, y Chanteau se encerró cuanto antes en su cuarto, huyendo de explicaciones tempestuosas.

Pero cuando las dos mujeres llegaban al primer piso, donde estaban sus dormitorios, uno enfrente del otro, la señora Chanteau invitaba á Luisa casi todas las noches para que entrase *un instante* en su cuarto, y allí volvía á hablar de Lázaro, mostraba



los retratos del joven y hasta los menores recuerdos de su infancia: un diente que se le había sacado en la niñez, un rizo de cabellos, un vestidito antiguo, el lazo blanco de su primera comunión.

—Toma! aquí tienes cabellos suyos — la dijo una noche; — pero no me dejes sin ellos, porque los tengo completos de todas las edades.

Y cuando Luisa, por último, lograba meterse en el lecho, apenas cerraba los ojos por obsesión de aquel hombre cuya madre le empujaba continuamente hacia sus brazos; agitábase por el insomnio, viéndole destacarse en las tinieblas con su tez blanca; prestaba algunas veces atención para oír si él pasaba en el piso de arriba, y la idea de que estaría velando á la convaleciente aumentaba su fiebre, hasta el punto de que le obligaba á rechazar las sábanas y quedaba dormida con la garganta desnuda.

Paulina, aunque fuera de peligro, estaba tan débil, tan extenuada por los accesos de fiebre, que el médico la observaba con asombro, porque los médicos (según le decía Lázaro) se asombran siempre.

Él estaba más nervioso é irritable en cada día.

Ya no luchaba contra la muerte, y sufría en aquel cuarto sin aire, por las cucharadas de medicina que

debía dar en hora fija, por todas las miserias que acompañan á las enfermedades....

¿Ella podía pasar sin él? pues con esta idea volvió á caer en el disgusto de su existencia inútil, y dejaba desfallecidas sus manos, cambiaba de sitio en cada instante, paseábase por el cuarto, dirigiendo miradas de desesperación á las cuatro paredes, parábase delante de la ventana sin ver ni mirar á nada.

— Lázaro — le dijo Paulina un día — ¿por qué no sales? Verónica bastaría aquí....

Él rehusó violentamente; ¿pero no le podía sufrir más tiempo, cuando le despedía? ¡Bueno fuera abandonarla antes de verla otra vez en pie!

Tranquilizóse, y ella le dijo con dulzura:

— No me abandonarás porque salgas un rato á tomar el aire.... Sal por la tarde.... ¡Pues estaríamos divertidos si tú cayeses enfermo!

Y cometió la torpeza de añadir:

— ¡Te veo bostezar todo el día!

— ¿Yo? ¿que yo bostezo? — gritó él. — ¡Pues no falta más sino que digas que no tengo corazón! En verdad que me recompensas lindamente....

Paulina fué más hábil en el día inmediato: aparentó vivo deseo de que se prosiguiese la obra de las presas y las empalizadas, porque las grandes mare-



judas de invierno estaban próximas, y los primeros trabajos hechos serían barridos por las olas si no se completaba el sistema de defensa.

Pero Lázaro no tenía ya tanto entusiasmo por la presa y los malecones: mostrábase descontento con la ensambladura ensayada, siendo necesarios nuevos y meditados estudios; y por otra parte, después de mucha discusión, el Consejo general del departamento no había votado siquiera un sueldo de subvención.

Mas en breve se despertó su amor propio de inventor.

¿Había de consentir en ser derrotado por el mar, en presencia de todo el país, que se burlaba ya de él y de su invento?

Cuanto al dinero necesario no había que hablar, porque sería reintegrado en absoluto, si ella lo anticipaba, como estaba convenido.

Poco á poco Lázaro se apasionó de nuevo: rehizo sus planes, llamó al carpintero de Arromanches, con quien celebró largas conferencias en su cuarto, dejando entornada la puerta para acudir al primer llamamiento de la enferma.

—Ahora— declaró una mañana, abrazando á Paulina—el mar no nos romperá una pajueta..... ¡tan

seguro estoy de mi negocio! Cuando puedas andar, iremos á ver el estado de las obras.

Justamente Luisa había subido á ver á Paulina, y cuando la besaba, ésta dijo á su amiga al oído:

—¡Llévale!

Lázaro rehusó, porque esperaba al Doctor; pero Luisa reía, diciéndole que era demasiado galante para dejarla ir sola á casa de los Gonin, donde quería escoger unas langostas para enviarlas á Caen, y de paso podrian echar una ojeada á la presa.

—Véte, Lázaro, y me complazarás—dijo Paulina, y añadió:—Cógete á su brazo, Luisa..... ¡Así! ¡no le sueltes!

Ella se reía, y los otros dos se empujaban chancéandose; mas cuando éstos salieron, Paulina se inclinó hacia el borde del lecho para escuchar sus pasos y sus risas, que se perdían en la escalera.

Un cuarto de hora más tarde se presentó el Doctor, con Verónica, y ésta se instaló desde entonces á la cabecera del lecho de Paulina, sin abandonar sus cacerolas, subiendo y bajando cada cinco minutos.

Lázaro regresó por la noche, y salió de nuevo al día siguiente, y en los días sucesivos.... y seducido por la vida exterior, abreviaba sus visitas al cuarto



de la enferma, no permaneciendo en él sino el tiempo necesario para adquirir noticias.

Mas Paulina misma le despedía, si él manifestaba deseos de sentarse, y cuando volvía con Luisa, aquella les invitaba á describir su paseo, y gozaba al parecer con su animación, con su alegría, con el aspecto que había dado á sus cabellos el soplo de la brisa marina.

Ambos parecían tan buenos camaradas, que ella no tenía la más ligera sospecha, y desde que llegaba la buena Verónica, poción en mano, les decía alegremente:

—¡Idos, idos, que me estorbáis!

Algunas veces también llamaba á Luisa para recomendarla á Lázaro, como si éste fuese un niño.

—Procura que no se fastidie, porque tiene verdadera necesidad de distracción..... Y dad un buen paseo y una buena carrera, que no quiero volver á veros hoy....

Pero cuando estaba sola, sus miradas fijas les seguían en lontananza.....

Pasaba los días en leer, esperando la vuelta de sus perdidas fuerzas, y tan abatida todavía que dos ó tres horas en un sillón la aniquilaban.

A menudo dejaba caer el libro en sus rodillas, y

pensaba en seguir con la vaguedad de un ensueño á su primo y á su amiga: ¿habrán llegado ya á la playa? ¿estarán cerca de las grutas? ¿pisarán la fresca arena en la hora de la marea?

Y creía, sin embargo, que tales visiones sólo podía atribuir las al pesar de no haberlos acompañado....

La lectura, además, la enojaba; aquellas novelas, aquellas historias de amor con traiciones poetizadas, sublevaban siempre su rectitud..... ¿Pero era posible que se engañase al propio corazón? ¿era posible que se dejase de amar, después de haber amado mucho algún día?

Y ella rechazaba el libro..... y con vagas miradas creía ver allá abajo, en las afueras del pueblo, á su primo y á su amiga, apretados el uno contra el otro, enchieheando con alegres risas.

—Vuestra poción, señorita — decía bruscamente Verónica, lanzando su fuerte voz que la despertaba sobresaltada.

Al cabo de una semana, Lázaro no entraba en aquella estancia sin llamar en la puerta, y una mañana, aperciendo á Paulina que estaba sentada en el lecho, peinándose, con los brazos desnudos, exclamó:



—¡Oh, perdón!

Y vivamente se retiró hacia atrás.

—¿Pues qué pasa? —preguntó ella;—¿te doy miedo?

Entonces se decidió á entrar, pero volviendo la cabeza, por temor de molestarla mientras Paulina se recogía la cabellera.

—Toma, dame un camisolín —añadió tranquilamente la muchacha.— Ahí, en la cómoda, primer cajón.... Como ya estoy mejor, vuelvo á ser coqueta, ¿entiendes?

Pero él se turbaba, no encontrando sino camisas; y cuando por fin tropezaron sus manos trémulas con un camisolín, arrojósele, y esperó delante de la ventana á que Paulina se le hubiese abotonado hasta la barba.

Quince días antes, cuando la niña estaba en la agonía, el mismo hombre la levantaba en sus brazos como á un niño, sin ver siquiera su desnudez; pero al presente hasta le hacía daño el desorden que reinaba en el cuarto.

Y ella, fastidiada también por aquel pudor de su primo, llegó bien pronto á no demandarle servicios íntimos que antes la prestaba de buen grado.

—¡Verónica, cierra la puerta! —gritó una mañana

al sentir que el joven andaba por el pasillo.—Arregla todo eso, y dame pronto un pañuelo para cubrirme la garganta.....

Poco á poco fué mejorando, y su mayor placer cuando pudo tenerse de pie y apoyar sus codos en la ventana, consistía en seguir desde lejos la construcción de la presa; oíanse claramente los martillazos y veíase á una cuadrilla de siete ú ocho hombres, que parecían grandes hormigas agitándose por encima de los peñascos de la playa.

Entre dos marejadas, atropellábanse por el trabajo; mas luego tenían que retroceder, empujados por la ola que subía.

Mas Paulina se interesaba especialmente por el traje blanco de Lázaro y el vestido color de rosa de Luisa, que brillaban con el sol; seguialos atenta, hubiera podido referirles después el empleo del día, hasta con sus menores gestos, ahora que los trabajos recibían impulso vigoroso y ellos no podían apartarse de allí para ir á las grutas, detrás de los acantilados.

Teníalos allí, allí mismo, á un kilómetro de distancia, bajo el cielo inmenso, y en la alegría de su convalecencia entraba por mucho, sin que ella misma lo sospechara, el celoso deleite de estar con ellos de aquel modo.



—¡Bah! ¿eso os distrae, ver trabajar á esos hombres?—decía Verónica mientras limpiaba el cuarto.— ¡Mejor es que leer y leer! A mí los libros me romperían la cabeza..... Y cuando hay necesidad de reha-cer la sangre, ya veis, nada mejor que abrir el pico al sol, como los pavitontos, para beber en él la vida....

No era charlatana por costumbre, sino muy soca-rrona; pero con Paulina hablaba por los codos, cre-yendo hacerla un bien.

—¡Malhaya con ese trabajo! Pero, en fin, si le agrada al señor Lázaro.... Porque está orgulloso con su presa, y se obstina en enterrar en ella su fas-tidio.... Hace bien, pues si deja un minuto á esos borrachos obreros, serían capaces de plantar los pi-lotes al través....

Y después de dar unas escobadas bajo la cama de Paulina, continuó:

—Cuanto á la Duquesa....

Paulina, que escuchaba algo distraída, extranóse de oír tal palabra.

—¡Cómo! ¿La Duquesa?

—¡Pues la señorita Luisa! ¿quién no dice que ha salido del muslo de Júpiter? ¡Si vieséis los frascos y botes de vinagrillos y pomadas que tiene en su

cuarto! Desde que allí se entra, todo ello se agarra á la garganta con sus perfumes..... ¡Pero no es más linda que vos!

—¡Oh! yo no soy sino una pobre muchacha—res-pondió la joven sonriendo—y Luisa es muy gra-ciosa.

—¡Puede ser! ¡Pero si no tiene carnes! ¡Bien veo cuando se desnuda y lava! Si yo fuese hombre, no vacilaría un momento....

Y como arrebatada por su convicción, se puso de codos en la ventana al lado de Paulina, y continuó:

—¡Miradla en la arena! ¡Cualquiera diría que es un verdadero cangrejo! Cierto que está lejos, y desde aquí no puede parecer tan alta y gorda como una torre; pero, en fin, es preciso parecer alguna cosa.... ¡Ah! ¡mirad al Sr. Lázaro cómo la levanta para que no se moje las botinas! ¡No, por Dios, no lleva mucha carne en sus brazos!.... Verdad es que hay hombres capaces de amar esqueletos....

Verónica se interrumpía, sintiendo un estremeci-miento de Paulina.

Pero en seguida volvía al mismo asunto, aguijo-nejada por la comezón de decir más todavía: todo lo que ella escuchaba, todo lo que observaba en la casa, quedábasela atravesado en la garganta, y la



ahogaba.... ¡Las conversaciones de sobremesa, en las que Paulina era devorada; las risas furtivas de Lázaro y Luisa; toda la casa ingrata y resbalando hacia la traición!

Si ella hubiera subido repentinamente, cuando una injusticia demasiado agresiva hería á su buen sentido, habríasele contado todo á la convaleciente; mas el temor de perjudicar á ésta refrenaba sus ímpetus, la hacía patear en la cocina y descargar brutales golpes en las marmitas, jurando que aquello no podía seguir así, y que ella tendría que estar alguna vez.

Luego, cuando subía al cuarto de la señorita y se la escapaba alguna frase alusiva, procuraba recogerla y explicarla con torpeza que daba lástima y conmovía.

—A Dios gracias, el señor Lázaro no ama los esqueletos. ¡Bah! Ha estado en París, y tiene buen gusto.... ¡Ved cómo acaba de echarla por tierra cual si arrojase una cerilla!

Y Verónica, temiendo soltar otras palabras inútiles, tomaba el plumero para acabar la limpieza; mientras Paulina, absorta en muda contemplación, seguía en el horizonte, hasta la noche, el vestido rosa de Luisa y el traje blanco de Lázaro, que se

destacaban entre las manchas negruzcas de los obreros.

Cuando la convalecencia terminaba, Chanteau fué acometido por violento acceso de gota, y Paulina se decidió á bajar, no obstante su debilidad.

La primera vez que salió de su cuarto fué para sentarse á la cabecera del lecho de su enfermo; así es que la señora Chanteau decía con cierto rencor que la casa era un verdadero hospital.

El pobre hombre hacía algún tiempo que no dejaba la *chaise-longue*, y por consecuencia de repetidas crisis, el mal subía de los pies á las rodillas, á los brazos, á las manos; la perla blanca de la oreja había caído, y otras mayores aparecieron en seguida: todas sus articulaciones se hinchaban, y la materia tofácea surgía bajo la piel en puntas blanquecinas semejantes á los ojos de un cangrejo.

Aquello era la gota crónica é incurable, la gota de la anquilosis, deforme y horrible.

—¡Dios mío, cuánto sufro!—repetía Chanteau.—  
Mi pierna izquierda está rígida como un palo, y no puedo mover el pie ni la rodilla.... Mi brazo está abrasando.... ¡Miralo!

Paulina le miró, y halló en el codo izquierdo un tumor inflamado, por lo cual el gotoso se quejaba



especialmente de aquella articulación, donde sentía un dolor insoportable.

No quitaba de los ojos su mano, una mano que daba lástima, con sus falanges crizadas de nudillos, con el dedo pulgar desviado y como magullado por un martillazo.

—¡No puedo estar así! ¡ayúdame! ¡había encontrado una postura tan cómoda!... Si parece que me arañan los huesos con una sierra.... ¡Procura levantarme un poco!

Veinte veces en una hora tenía que cambiar de postura, y le agitaba ansiedad creciente cuando creía que iba a tener algún alivio.

Pero Paulina estaba poco fuerte aún, y no podía ella sola moverle.

—Verónica, cógelo suavemente conmigo.

—¡No, no!—gritaba él.—Verónica, no, porque me mueve demasiado.

Entonces Paulina tuvo que hacer un esfuerzo, bajo el cual sus hombros crujieron, y por ligeramente que movió al enfermo, éste lanzó un grito horroroso....

Verónica juraba que era necesario ser una santa como la señorita para no disgustarse de aquellos servicios de caridad, porque hasta Dios mismo huiría de tal hombre al oírle gritar así.

Las crisis, aunque menos agudas, no cesaban, llegando a ocasionarle una tortura sin nombre por efecto de la inmovilidad: no era sólo que un perro le atarazaba los pies, sino que todo el cuerpo le sentía magullado como por la presión de una piedra de molino: y no encontrando alivio en tal situación, ella no podía permanecer allí, sometida a los caprichos del gotoso, injusto y brutal con el sufrimiento, que la trataba a veces como a torpe criada, hablándola con furia.

—¡Calla, calla! ¡Eres tan bestia como Verónica! ¡Tienes manos de gendarme! ¡Déjame en paz! ¡No quiero que me toques!

Paulina, sin contestarle, con una resignación ejemplar, redoblaba su dulzura, y cuando veía que estaba muy irritado, ocultábase unos momentos detrás de las cortinas del lecho, para que se tranquilizase no viéndola.

Otras veces la pobre niña lloraba en silencio, no por las brutalidades del gotoso, sino por el abominable martirio que le hacía ser injusto, y oíalo hablar a media voz, sin interrumpir sus quejas.

—¡Se ha marchado! ¡no tiene corazón! ¡Ah! ¡Ya puedo morir, que no tendré a mi lado sino la Minucha para que me cierre los ojos! ¿Pero es posible



¡Dios mío! que se abandone de este modo á un cristiano? ¡Apuesto á que está en la cocina para beber una taza de caldo!

Después, gruñendo siempre con fuerza, se decidió á llamarla:

—¡Paulina, Paulina! ¿Estás ahí? Ven á ver si me alivias un poco, porque no puedo permanecer así.... A ver, vuélveme sobre el lado izquierdo, ¿quieres?

En ocasiones le animaban sentimientos de ternura, pidiéndola perdón por haber sido tan rudo con ella; hacía entrar á Mateo para estar menos solo, imaginándose que la presencia del perro era favorable á su mal; Minucha también le prestaba fiel compañía, porque ella adoraba los cuartos cerrados de los enfermos, y pasaba días enteros en un sillón, cerca del lecho.

Cada vez que Paulina acompañaba al doctor Cazenove, le suplicaba:

—¿No podríais hacerle una pequeña inyección de morfina? ¡Tengo despedazado el corazón por oírle!

El Doctor rehusaba. ¿Para qué la morfina? Pronto volvería el acceso, y con más violencia; y como el salicicato había agravado la enfermedad, no quería ensayar otra droga.

Sin embargo, hablaba del régimen lácteo para

cuando pasase el período agudo de la crisis, y hasta entonces, dieta absoluta y bebidas diuréticas.

—La verdad es—decía el médico—que este hombre es un glotón que paga bien caros los buenos bocados. ¡Ha comido muchas aves, porque se le ven las plumas! Tanto peor para él, porque ya le había prevenido.... Pero sería menos justo; hija mía, que vos recayeseis en el lecho. Sed prudente, ¿entendéis? porque vuestra salud exige todavía muchos cuidados.

Pero ella no se cuidaba: daba todas sus horas al enfermo, y la noción del tiempo, de la vida misma se la escapaba en los tristes días que pasaba de aquel modo, zumbando sin cesar en sus oídos las quejas y los gritos que hacían estremecer en el cuarto cerrado.

Y esta obsesión era tan grande, que Paulina se olvidaba de Lázaro y de Luisa, y apenas cambiaba con ellos algunas palabras, no encontrándoles sino en los raros momentos que ella estaba en el comedor.

Mas los trabajos de la presa habían sido terminados; y violentas lluvias impidieron á los jóvenes salir de casa por espacio de algunos días.

La señora Chanteau nunca pareció más ocupada que entonces: aprovechábase, decía, del trastorno



que reinaba en la familia durante la crisis de su marido, para revisar papeles, formar sus cuentas y poner en regla su correspondencia, encerrándose por la tarde en su cuarto, y dejando sola á Luisa, quien se apresuraba á subir á la estancia de Lázaro, porque tenía horror á la soledad....

Y hecha esta costumbre, los dos quedaban juntos y solos en la gran cámara del segundo piso, aquella cámara que había servido á Paulina, durante largos días, de sala de estudio y de recreo.

El angosto lecho del joven estaba medio oculto detrás del biombo; el piano tenía un dedo de polvo la ancha mesa desaparecía casi bajo montones de papeles, libros, folletos, y en medio de ella, entre dos paquetes de algas secas, se alzaba un modelo de la famosa presa, tan grande como infantil juguete, tallado en abeto con una navaja, que traía á la memoria la obra maestra del abuelo, aquel puente de madera que adornaba la chimenea del comedor, bajo cristalino fanal.

Lázaro se mostraba nervioso é irritable hacía algún tiempo: su cuadrilla de obreros le había exasperado, y acababa de despedirla, dejando abandonados los trabajos, y sin tener la satisfacción de ver planteado su proyecto.

Ocupábase ahora en otros proyectos para el porvenir, confusos todavía, obras en Caen destinadas á ponerlo en muy alta evidencia; pero no llevaba á cabo ninguna gestión seria, y caía en una ociosidad que agriaba su carácter, menos fuerte y menos valeroso de día en día; y este malestar se agravó con la recia sacudida que le imprimiera la enfermedad de Paulina, teniendo siempre singular excitación física, á la manera del que siente imperiosa necesidad de tomar revancha contra el dolor.

La presencia de Luisa irritaba más su fiebre, y sus mimos adúladores, su perfume de mujer coqueta, su mismo abandono amistoso y displicente, acabaron por marearle: llegó á ser presa de concupiscentes deseos, combatidos por eserúpulos....

Con una amiga de la infancia, y en casa de su madre, ¡imposible!.... y cuando la estrechaba en sus brazos, y ráfagas de ardientes soplos le hacían subir á la cabeza una oleada de sangre, la idea de la honradez le aflojaba bruscamente los brazos.

Y en aquella lucha no le detenía jamás la idea de Paulina. ¡Ella no hubiera sabido nada! ¡Un marido engaña á su mujer tantas veces!

Por la noche, imaginando historias fantásticas, después de despedir á Verónica no pudiéndola sufrir,



considerando á Luisa como una criadita en su casa, iba descalzo á buscarla.....

¡Que mal arreglada está la vida! Así exageraba él, de la mañana á la noche, su pesimismo sobre las mujeres y el amor: todo el cual procedía de las mujeres, que eran malas, ligeras, eternizando el dolor por el deseo; y cuanto al amor, era un engaño irritante, un impulso egoísta de las generaciones futuras que anhelaban salir á la vida.

Schopenhauer entero pasaba por su imaginación, con brutalidades que asustaban mucho á su amiga, y se ruborizaba al oirlas; y poco á poco la amaba más, una verdadera pasión se desprendía de aquellos desdenes furiosos, y se lanzaba al fuego de su nueva ternura con su ardor primero, siempre en busca de una felicidad que se le escapaba.

Luisa no sostuvo durante mucho tiempo sino un juego natural de coquetería, porque adoraba las atenciones minuciosas, las alabanzas aduladoras dichas al oído, el rumor amable de los hombres; sus sentidos de virgen dormían, y ella quedaba con las privaciones permitidas de una corte galante en cada minuto.

Cuando Lázaro la dejaba un instante para escribir una carta, ó bien para ensimismarse en una de sus

melancolias súbitas, sin motivo aparente, ella se consideraba como objeto de desdicha, y se burlaba de él, le provocaba, prefiriendo el peligro al olvido.

Más tarde, sin embargo, tuvo miedo, cuando el aliento del joven pasó como una llama sobre su nuca delicada; ella estaba muy instruída con sus largos años de pensionista en un colegio, para no ignorar nada de lo que la amenazaba; vivió desde entonces aguardando con delicia una ocasión, y á la vez asustada con el presentimiento de una desgracia posible; y no era que le descase, ni que razonara claramente, sino que contaba con huir del peligro en el momento preciso, aunque se exponía á él incesantemente.

Arriba, en la gran sala del segundo piso, Lázaro y Luisa quedaban solos, el uno para el otro; la familia cómplice parecía que anhelaba perderlos, él desocupado, enfermó en tal soledad, y ella conturbada por los detalles íntimos, los informes apasionados que la señora Chanteau daba continuamente de su hijo.

Refugiábanse allí con el pretexto de oír menos los gritos del padre, que se retorció de dolor en el cuarto bajo, y allí pasaban los días sin abrir un libro, sin tocar el piano una vez, ocupados únicamente en ellos



mismos, aturdiéndose más y más en conversaciones íntimas é interminables.

El día en que el acceso de Chanteau llegaba á su paroxismo, la casa entera retemblaba con los gritos del gotoso, con sus lamentaciones prolongadas, desgarradoras, parecidas á los alaridos de una fiera que se degüella; y después del almuerzo, devorado rápidamente en medio de exasperación nerviosa, la señora Chanteau se retiró en el acto, diciendo:

—¡No puedo más! Gritaría yo también si aquí me quedase.... Si alguien me llama, estoy en mi cuarto, escribiendo.... Tú, Lázaro, lleva pronto á Luisa al tuyo, y encerraos bien en él, y procura alegrar á esta pobre Luisita.... porque verdaderamente ella está aquí muy divertida....

Y se oyó en seguida que cerraba con violencia la puerta de su cuarto, mientras su hijo y la muchacha subían al de más arriba.

Paulina estaba al lado de su tío: ella sola conservaba serenidad, en su conmiseración por tantos dolores, queriendo dar al desgraciado el consuelo de no sufrir en el abandono, animándole á defenderse contra el mal, aunque sin dirigirle una palabra.

Durante largas horas permanecía sentada junto al lecho, y conseguía tranquilizar al gotoso con sus mi-

radas compasivas; pero aquella tarde, con la cabeza echada hacia atrás, el brazo extendido, destrozado el codo por el sufrimiento, ni siquiera la veía el desdichado, y gritaba más fuerte cuando ella quería aproximarse.

Hacia las cuatro, Paulina, desesperada y con el corazón oprimido, fué á la cocina para llamar á Verónica, dejando la puerta entornada porque debía regresar en seguida.

—Es necesario hacer algo—murmuró—y voy á ensayar compresas de agua fría.... El Doctor dice que eso es peligroso, pero que algunas veces tiene buen resultado.... Voy á buscar trapos de hilo.

Verónica tenía un humor endiablado.

—¡Trapos!.... Pues yo acabo de subir por torcidas, y me han recibido muy lindamente.... ¡Mil demonios! Será necesario desbaratar eso, según parece. ¡Caball!

—¡Si quisieras llamar á Lázaro!—repuso Paulina, que no comprendía aún.

Pero la doméstica, exaltándose, colocó los puños en las caderas, y exclamó con irreflexión:

—¡Ah, sí! ¡pues no están poco ocupados en atusarse la cara allá arriba!

—¿Cómo?—balbuceó la joven, que se puso muy pálida.



Verónica, asustada por el eco de aquella voz, y queriendo recoger la confidencia que se le había escapado, aunque la guardó todo el tiempo que pudo, inventaba una explicación, una mentira, y no encontraba nada razonable.

Apoderóse por precaución de las muñecas de Paulina, y ésta apartóse de ella bruscamente, y se lanzó á la escalera como una loca, tan arrebatada, tan convulsa de cólera, que la criada no se atrevió á seguirla, temblando ante aquel rostro pálido, blanca mascarilla que no reconocía.....

La casa estaba en silencio, durmiendo: sólo el alarido de Chanteau rasgaba aquel ambiente de muerte.

La joven, con un arranque de energía, llegó hasta el piso primero, y allí tropezó con su tía: estaba de pie la señora Chanteau, guardando la escalera, como un centinela, inmóvil, muda.

—¿Adónde vas?—preguntó.

Paulina sofocada, irritada por tal obstáculo, no podía responder.

—¡Dejadme!—logró al fin murmurar.

Y tuvo un gesto terrible que hizo retroceder á la señora Chanteau.

Luego, con otro esfuerzo supremo, subió al segundo piso, mientras su tía, como petrificada en la

escalera, sin lanzar un grito, acabó por levantar los brazos.

Tal esfuerzo de exaltación furiosa era un estallido de tempestad en la suave dulzura de su carácter, uno de aquellos accesos que tuvo cuando era niña, que la dejaban exánime, y que no le acometían desde hacía largos años; pero el huracán de los celos, soplando rudamente, los había evocado, y en vano ella misma hubiera querido contenerse.....

Paulina, cuando llegó frente á la puerta del cuarto de Lázaro, arrojóse sobre ella de un salto; la llave se dobló; las dos hojas chocaron en las paredes..... y lo que pudo ver acabó de enloquecerla.

Él, Lázaro, tenía á Luisa arrimada contra el armario, y la comía á besos la barba y la garganta; ella, Luisa, desfallecida, anhelante, se abandonaba.

Quizás habían empezado por un juego, y el juego acababa mal.

Hubo un momento de estupor.

Los tres se miraron.

Paulina fué la que gritó:

—¡Ah! ¡ramera! ¡ramera!

La traición de aquella mujer la exasperaba: con un gesto de desprecio hizo separarse á Lázaro, como á un niño cuya debilidad se conoce; pero aquella



mujer que la tuteaba, aquella mujer le robaba su marido mientras ella cuidaba á un enfermo.....

Y la tenía cogida por los hombros, y la movía, con vehementes deseos de pegarla.

—Dí, ¿por qué has hecho eso? ¿Has cometido una infamia! ¿entiendes?

Luisa, desatinada, con los ojos vacilantes, balbuceaba:

—Es él quien me tenía, quien me quebrantaba los huesos.....

—¿Él? ¿pues haberle rechazado! Habríase deshecho en lágrimas si le hubieses únicamente empujado.....

Azotaba más su rencor la vista de la sala, el cuarto de Lázaro, donde ambos se habían amado, donde ella también sintió hervir la sangre de sus venas con el soplo ardiente del joven.....

¿Qué haría con aquella mujer para vengarse?

Él, estúpido y cobarde, se decidió por fin á intervenir cuando Paulina empujó tan brutalmente á Luisa que los hombros de ésta chocaron contra el armario.

—¡Toma! Tengo miedo de mí misma..... ¡Vete, vete!

Y desde entonces sólo pronunció esta palabra; persiguióla á través de la sala, arrojóla al pasillo, la

hizo bajar la escalera abofeteándola con el mismo grito:

—¡Vete, vete!..... Coge tus ropas y vete.....

Pero la señora Chanteau estaba en la meseta del primer piso; la rapidez de la escena no le había dado tiempo de interponerse, mas hizo un gesto imperioso á su hijo para que se encerrara en el cuarto, y después intentó calmar á Paulina aparentando la mayor sorpresa.

Esta, después de haber perseguido á Luisa hasta su dormitorio, seguía repitiendo:

—¡Vete, vete!

—¡Cómo! ¿que se vaya? ¿has perdido la cabeza?

Entonces la infeliz muchacha tartamudeó la historia.....

La repugnancia la sublevaba, y era aquella ante su recta conciencia el hecho más vergonzoso, que no merecía excusa ni perdón, y cuanto más pensaba en él más se arrebataba por su misma aversión á la mentira y por la fidelidad de su ternura.

—¡Vete! ¡Haz tu maleta inmediatamente! ¡Vete!

Luisa, trastornada, no encontrando una palabra de defensa, abrió un cajón de la cómoda para sacar sus camisas, cuando la señora Chanteau se incomodó.



—¡Quieta, Luisita! ¿No soy yo dueña de mi casa? ¿Quién se atreve á mandar aquí, y se permite despedir á la gente? ¡Esto es odioso! ¡No estamos en un mercado!

—¿Pero no has escuchado?—gritó Paulina.—Acabo de sorprenderla allá arriba con Lázaro.... Él la besaba....

La madre se encogió de hombros.

—¡Pues si estaban jugando! ¿Qué mal hay en eso? ¿Acaso cuando tú estabas en cama y él te asistía llegábamos los demás á olfatear lo que podíais hacer los dos?

Entonces la excitación de la joven se calmó: ella quedaba inmóvil, pálida, aturdida por aquella denuncia que se volvía contra sí misma.

¡He ahí que se transformaba en culpable! ¡He ahí que su tía daba á entender que creía en sucesos vergonzosos!

—¿Qué quieres decir?—murmuró.—¡Si hubieses pensado eso, no lo habrías tolerado en tu casa!

—¡Eh! ¡Ya sois bastante crecidos! Pero yo no entiendo que mi hijo acabe en la disipación.... Deja tranquilas á las personas que pueden todavía hacer honradas mujeres.

Paulina se quedó un instante muda, con las mira-

das de sus grandes y puros ojos clavadas en la señora Chanteau, que apartaba las suyas.

Luego subió á su cuarto, diciendo con voz firme:

—¡Está bien! ¡Marcharé yo!

El silencio volvió á reinar, un silencio pesado en que la casa entera parecía envolverse, y en medio de la paz repentina subían de nuevo los ayes del gotoso, un gemido de bestia que agoniza ya abandonada, y subían sin tregua, destacándose de todos los rumores, cubriéndolos con sus ecos.

Ya la señora Chanteau deploraba la sospecha que se le hubo escapado: comprendía que la injuria era irreparable, y experimentaba inquietud con la idea de que Paulina pusiera en ejecución su amenaza de marchar inmediatamente.

Con tal cabeza (pensaba) todas las aventuras eran posibles; mas ¿qué se diría de ella y de su marido si la joven pupila erraba por los caminos, relatando la historia de su rompimiento? Quizá se refugiaría en casa del doctor Cazenove, y esto produciría horrible escándalo en el país.

Y además de aquel embarazoso asunto, la señora Chanteau tenía miedo cervical á la vida pasada, el temor del dinero perdido que podía levantarse contra ellos.



—No llores, Luisita— repetía excitada por la cólera.—Ya ves cómo hemos quedado en buena actitud por su culpa..... Pero con estas violencias á diario no es posible vivir con tranquilidad. ¡Ya arreglaré esto!

—Os ruego—interrumpía Luisa—que me dejéis partir..... Sufriría yo mucho si me quedase..... Ella tiene razón: quiero partir.

—De ningún modo esta tarde, porque es preciso que yo te entregue á tu padre..... Espera, quédate en tu cuarto, que voy á subir á ver si ella está haciendo su maleta.....

Suavemente la señora Chanteau acercó su oído á la puerta del cuarto de Paulina, y oyó á ésta andar con paso ligero, abriendo y cerrando muebles.

Su primer idea fué entrar y pedir una explicación, que se ahogaría en llanto; pero tuvo miedo, porque sentíase humillada, vacilante, llena de rubor en presencia de aquella niña.

Esto aumentaba su odio, y en vez de entrar, bajó á la cocina recatando sus pasos, porque la asaltó una idea feliz.

—¿Has oído el bullicio que la señorita ha hecho esta tarde?—preguntó á Verónica, que estaba freyendo rabiosamente las cacerolas.

La criada, con la vista fija en la greda, no respondió.

—¡Se está haciendo insufrible! Yo no puedo obtener nada de ella..... Figúrate que ahora quiere dejarnos, y arregla á toda prisa su maleta..... ¿Quieres subir á su cuarto á intentar que se dé á razones?

Y como ella tampoco lograrse respuesta, dijo:

—¿Eres sorda?

—Si no respondo, es porque no quiero—gritó Verónica bruscamente, fuera de sí, en actitud de friccionar una palmatoria hasta desollarse los dedos.— ¡Tiene razón en marcharse! Yo, en su lugar, hace mucho tiempo que hubiera dejado libre el campo.

La señora Chanteau escuchaba con la boca abierta, estupefacta ante aquella oleada desbordada de palabras.

—Yo, señora, no soy charlatana, y es menester provocarme para que hable y lo diga todo..... La hubiera tirado al mar el día en que vos recogisteis esa muchacha, pero no puedo sufrir que se haga daño á las gentes, y todos la martirizáis de tal manera que concluiré por estirar las orejas al primero que la toque..... ¡Ah! si yo quisiera, sabría ella buenas cosas..... Si, si, todo el mal que la habéis hecho con vuestra apariencia de honradas gentes.....



—¿Quieres tallarte, energúmeno? — exclamó la vieja señora, más inquieta por aquella nueva escena.

—No, no me callaré.... porque eso es demasiado villano, ¿entendéis? ¡Hace años que me estoy ahogando! ¿No era ya bastante haber gastado su dinero? ¿Era menester aún que la cortaseis el corazón en cuatro pedazos? ¡Oh! Yo sé.... ¡lo que sé! porque he visto urdir toda esta trama.... Y sabed que si el señor Lázaro no tiene tantos cálculos, tampoco vale más, y la daría también el golpe de muerte por egoísmo, sencillamente por no fastidiarse. ¡Miseria! ¡Hay gentes que han nacido para ser devoradas por otras!

Y blandía la palmatoria, cogiendo en seguida una caerola, que roncaba como un tambor con la presión de la rodilla de limpieza con que la secaba.

La señora Chanteau había deliberado si echarla á la calle, mas logró dominarse y la preguntó fríamente:

—¿De manera que no quieres subir á hablarla? Pues lo hacía por ella, para evitarla disgustos....

Verónica seguía callando, y acabó por gruñir:

—Subiré en seguida.... La razón es la razón.... porque jamás ha valido nada la terquedad....

Lavóse las manos y se quitó el sucio delantal de cocina, y cuando se decidió á abrir la puerta del

pasillo para subir la escalera, resonó un doloroso quejido: eran los ayes del tío, incesantes, crueles, y la señora Chanteau que la seguía, como impresionada por súbita idea, dijo á media voz, con insistencia:

—Dile también que no puede abandonar así á su tío, en el estado en que se encuentra, ¿oyes?

—¡Oh! para eso—replicó Verónica—él se queja de firme. ¡Es verdad!

Y subió, mientras la señora, que había asomado la cabeza en el cuarto de su marido, se guardaba muy bien de cerrar la puerta.

Los alaridos resonaban por lo tanto en el hueco de la escalera, aumentados por la sonoridad de los pisos, y arriba encontró Verónica á Paulina en el momento de bajar con un lío de ropa blanca, y dispuesta á recoger lo demás en la mañana siguiente por medio del buen Malivoire.

Estaba serena, pálida todavía, con el corazón chorreando sangre; pero sin cólera alguna, fría.

—Ó ella, ó yo—respondió á todas las observaciones de Verónica, evitando nombrar á Luisa.

Cuando la doméstica llevó la respuesta á la señora Chanteau, ésta se encontraba precisamente en el cuarto de Luisa, quien se había puesto vestido de



viaje y se obstinaba en marchar inmediatamente, trémula, asustada con el más leve ruido de la puerta.

Entonces la señora Chanteau debió resignarse: envió un mandadero á Verchemont para pedir el carruaje del panadero, y decidió acompañar á la joven hasta dejarla en casa de su tía Leonia, que habitaba en Arromanches, y á quien se contaría una historia cualquiera, pretextando la violencia de la crisis de Chanteau, cuyos gritos eran efectivamente insoportables.

Después de la marcha de las dos mujeres, á quien Lázaro acomodó en el cochecillo, Verónica, desde el vestibulo, lanzó este grito con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Ya podéis bajar, señorita, que no hay nadie!

La casa parecía como desocupada: un silencio densísimo había caído en su ambiente, y la seguida lamentación del enfermo estallaba, sin embargo, más aguda.

Cuando Paulina llegaba al último peldaño de la escalera, Lázaro, que volvía de despedir á su madre y á Luisa, se encontró súbitamente delante de su prima, y todo su cuerpo era presa de temblor nervioso; detúvose un momento; quería sin duda acusarse, pedir perdón; mas le ahogaba el llanto, y su-

bió rápidamente á su cuarto sin poder decir una palabra.

Ella, con ojos enjutos y semblante grave, entró en el cuarto de su tío.

Chanteau, echado á través del lecho, extendía su brazo izquierdo y reclinaba la cabeza sobre el edredón, sin moverse; el desdichado no se había apercibido tal vez de la ausencia de la niña, y apretaba los ojos y abría enormemente la boca para gritar con más fuerza.....

Ni un solo rumor de la casa llegaba hasta él; su único esfuerzo consistía en lanzar sus alaridos hasta la postrera ráfaga de su aliento; poco á poco los prolongaba desesperadamente, hasta el punto de molestar á Minucha, que dormía tranquila sobre una butaca.

Cuando Paulina ocupó su asiento, el tío gritaba tan fuerte que la gata se levantó, erizando las orejas, mirando con fijeza á todas partes, con la indignación de un sabio á quien se turba en su dulce tranquilidad.

Si no había medio de dormir en paz en aquel sitio, ella prefería abandonarle, levantando rígida su cola.....



—Estos zapateros —dijo— no se acomodan á hacer los contrafuertes bastante altos.... y desde que me las aprieto, estoy en un suplicio.

Y se tranquilizó en seguida, observando con gusto que las zapatillas no la hacían daño.

Pero al día siguiente la hinchazón se extendió hasta el tobillo, aunque en la noche desapareció por completo.

Pasó una semana.

Desde la primera comida en que Paulina, después de la tarde de la catástrofe, se hubo presentado ante la madre y el hijo, todos procuraban aparentar la actitud que tenían en los días anteriores; ninguna alusión se hacía á lo ocurrido, como si no hubiese nada nuevo entre ellos.

La vida de familia continuaba maquinal, con las mismas costumbres afectuosas, los buenos días y las buenas noches, los besos reglamentarios en las horas de siempre, y fué de grande alivio para todos el momento en que se pudo hacer rodar el sillón de Chanteau hasta la mesa del comedor.

Pero entonces ya las rodillas del gotoso quedaron con duras anquilosis, y no podía ponerse en pie, si bien no disfrutaba menos de la calma relativa en que el dolor le dejaba; y cuando la señora Chan-



VI.

Al volver la señora Chanteau, de noche, en la hora de la comida, nadie preguntó por Luisa; y aquélla pidió sencillamente á Verónica que la quitase las botinas, porque la del pie izquierdo le hacía daño.

—¡Caramba!—dijo la criada.—No es extraño, porque el pie está hinchado.

En efecto, las costuras de la bota aparecían señaladas en líneas rojas en la carne mórbida y blanca, y Lázaro, que entonces entraba, la miró.

—Habrás caminado mucho á pie—dijo.

Pero ella, que apenas atravesó por el pueblo de Arromanches, echaba la culpa á las botinas.



teau se arriesgó á hacerle saber los motivos de la súbita marcha de Luisa, él la suplicó que no le hablase de cosas tristes.

Paulina, desde que no estaba clavada en el sillón á la cabecera de su tío, procuraba ocuparse en algo, sin llegar á olvidarse de su martirio; sus noches eran penosas, porque un malestar incesante la molestaba, no obstante la paz habitual.

Lázaro al principio se había despreciado; la superioridad de Paulina, tan recta, tan justa, le llenaba de vergüenza y de cólera. ¿Por qué no había tenido valor para declararse francamente á ella, y pedirle perdón?

Él la hubiera contado entonces aquella aventura, la sorpresa de sus apetitos carnales, el perfume de la mujer coqueta en que se había embriagado; y ella tenía mucho talento para no comprenderle; pero se lo había impedido embarazo insuperable; temía rebajarse ante la joven en una explicación que le hubiera hecho tartamudear como un niño.

Además, existía en el fondo de su vacilación el temor de nuevas mentiras, porque Luisa le perseguía siempre, la veía todas las noches con el pesar ardoroso de no haberla poseído cuando la tuvo desfallecida bajo sus labios....

Y á pesar de esto, sus largos paseos eran casi todas las tardes por el camino de Arromanches.

Una noche llegó hasta la casa de tía Leonia, dió vueltas alrededor de las tapias y huyó precipitadamente al sentir el ruido de una ventana, trastornado por la mala acción que intentaba cometer.

Y era la conciencia de su indignidad lo que duplicaba su tortura: juzgábase impotente para matar sus deseos, y á cada instante, comenzando la lucha consigo, se persuadía de que nunca sufrió tanto por su irresolución.

No le quedaba ya sino un resto de honradez y de energía para esquivarse de Paulina, á fin de librarse de su última bajeza, de la confesión de su perjurio: quizás amaba todavía á su prima; pero la imagen provocativa de la otra estaba siempre delante de él, borrando el pasado y obscureciendo el porvenir.

Y Paulina esperaba á que él se excusase, porque se había jurado no perdonarle sin satisfacción completa, y lloró secretamente porque no la pedía el perdón. ¿Por qué guarda silencio, siempre febril, siempre ausente, como si tuviese miedo de estar solo con ella? ¡Ella, que estaba dispuesta á escucharlo, á olvidarlo todo cuando él manifestase un poco de arrepentimiento!



Pero la explicación anhelada no venía: la ruptura entre ambos era cada día más completa, y la pobre niña, ocultando con serenidad valerosa sus torturas, sollozaba en su cuarto por la noche, ahogando sus lamentos con la almohada.

Nadie hablaba ya de bodas, aunque pensaban en ellas, porque el otoño se acercaba.

¿Qué hacer? Cada cual se reservaba su parecer, ó indicaba que convenía diferir la decisión para más adelante.

Entonces fué cuando la señora Chanteau perdió su tranquilidad; en todos tiempos estaba como devorada por su propio carácter; pero en aquella ocasión, el lento desgaste de sus buenos sentimientos había llegado al período extremo de la destrucción; nunca pareció más aniquilada, más roída por su misma rabia nerviosa, y la necesidad de reprimirse la exasperaba más todavía; su fiebre de dinero, de riquezas, enardecida poco á poco, era ya peligrosa, y la arrebatava el corazón y la razón.

¡Paulina tenía la culpa! Acusábala, desde la marcha de Luisa, como de un robo que hubiera cometido, despojando á su hijo; tenía con esta idea una herida sangrienta que no se cerraba; los menores detalles aparecíanle abultados inmensa-

mente; jamás olvidaba el grito, el grito aquél: «¡Vete, vete!»

¡Imaginábase entonces que también se lanzaba á la calle el porvenir, la alegría y la fortuna de la familia!

Y por la noche, agitándose en insomnios llenos de pesadillas, deploraba que la muerte no les hubiera librado para siempre de aquella maldecida Paulina.

Al mismo tiempo una especie de reacción aumentaba en ella el cariño á su hijo, adorándole como no le había adorado en la cuna, cuando era todo suyo, cuando le mecía en su regazo; seguía, de la mañana á la noche, con inquietas miradas; le besaba cuando estaban solos, y le suplicaba que no tuviera pena alguna, jurándole que todo se arreglaría, que ella era capaz de estrangular á quien estorbara, á fin de que él fuera dichoso.

Después de quince días de tales combates, su rostro presentaba palidez de cera, sin que ella hubiese adelgazado; pero dos veces se repitió la inflamación de los pies, aunque desapareció á las pocas horas.

Una mañana llamó á Verónica y la enseñó las piernas, que se le habían hinchado hasta el muslo durante la noche.



— ¡Ves lo que tengo ahora! ¡Esto es fastidioso! ¡Y yo que deseaba salir hoy!..... No hay más remedio que guardar cama, pero no digas nada á Lázaro, para que no se altere.

Ella misma no aparentaba aprensión, hablando sencillamente de un poco de fatiga, y todos los de la casa creyeron que aquello era producido por cansancio, por agujetas; y como Lázaro no estaba en casa, por haber ido á paseo por la costa, y Paulina no subía al cuarto de la señora Chanteau, conociendo que su presencia desagradaba, la enferma desgarró los oídos de la doméstica con furiosas acusaciones contra la joven.

No podía contenerse: la inmovilidad á que estaba condenada, las palpitaciones que la sofocaban con el menor movimiento, hacían crecer su exasperación rencorosa.

— ¡Eh! ¿Qué hace allá abajo? ¡Todavía otra desventura! ¡Ya verás cómo ni siquiera me sube un vaso de agua!

— Pero, señora — respondía Verónica — ¡si vos la rechazáis!

— ¡Déjame en paz! Tú no la conoces, porque es una hipócrita de la peor especie; delante de gente aparenta buen corazón, y por detrás hace trizas á

todo el que puede..... Vaya, hija mía; tú sola has visto claro el día en que yo la he traído. ¡Si ella no hubiese entrado aquí, á buen seguro que no estaríamos donde estamos!..... ¡Y acabará con nosotros! El señor sufre como un condenado desde que ella le cuida; yo tengo toda la sangre revuelta; mi hijo está á punto de volverse loco.....

— ¡Oh, señora! ¡si se le puede decir! ¡ella que es tan buena para todos vosotros!

Hacia la noche, la señora Chanteau se alivió, y todo huía con su alivio, lo mismo el recuerdo de la despedida brutal de Luisa, que la idea del dinero; y así, cuando Verónica pudo bajar después de la comida, y encontró á Paulina ocupada en arreglar la vajilla en la cocina, no pudo menos de soltar todo aquello que tenía guardado en el corazón, porque las palabras salían por sí mismas.

— ¡Ah, señorita! ¡qué buena sois teniendo cuidado de esos platos! Porque yo en vuestro lugar los rompería todos.....

— ¿Y por qué? — preguntó la joven con sorpresa.

— Porque no haréis nunca ni la mitad de lo que se dice de vos.

Y partiendo de aquel punto, remontó su confianza hasta los primeros días.



—¿Pero no es cosa de hacer estallar de cólera al mismo Dios? Ella os ha chupado vuestro dinero céntimo á céntimo, y del modo más villano que se puede inventar, ¡palabra de honor! porque cualquiera creería que os daba el alimento por gracia.... Cuando vuestro dinero estaba en el *secrétaire*, ella hacía delante de vos toda especie de zalamerías, como si hubiese tenido que guardar la honestidad (1) de una niña, lo que no impedía que sus manos de ave de rapina hicieran allí muy buenos huecos.... ¡Ah, sangre de Dios! ¡Vaya una comedia que ha representado para encajaros el gasto de la comida! ¿Queréis saberla? Pues bien: sin vos, todos ellos habrían perecido de hambre.... Y por eso tenía ella tanto miedo cuando los otros de París estuvieron á punto de incomodarse por razón de las cuentas, ¡Diablo! Si vos quisieseis, podriais enviarla derechita á los tribunales.... Y no creáis que eso la ha corregido; no hay tal cosa: ella os come hoy todo lo que puede, y os roerá hasta los últimos.... ¿Creéis que miento? ¡Lo juro, señorita! Lo he visto con mis ojos, y lo he escuchado con mis oídos, y no digo lo más asqueroso por respeto á vos, señorita.... Sí,

(1) El autor emplea aquí la palabra *pucelage*.—(N. del T.)

porque cuando estabais enferma, sólo pateaba de coraje por no poder registrar vuestra cómoda.

Paulina escuchaba sin proferir una palabra para interrumpir á la doméstica, pues frecuentemente, en sus días más felices, la asaltó el pensamiento de que la familia vivía á sus expensas y la despojaba con la más ruin aspereza; pero siempre había rehusado pensar en tales cosas, prefiriendo quedar en la ignorancia á acusarse de avaricia.

Y en aquella ocasión la brutalidad de las confidencias agravaba los hechos: á cada frase de Verónica se despertaban recuerdos en su memoria, y reconstruía antiguos episodios, cuyo sentido exacto se le había escapado, siguiendo día por día el largo trabajo de la señora Chanteau alrededor de su dinero.

Dejóse caer lentamente sobre una silla, como embargada de súbito por gran fatiga, y una contracción de dolor plegó sus labios.

—¡Exageras!—murmuró.

—¿Cómo que exagero?—repuso vivamente Verónica.—Tened entendido que no es lo cuestión del dinero la que me pone fuera de mí: lo que no la perdonaré nunca es que os quite al señor Lázaro después que os le había dado.... ¡Perfectamente, señorita! Porque vos no erais bastante rica, y él nece-



sita una heredera.... ¿Eh? ¿Qué decís de eso? Primero se os saquea, y luego se os desprecia porque os han dejado, ya sin nada.... ¡No me callaré! ¿Conque es lícito cortaros el corazón en cuatro pedazos, después de dejar vacíos vuestros bolsillos? Porque si vos amabais á vuestro primo, y él debía pagaros con gentileza, es una franca abominación robaros de esa manera.... Y ella lo hace así, como lo digo, porque lo he visto; ¡sí, sí! Todas las noches ella misma acechaba á la otra, y la enardecía en favor del joven con un montón de acciones indignas.... ¡Tan cierto como esta lámpara nos alumbrá, yo estoy segura de que ella los ha lanzado al uno sobre el otro! ¿Y qué? Ella hubiera tenido la vela.... para hacer inevitable el matrimonio de los muchachos, y no por culpa suya ellos se han parado á mitad del camino. ¡Defendedla todavía, señorita, ahora que os ha pisoteado y que tiene la culpa de que lloréis todas las noches como una Magdalena!.... Porque os oigo bien desde mi cuarto, y caeré enferma al ver tantos dolores y todas esas injusticias.

—¡Cállate, yo te lo suplico!— tartamudeó Paulina, sin aliento para resistir.—¡Me haces mucho daño!

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, comprendiendo que la criada no mentía, y cada escena

que su memoria evocaba aparecía con realidad vivísima: ¡Lázaro estrechaba á Luisa en sus brazos, mientras la señora Chanteau estaba de centinela en la escalera!

¡Oh, Dios mío! ¿qué había hecho ella, que era fiel á todos, para que todos la engañasen? ¡Parecía que el abismo se ahondaba, despeñándose en él su deseo de vivir, su valor, sus alegrías, sus esperanzas!

—¡Yo te lo ruego! ¡Calla, calla, porque todo eso me ahoga!

Y entonces Verónica, presa de inquietud, se contentó con añadir en voz ronca:

—Callaré por vos, no por ella.... ¡Eh, señorita! Hoy mismo está, allá arriba, toda la mañana de Dios, vomitando contra vos una sarta de horrores.... La paciencia me falta y mi sangre estalla cuando la oigo devolveros en mal todo el bien que la habéis hecho. ¡Palabra de honor! Ella pretende que vos los habéis arruinado y que vos la matáis su hijo. ¿No me creéis? ¡Pues id á escuchar á la puerta!

Y como Paulina entonces rompiese á llorar, Verónica, llena de emoción, la tomó la cabeza entre sus manos y la besó los cabellos, repitiendo:

—¡No, no, señorita! ¡no he dicho nada!.... Pero es conveniente que vos sepáis algo.... porque es dema-



siado estúpido ser devorada de ese modo. ¡Ya no digo más! ¡Calmaos!

La muchacha apagó el rescoldo que había en la hornilla, y no pudo menos de murmurar todavía:

—¡Yo sé perfectamente por qué se hincha! ¡Su maldad la sale por las rodillas!

Paulina, que miraba fijamente los azulejos de la cocina, con el pensamiento confuso y pesado de dolor, levantó al punto los ojos. ¿Por qué decía Verónica que la hinchazón había reaparecido?

Y la muchacha debió faltar á su promesa de silencio, refiriendo que las dos piernas estaban interesadas desde la noche, pero que no se debía decirlo delante del señor Lázaro; y mientras Verónica daba tales detalles, el rostro de Paulina se inmutaba y una inquietud vivísima sucedía á su triste abatimiento.

A pesar de todo lo que acababa de saber, asustábase ante un síntoma que ella creía de mucha gravedad.

—¡Pero no se la puede dejar así! — respondió levantándose. — ¡Está en peligro!

—¡Ah, sí! ¡En peligro! — exclamó brutalmente la criada. — Pues no lo demuestra en la cara, y ni por pienso ha caído en ello, porque se ocupa demasiado

en decir perrerías de la gente y en estirarse como un turco en su cama..... Además, ahora duerme, y será preciso esperar á mañana. Precisamente es el día en que el Doctor viene á Bonneville.

Al día siguiente fué imposible ocultar á Lázaro el estado de su madre: toda la noche Paulina había estado escuchando, desvelada de hora en hora, por creer que oía gemidos incesantes atravesando el pavimento, y luego, al amanecer, se quedó profundamente dormida.

Eran ya las nueve cuando ruido de puertas la hizo levantarse sobresaltada, y como bajase apresuradamente la escalera, después de vestirse de cualquier modo, encontró en la meseta del primer piso á Lázaro, que salía del cuarto de la enferma.

La hinchazón llegaba al vientre, y Verónica se había decidido á prevenir al joven.

—¿Qué?— preguntó Paulina.

Lázaro, muy pálido, con el rostro descompuesto, no respondió de pronto, apretándose la barba entre sus dedos convulsivos, con un gesto que le era familiar; y cuando habló, sus primeras palabras, tartamudeando, fueron:

—¡Está perdida!

Y subió á su cuarto con ademán de extravío.



Paulina le siguió, entró á la gran sala donde no había estado desde que sorprendió en ella á los dos jóvenes, cerró la puerta y quiso tranquilizarle.

—Vamos, que ignoras aún lo que tiene, y hay que esperar al Doctor, por lo menos..... Ella es muy fuerte, y la esperanza nunca se pierde.

Pero él, siempre obstinado, herido en el alma por convicción súbita, repetía:

—¡Está perdida! ¡está perdida!

Aquel golpe imprevisto le aplanaba: al levantarse de la cama, acercóse como de costumbre á la ventana para mirar el mar, bostezando de fastidio y lamentándose del vacío imbécil de la existencia; mas luego, cuando su madre se destapó hasta las rodillas, la vista de aquellas pobres piernas hinchadas por el edema, enormes, pálidas, parecidas á troncos muertos, le había llenado de enternecimiento y de espanto.

—¿Y qué? ¡De un momento á otro las desgracias vienen así!

Sentado en un ángulo de la gran mesa, temblándole todo el cuerpo, no osaba nombrar en voz alta la enfermedad que había conocido; siempre le acometía el miedo de una dolencia del corazón para sí ó para los suyos, sin que sus dos cursos de estudios

médicos le hubieran demostrado la igualdad de los males delante de la muerte; ser herido en el corazón, en el centro mismo de la vida, era para él la muerte más tremenda, la más inclemente. ¡Y con aquella muerte iba á morir su madre, y aun él mismo se acabaría con ella!

—¿Por qué desolarse así?—continuó Paulina.—Hay hidrópicos que viven largos años. ¿Te acuerdas de la señora Simonot? Pues ha muerto de una fluxión en el pecho.

Mas él movía la cabeza. ¡No era un niño para que se le engañase de tal manera! Sus pies, colgando, pataleaban en el aire, y el temblor de su cuerpo no cesaba, mientras dirigía fijas miradas á la ventana, cuya viva claridad le ofuscaba.

Entonces, por vez primera desde su rompimiento, ella le besó en la frente como antes.

Hallábanse los dos reunidos nuevamente en aquella gran sala donde habían crecido, y todo su mutuo rencor se desvanecía en el fondo del gran dolor que les amagaba; ella se enjugó las lágrimas; él, no pudiendo llorar, repetía maquinalmente:

—¡Está perdida! ¡está perdida!

Hacia las once llegó el doctor Cazenove, según su costumbre de subir á Bonneville una vez cada



semana, y extrañóse mucho de encontrar á la señora Chanteau en cama. ¿Qué tenía aquella querida señora? Y se chanceaba diciendo que toda la casa estaba hecha una lástima, y debía ser transformada en ambulancia.

Mas cuando examinó, tocó y auscultó á la enferma, se tornó grave; y aun tuvo necesidad de su grande experiencia para no manifestar asombro.

Pero la señora Chanteau no conocia la gravedad de su estado.

—Espero que me sacaréis pronto de la cama, Doctor—decía con voz alegre;—porque sólo tengo una aprensión, y es que esto me ahogue si continúa subiendo.

—Estad tranquila; eso no ha de subir tanto—respondía él también sonriendo.—Además, ya sabríamos impedirlo.

Lázaro, que había entrado al cuarto después del examen facultativo, le escuchaba estremeciéndose y con ardiente deseo de que saliera, para preguntarle y saber.

—Conque no os inquietéis, querida señora—continuaba el médico;—que yo volveré mañana para hablar con vos despacio.... Hasta la vista, que voy á escribir mi receta allá abajo.

Paulina les impidió entrar al comedor, porque Chanteau seguía creyendo que su mujer tenía sólo una rozadura en un pie; y ella había preparado ya tinta y papel en la mesa de la cocina.

El doctor Cazenove confesó que el caso era grave, empleando frases largas y embrolladas, porque aquella enfermedad brusca derrotaba su antigua experiencia y no se decidía á diagnosticarla.

—En fin, ¡que está perdida!—gritó Lázaro con irritación.—Es del corazón, ¿no es eso?

Paulina le dirigió una mirada suplicante que el Doctor comprendió.

—¡Oh! ¡el corazón!—dijo el médico.—Mucho lo dudo.... Pero si ella no puede levantarse por ahora, tal vez hay para largo tiempo todavía con cuidados....

El joven se encogió de hombros, su ademán ordinario de cólera de niño á quien no se engaña con cuentos que le divierten, y dijo:

—¿Pero no lo habiais advertido, Doctor? ¡Estas abominaciones no vienen de repente! ¿No habiais observado nada?

—Sí, sí—murmuró Cazenove—me había apercibido de algunos detalles insignificantes....

Y como viese en Lázaro una sonrisa desdeñosa, continuó así:



—Escuchad, señor bravo: me considero menos bruto que otros, y esta vez no es la primera que me me ocurre no haber previsto nada y quedarme como un estúpido ante la enfermedad... Vos sois muy gracioso, queriendo que todo se sepa, cuando no hacemos poco con deletrear las primeras líneas en esta complicada máquina del cuerpo humano.

Y se incomodó, escribiendo irritado su receta con rasgos de pluma que agujereaban el fino papel: el cirujano de marina reaparecía en los movimientos bruscos de su cuerpo.

Pero cuando volvió á ponerse de pie, su viejo rostro curtido por el aire se dulcificó súbitamente al ver á Lázaro y Paulina con la cabeza inclinada, desesperados.

—Hijos míos — repuso el Doctor — haremos lo posible para sacarla adelante, y ya sabéis que yo no quiero hacer alardes de grande hombre con vosotros. Pues bien, francamente; ¡no sé qué decir! Sólo me parece que no hay peligro inmediato.

Y partió después de asegurarse de que Lázaro tenía en casa tintura de digital.

La receta prescribía sencillamente fricciones con esa tintura en las piernas, y algunas gotas de la misma en un vaso de agua azucarada, y esto basta-

ba por entonces, pues el médico llevaría en el día siguiente unas pildoras, y tal vez se decidiera á practicar una sangría.

Paulina había acompañado al Doctor hasta su cochecillo, á fin de sacarle la verdad del caso; pero la verdad era realmente que él no se atrevía á decirse.

Cuando ella entró á la cocina, Lázaro leía y releía la receta, y la palabra *digital* le hacía palidecer.

—No os atormentéis así— dijole Verónica, que se había puesto á pelar patatas, á fin de quedarse y escuchar.—Los médicos son todos exagerados.... y si éste no sabe qué decir, consiste en que la cosa no vale nada.

Celebróse entonces consulta alrededor del plato en que la cocinera cortaba las patatas; Paulina aparecía tranquila, porque entró á besar á su tía por la mañana, y encontróla con semblante bueno; Lázaro continuaba mudo, estrujando la receta entre sus dedos febriles, porque la palabra *digital* le quemaba.

—Subo— acabó por decir.

Y ya en la puerta, vacilando, preguntó á su prima:

—¿Vendrás un momento?

Ella también mostró alguna vacilación.

—Tengo miedo de contrariarla— murmuró.



Él subió solo, sin añadir otra palabra.

A la hora del almuerzo, Lázaro, por no alarmar á su padre, se presentó en el comedor, muy pálido; de cuando en cuando un campanillazo llamaba á Verónica, que subía con los platos, cuyos manjares apenas probó la enferma, y cuando bajaba decía á Paulina que el pobre joven perdía la cabeza allá arriba.

Era una lástima verle tírtar de calentura delante de su madre, con las manos poco diestras para servirle, demudado el rostro, cual si temiese en cada minuto ver que se le quedaba entre los brazos.

Hacia las tres, á poco de haber subido la criada, ésta llamó á Paulina inclinándose por el hueco de la escalera, y la dijo al verla subir, cuando llegaba á la meseta del primer piso:

—Debéis entrar, señorita, para prestarle ayuda, y tanto peor si la incomoda.... Quiere que la vuelva del otro lado, y si vieseis temblar á Lázaro, sin atreverse á tocarla! Además, ella me prohíbe acercarme.

Paulina entró.

La señora Chanteau, muellemente reclinada en tres almohadones, habría parecido como persona que se quedaba en la cama por pereza, sin el aliento penoso y corto que levantaba sus hombros.

Lázaro balbuceaba, delante de ella:

—¿Luego decididamente quieres que te vuelva del lado derecho?

—Sí, empújame un poco.... ¡Ah! ¡pobre hijo mío! ¡Cuánto tardas en comprender las cosas!

Pero ya la joven decía:

—Déjame á mí, que estoy acostumbrada á hacerlo.... ¿Estás bien así, tía?

Y la volvió, aunque la señora Chanteau gruñía con voz ronca que se la atropellaba, porque no podía hacer el más leve movimiento sin ahogarse, y quedándose algunos momentos anhelante, con el rostro lívido.

Lázaro habíase escondido detrás de las cortinas del lecho para ocultar su desesperación: apoyábase en la pared, desfallecía, demostraba en su exterior que no podía sufrir más, que le faltaba el valor; mas permaneció allí mientras Paulina friccionaba las piernas de la enferma con la tintura de digital, y si volvía la cabeza por no ver, el mismo afán imperioso de ver le obligaba á dirigir allí la vista, sobre aquellas piernas monstruosas, aquellos paquetes inertes de carne descolorida que le inspiraban horror y angustia.

Entonces, cuando su prima le observó tan próximo á desfallecer, creyó prudente despedirle; y como la



señora Chanteau estaba adormecida, muy fatigada por el único movimiento de variarla de postura, acercóse á él, y le dijo al oído:

—Lo mejor que puedes hacer es salir de aquí.

Luchó un instante y el llanto le cegaba; mas tuvo que ceder, y bajó en seguida avergonzado y balbuceando:

—¡Dios mío, yo no puedo! ¡no puedo!

Al despertar la señora Chanteau, no observó de pronto la ausencia de su hijo, y la presencia de Paulina la inquietaba, aunque ésta procurase disimular, sentada aparte, sin hablar, sin moverse; pero su tía alargó la cabeza para mirar, y entonces ella creyó oportuno enterarle con breves palabras:

—Soy yo; no te molestes. ... Lázaro ha marchado á Verchemont, donde tenía que conferenciar con el carpintero....

—Bueno, bueno—murmuró la enferma.

—Por fortuna, no estás tan mala para que se vea precisado á dejar sus asuntos.

—¡Seguramente!

Y ya no habló de su hijo sino rara vez, á pesar de la adoración que le manifestaba aún el día anterior. ¡Él se apartaba de su soplo de vida, y él había sido la causa y el objetivo de toda su existencia!

La descomposición cerebral que empezaba á iniciarse en ella no la dejaba sino el cuidado físico de su salud, y aceptó por consiguiente los servicios de su sobrina, sin que se diera cuenta exacta de la sustitución de persona, solamente preocupada de seguirla con la vista, como distraída por su creciente desconfianza al verla ir y venir delante de su lecho.

Y en tanto Lázaro había entrado en la cocina, aturdido, con las piernas trémulas; la casa entera le daba horror; no podía quedar en su cuarto, porque la soledad de él le anonadaba, ni se atrevía á pasar al comedor, donde el ver á su padre, que leía tranquilamente un periódico, le hubiera hecho estallar en sollozos.

Y volvía por eso á la cocina, el único rincón de la casa caliente, vivo, tranquilizándose de encontrar allí á Verónica, que se arreglaba con sus cacerolas como en los mejores tiempos de bienandanza.

Y ella cuando le vió sentarse cerca del hornillo, en la silla de paja de su uso, le dijo francamente las ideas que tenía acerca de su poco valor.

—Por cierto, señor Lázaro, que no sois un gran socorro. ¡Todavía la pobre señorita ha de llevarlo todo sobre sus costillas!.... Y lo más fuerte es que vos cuidasteis perfectamente á vuestra prima cuando



estuvo á punto de morir de su mal de garganta....  
 ¿Eh? ¡No digáis que no! ¡Allá arriba pasasteis quince días, y le dabais la vuelta como á un niño!....

Lázaro escuchaba con sorpresa, porque no había pensado en semejante contradicción y se asombraba de las sensaciones opuestas é inexplicables que descubría en sí mismo.

— ¡Es verdad! — repetía. — ¡Es verdad!

— No dejabais entrar á nadie — prosiguió la criada — y la señorita inspiraba más lástima que la señora, porque sufría más.... Y yo bajaba muy de prisa, sin tener maldita la gana de hincar el diente á un pedacito de pan.... Pues hoy el corazón da vueltas en vuestro pecho desde que habéis visto á vuestra madre en cama, y sin embargo no la llevaríais ni una taza de tisana. ¡Vaya, señor Lázaro! Vuestra madre es.... lo que es; pero es vuestra madre!

Y él no escuchaba, mirando con vaguedad, hasta que murmuró:

— ¿Qué quieres? ¡No puedo!.... Es mi madre, pero no puedo.... Cuando veo sus piernas y me dice que es cosa perdida, siento que se rompe algo en mi estómago, y gritaría como un salvaje si no saliera del cuarto inmediatamente.

— Su cuerpo era presa de estremecimientos: cogió

del suelo un cuchillo que había caído de la mesa, y le examinaba sin verle, con los ojos anegados en lágrimas, mientras Verónica atendía al puchero para ocultar la emoción que la embargaba, y dijo después:

— Ea, señor Lázaro: lo que debéis hacer es dar una vuelta por la playa, pues me estorbáis aquí, metido en mis negocios.... Y llevad á Mateo, porque es muy pesado, y tampoco sabe qué hacer, y me veo y me deseo para impedirle que suba allá arriba.

En el siguiente día, el doctor Cazenove se mostró vacilante: era posible una súbita catástrofe, ó bien la enferma podría reponerse para un período más ó menos largo, si el edema disminuyese.

Renunció á la sangría, y contentóse con recetar unas píldoras que él llevaba, sin suspender el empleo de la tintura de digital; pero en su actitud de pesar, irritado, llegó á declarar que confiaba poco en tales remedios, porque aquel caso orgánico era uno de esos que, por el quebrantamiento sucesivo de todos los tornillos de la máquina, hacen inútil la ciencia del médico.

Hacialo constar así, y afirmaba además que aquella querida señora no padecía. ¿Pues no era esto un consuelo?



En efecto, la señora Chanteau no se quejaba de ningún dolor vivo, sus piernas tenían la pesadez del plomo, sofocábase cada vez más cuando se la movía; pero echada sobre la espalda, supina, inmóvil, conservaba su voz recia y sus ojos brillantes, que aun á ella misma ilusionaban, y ninguna de las personas que solían estar alrededor de su lecho se resignaba á desesperar, viéndola tan valiente, á excepción de su hijo; y hasta el Doctor, en subiendo á su coche, indicó que no se quejasen demasiado, porque debían dar gracias, ella y su familia, de que ya no hubiera muerto la paciente....

La primer noche fué durísima para Paulina: medio tendida en un sillón no había podido dormir un instante, zumbándole en los oídos el fuerte aliento de la enferma; y si quizá se quedaba postrada, pareciale que aquel aliento hacia estre mecer la casa y que toda habría de desmoronarse.

Luego, teniendo los ojos abiertos, era víctima de angustiosa opresión, y resucitaba los tormentos que habían martirizado su vida desde meses anteriores; aun al par de aquel lecho de muerte no había paz para ella, siéndole imposible perdonar; en la pesadilla de su velada lúgubre sufría principalmente por las confidencias de Verónica, y los arrebatos anti-

guos, sus rencores celosos, encendían y se animaban con los detalles que recordaba penosamente.

¡Oh, Dios mío! ¡No ser amada! ¡Verse á traición vendida por las mismas personas á quien se ama! ¡Encontrarse aislada, sola, y llena de desprecio y de injurias!

Y su herida abierta de nuevo manaba sangre, porque nunca había sentido de tal modo el escarnio de Lázaro.

Y sin cesar reaparecía en su imaginación el robo de su dinero y de su amor, en la obsesión que la dominaba con el fuerte aliento de su tía, destrozándola el pecho.

Al despuntar el día, Paulina quedó como vencida: el afecto antiguo no reaparecía, y sólo el deber la esclavizaba en aquel cuarto. ¿Acabaría aquello haciéndola desgraciada? ¿Acaso ella también habría de ser mala?

Pasó el día con tales turbaciones, y rechazada por la desconfianza de la enferma, porque ésta recibía con un gruñido su previsión, perseguíala con sospechosas miradas, observando por detrás de ella lo que hacía: si la pedía un pañuelo, ella lo sacudía antes de ponérsele; si la veía acercarse con una botella de agua caliente, quería tocar la botella....



—¿Pero qué significa eso?— preguntaba la señorita en voz baja á la criada.—¿Es que me cree capaz de hacerla daño?

Y como Verónica, después de haber marchado el Doctor, presentase una cucharada de medicina á la señora Chanteau, ésta no viendo allí á su sobrina, que buscaba ropa blanca en el armario, preguntó:

—¿Ha preparado esta droga el médico?

—No, señora; la señorita.

Entonces la probó con el borde de los labios, hizo una mueca de desagrado, y exclamó:

—¡Ah! ¡sabe á cobre! Yo no sé qué me hace beber esa muchacha, para tener en mi estómago el sabor del cobre desde ayer.

Y con brusco ademán arrojó la cucharada detrás del lecho.

Verónica se quedó con la boca abierta.

—¡Bueno! ¡Bien hecho! ¡Pues vaya una idea!

—¡Eh! No tengo deseos de marchar al otro mundo tan pronto.....— contestó la señora Chanteau, reclinando su cabeza en la almohada.—¡Ven acá! ¡Escucha! ¿Tengo fuertes los pulmones? Pues podría suceder que ella marchase antes que yo, porque no tiene sus carnes muy sanas.

Paulina, que todo lo había oído, volvióse herida

en el corazón, y miró á Verónica; mas en vez de acercarse, retrocedió más, sintiendo vergüenza, por su misma tía, de aquella abominable sospecha.

Conservaba siempre su piedad enfrente de tal mujer desventurada é injusta por el miedo, y lejos de experimentar más rencor, desbordóse en doloroso enternecimiento cuando vió en el suelo la medicina que había arrojado la enferma por temor á un veneno.

Hasta la noche permaneció allí, mostrando valerosa dulzura, y aparentando no apercibirse de las inquietas miradas que seguían á sus manos, porque su ardiente deseo era vencer con sus buenos cuidados el tormento de la moribunda y no dejarla agonizar entre sospechas tan crueles.

Prohibió á Verónica que asustase á Lázaro refiriéndole el suceso.

Una sola vez, desde la mañana, la señora Chanteau había preguntado por su hijo, contentándose con cualquiera respuesta que se le daba, sin manifestar extrañeza por no verle.

Menos todavía preguntaba por su marido, solo en el comedor, y del cual no se preocupaba: todo desaparecía cada vez más para ella, y en tanto el frío de las piernas subía, y amenazaba al corazón, de minuto en minuto.



Era menester que Paulina bajase en las horas de comer, para engañar á su tío, y aún aquella tarde engañó también á Lázaro, asegurándole que la hinchazón disminuía.

Pero el mal hizo progresos terribles en poco tiempo, y al día siguiente, cuando la joven y la criada visitaron á la enferma, quedáronse aturdidas ante la expresión de extravío de sus ojos.

El semblante no había variado, y continuaba ella sin fiebre; pero la inteligencia se obscurecía, y una idea fija acababa la destrucción de aquel cerebro: ésta era la fase última, la idea de ser devorada por una pasión única y poco á poco.....

La mañana, antes de la llegada del Doctor, fué terrible: la señora Chanteau no quería que se acercase á ella su sobrina.

—Pero déjate cuidar, yo te lo suplico, tía—exclamaba Paulina.—Voy á levantarte un instante, porque estás muy mal echada.

Y la enferma entonces se oponía con todas sus fuerzas, como si la ahogase.

—No, no..... Tienes ahí las tijeras, y me las clavas en la carne..... Las siento, las siento, y estoy sangrando de todo el cuerpo.

La joven, asustada, tenía que retirarse á buena

distancia, vacilando entre la fatiga y el dolor, y sucumbía de bondad impotente.

Era necesario sufrir las rudezas, las acusaciones que la obligaban á llorar, y muchas veces, completamente aniquilada, caía sobre una silla, y quedábase allí largo rato pensando en la manera de ganar el antiguo afecto de su tía.

Ingeniábase para duplicar su dulzura, y siempre en vano; y aun en ocasiones su insistencia determinaba una crisis en la que ella permanecía temblando por largo tiempo.

—Tía mía—dijo á la enferma, preparando la cucharada—es la hora de que tomes la medicina. ¿Ya sabes que el Doctor ha recomendado que se te dé con exactitud!

La señora Chanteau deseó ver la botella de la porción, y olió el líquido.

—¿Es la misma que ayer?

—Sí, tía.

—Pues no la quiero.

Mas á fuerza de súplicas acariciadoras, obtuvo la sobrina que tomase la cucharada.

Entonces el semblante de la enferma expresó la mayor desconfianza, y en cuanto ella tuvo en la boca el líquido, escupióle violentamente, sacudida por



un acceso de tos y tartamudeando entre ruidoso hipo:

—Eso es vitriolo! ¡eso me quema!

Su execración y su miedo á Paulina, aumentados poco á poco desde el día en que la tomó la primer pieza de veinte francos, hacían explosión violenta en el supremo ataque de su enfermedad, y se desbordaban en oleadas de palabras delirantes; mientras la muchacha, aturdida por aquel brusco furor, la escuchaba sin pronunciar una frase en su defensa.

—¿Pero crees que no lo he conocido? ¡Pones cardenillo y vitriolo en todo lo que me das! ¡Eso, eso es lo que ahoga!..... No tengo nada, no, y mañana estaría levantada si no hubieses derretido verde-gris en mi caldo de anoche..... ¡Si, sí! Estás harta de mí y quisieras que me enterrasen en seguida; pero soy fuerte, y seré yo ¿entiendes? tu sepulturera.....

Sus palabras salían con torpeza, porque se ahogaba, y sus labios negruzcos hacían creer que estaba muy cercana la catástrofe.

—¡Oh, tía mía!—murmuró Paulina aterrada.—¡Si supieses el daño que me haces!

—¿Y qué? Será porque quieres, ¿no es verdad? ¡Vaya, que te conozco! Tu plan estaba determinado y resuelto hace tiempo, y por él has entrado en esta

casa con el único objeto de asesinaros y robarnos..... ¡Tu idea es quedarte dueña de mi casa! ¡Y yo te estorbo!..... ¡Ah, bribona! ¡El día que llegaste aquí hice mal en no aplastarte! ¡Te aborrezco, te aborrezco!

Paulina, inmóvil, lloraba en silencio, y una sola invocación salía de sus labios, como involuntaria protesta:

—¡Dios mío, Dios mío!

Pero la señora Chanteau se aniquilaba por instantes, y poco á poco un terror de niño sucedió á la violencia de sus ataques.

La desdichada cayó sobre los almohadones.

—¡No te acerques! ¡No me toques! ¡Que pido socorro si me tocas!..... No, no, no quiero beber..... ¡Eso es un veneno!

Y agarraba las sábanas con sus manos crispadas, y se tapaba el rostro con las almohadas, y cerraba fuertemente la boca.

Y cuando su sobrina, trémula, avanzó para tranquilizarla, aquella mujer empezó á lanzar alaridos.

—Tía, tía, sé razonable..... No te lo haré beber á la fuerza.

—¡Sí, sí! ¡todavía conservas la botella! ¡Oh! ¡tengo miedo, tengo miedo!

Parecía que agonizaba: su cabeza, muy baja,



echada hacia atrás por el espanto, se llenaba de manchas amoratadas en la frente y en las mejillas, y Paulina, creyendo que su tía iba á espirar, llamó á la doméstica, y las dos mujeres tuvieron que hacer esfuerzos para incorporarla y volver á echarla sobre las almohadas.

Entonces los sufrimientos personales de Paulina, sus tormentos de amor y celos fueron como arrebatados y sumergidos en aquel dolor común: no pensaba en su herida, que aun chorreaba sangre el día anterior, y no sentía violencia ni celos delante de tan grande miseria.

Todo se confundía en su piedad inmensa, y ella hubiera deseado poder amar todavía más, soportar en absoluto las injusticias y la injuria para aliviar mejor á los demás, y perdonaba á su tía el arrebatado en sus crisis, y quería volver á amarla como la amaba cuando llegó á Bonneville.

El doctor Cazenove no llegó hasta después del almuerzo: un accidente, el brazo roto de un campesino á quien tuvo que asistir, le había detenido en Verchemont.

Mas cuando vió á la señora Chanteau y en seguida bajó á la cocina, apenas logró disimular sus malas impresiones.

Justamente estaba allí Lázaro, siempre sentado cerca del hornillo, con la febril ociosidad que le devoraba, y preguntó al médico:

—¿Luego no hay esperanza? ¡He leído anoche la obra de Bouillaud sobre las enfermedades del corazón!

—¡Eh! ¡El corazón! ¡Siempre tenéis el corazón en los labios! Pues qué, ¿es posible afirmar algo positivo? Yo sospecho que tiene el hígado más lesionado.... pero cuando la máquina se destornilla, todo se interesa, ¡con mil diablos!.... los pulmones, el estómago, el corazón.... En vez de leer en esa obra de Bouillaud, lo cual no sirve gran cosa para vuestra madre enferma, hariais mejor en dormir.

La consigna en la casa era que Lázaro que su madre se moría por causa de una enfermedad del hígado, y como él no lo creía, hojeaba sus antiguos libros de medicina en las horas de insomnio.

—¿Pero — repuso pensosamente — cuánto creéis que podrá vivir aún?

Cazenove hizo un gesto incomprensible, y dijo:

—Quince días, un mes, ¿quién lo sabe!.... No me preguntéis más, porque me equivocaría al contestaros, y diriais luego que los médicos ni sabemos ni podemos hacer nada.... ¡Es terrible el progreso de la enfermedad desde ayer!



Verónica, que aparentaba secar los vasos del aparador, escuchaba con la boca abierta.

¿Pero era cierto que su señora estaba enferma de muerte? Hasta entonces ella no había creído en el peligro, y gruñía en los rincones, y continuaba hablando de malicia reconcentrada; pero á la sazón se quedó estupefacta, y cuando Paulina la dijo que subiese al cuarto de la enferma, para que ésta no quedara sola, limpióse las manos con el delantal y salió en seguida.

—Doctor—había dicho Paulina, única de la casa que conservaba serenidad y razón fría—será menester pensar también en mi pobre tío.... ¿Creéis que debemos prepararle? Pensadlo, Doctor, antes de marchar.

Mas en aquel instante se presentó el cura Horteur, que no había sabido antes lo que él llamaba ligera indisposición de la señora Chanteau; mas cuando conoció la gravedad de la enferma, su rostro curtido por el aire del mar expresó verdadero sentimiento.

—¿Puedo verla?—preguntó.

Y dirigió á Lázaro una mirada oblicua, sabiendo que era irreligioso.

Paulina fué quien respondió claramente:

—No, no; hoy no, señor Cura: ella ignora aún su estado, y vuestra presencia tal vez la alarmaría.

—Bien, bien—se apresuró á decir el clérigo.—No urge, y espero.... En fin, cada cual debe cumplir su deber, ¿no es verdad? Así, el Doctor, que no cree en Dios....

Precisamente el Doctor, que estaba absorto en la duda, como siempre que se le escapaba el íntimo conocimiento de la naturaleza, acababa de oírlo, y cortó la palabra al cura Horteur.

—¿Quién os ha dicho que no creo en Dios? Dios no es imposible, aunque se ven muchas cosas muy malas.... ¡Quién sabe!

Y sacudiendo la cabeza, como si despertase de largo sueño, continuó:

—¡Ea! pues vais á entrar conmigo al comedor para estrechar la mano del pobre Chanteau.... que tendrá pronto necesidad de mucho valor.

—Con gusto.... Y me quedaré acompañándole para jugar algunas partidas de damas....

Y los dos pasaron al comedor, mientras Paulina subía al cuarto de su tía.

Chanteau estaba haciendo una bola de papel con un prospecto que había recibido en su periódico, y la Minucha, acurrucada cerca de él, mirábase con sus ojos amarillentos.

—¡Ah! ¿sois vosotros?—dijo.—¡Muy amables, muy



amables! Porque no me divierto mucho estando siempre solo.... En fin, Doctor, ¿va bien? ¡Oh! ¡no me inquieto por ella! Es más fuerte que una casa, y nos enterrará á todos....

—Sin duda, amigo—contestó el médico, que consideró la ocasión como oportuna para enterar al pobre hombre.—Su estado no me parece muy grave.... Pero la encuentro muy débil.

—No, no, Doctor—repuso Chanteau.—Es que no la conocéis. ¡Tiene un vigor increíble! Ya veréis cómo antes de tres días está en pie....

El médico, no queriendo darle brutalmente la mala noticia, tuvo por oportuno callársela.

—Si no fuese por estas malditas piernas—añadió Chanteau—subiría á verla....

—Pues tened resignación, querido amigo—dijo entonces el Cura, que procuraba ejercer su ministerio de consuelo.—¡Todo el mundo tiene que llevar su cruz! Como que todos estamos en manos de Dios....

Y apercibiéndose al punto de que estas palabras, lejos de consolar á Chanteau, le disgustaban, cortó súbitamente sus exhortaciones de molde, y le ofreció una distracción más eficaz.

—¿Queréis jugar una partida?—dijo.—Esto os despejará la cabeza.

Y tomó el tablero de damas, que estaba sobre un armario, mientras el Doctor, estrechando la mano del gotoso, partía, y los otros dos hombres se engolfaban en la partida, y Minucha, saltando bruscamente sobre la bola de papel, la arrojaba al suelo con una patadita, y la perseguía con rápidas contorsiones alrededor del cuarto.

—¡Infame caprichosa!—exclamó Chanteau.—Hace un momento no quería jugar conmigo, y ahora nos impide meditar en la partida divirtiéndose ella.

—Dejadla en paz—dijo el Cura con la mayor mansedumbre.—Los gatos sólo se divierten con ellos.

El doctor Cazenove, al cruzar por la cocina para salir, cuando vió á Lázaro aplanado en la misma silla, acercóse á él sin pronunciar una palabra, le estrechó en sus brazos y le besó paternalmente.

Verónica bajaba entonces empujando delante de ella á Mateo, el cual rondaba sin cesar en la escalera por delante del cuarto de la enferma, y comenzaba á gemir allí con alaridos agudos que rompían los oídos.

—¡Largo de aquí, largo!—gruñía la doméstica.—Porque no la harán ningún bien tus lamentaciones.

Aquello era una orden de Paulina, y cuando vió á Lázaro le dijo:



—¡Llévóosle á otra parte! Id con él á dar un buen paseo.

Pero Lázaro rehusó, y tuvo necesidad de todas sus fuerzas para tenerse en pie.

—Este pobre Mateo no es joven— dijo el Doctor.

—¡Diablo! ¡Como que le conozco hace catorce años!— respondió Verónica.— Pero eso no impide que se vuelva loco en cuanto ve un ratón.... ¿Veis que tiene el hocico desollado y los ojos encarnados? Pues porque ha olido uno la noche última bajo el hornillo.... No ha pegado el ojo, ha trastornado mi cocina y tiene todavía fiebre en las patas. ¡Un perro tan grande para un animalito tan pequeño! ¡Eso es ridículo! En este momento se puede afirmar que olfatea sucesos extraordinarios en la casa....

Calló, al observar que los ojos de Lázaro se llenaban de lágrimas.

—Id á dar una vuelta, hijo mío— dijo el Doctor— porque aquí no sois útil y estaréis mejor en paseo.

El joven se levantó penosamente.

—Vamos— dijo,— ven conmigo, pobre Mateo.

Quando dejó al médico en su cochecillo, alejóse con el perro á lo largo de la costa, y de cuando en cuando tenía que detenerse para esperar á Mateo, el cual envejecía por momentos, se fatigaba, arrastraba

las patas traseras, se lanzaba tosiendo al agua, y cuando salía apenas lograba acostarse bajo las piernas de su amo, con la lengua colgando y el aliento débil.

Al regresar á su casa los tormentos de Lázaro se aumentaban, sobre todo por la noche, la noche larga y triste que pesaba sobre su espíritu conturbado.

Subíase al cuarto un paquete de bujías, porque no podía estar un instante sin luz, y las encendía una tras otra, hasta el alba clara, amedrentado con el horror de las tinieblas; y cuando se acostaba, si quería leer en sus antiguos libros de Medicina, acababa por rechazarlos en seguida porque los tenía miedo....

El estertor de su madre moribunda le llegaba al oído, y parecíale que era tan fuerte y ronco que lo sentía aun en la escalera, y apresuraba su paso.

Peró le seguía por toda la casa, como una queja, un gemido que iba siempre con él, que le aterraba y le removía bruscamente hasta en el silencio de su propio lecho.

Paulina y Verónica, que velaban juntas á la enferma, dejaban la puerta entornada para que la cámara se ventilase, y él veía desde lejos el pálido resplandor de la lamparilla, y escuchaba aquel estertor prolongándose á través de las sombras.

Y cuando subía á su cuarto para acostarse dejaba



también la puerta entornada, porque ya sentía necesidad absoluta de oír aquel ronco quejido.....

¡Era esto una obsesión que le perseguía sin cesar, que no le dejaba ni aun en la somnolencia!

Como en los días de la enfermedad de su prima, pensaba sin espanto en la muerte: su madre iba á morir, todo iba á morir para él, y abandonábase á la idea del desquiciamiento de la vida sin otro sentimiento de piedad que la exasperación que le producía la impotencia, la fatalidad de no poder hacer nada.

Al día siguiente comenzó la agonía de la señora Chanteau, agonía llena de delirio, que duró veinticuatro horas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

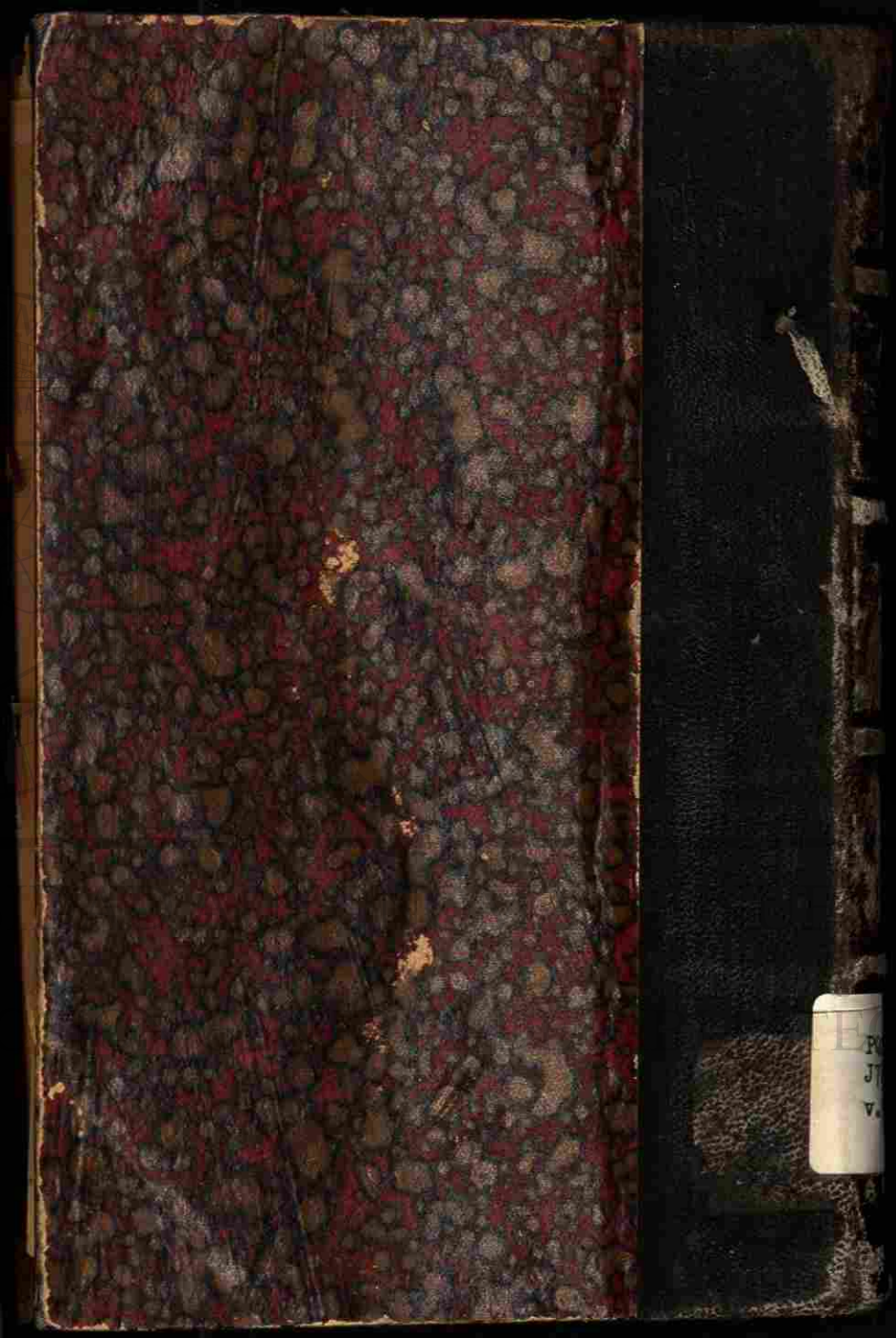
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA UNIVERSITARIA  
"ALEJANDRO DE VES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







E  
J  
v.